

¿Qué esperamos?

Al ver el mundo hoy, nos parece que el retorno del Señor se encuentra mucho más cerca de lo que podemos imaginar. Sin embargo, resulta curioso que este asunto no concentre hoy la máxima atención entre los creyentes.

El mundo se ha encargado durante este año de entregarnos mucha información con respecto a las teorías que hablan de una hecatombe mundial, de visitas extraterrestres, de un cambio de era, del fin del mundo.

Sin embargo, ¿cuál es el propósito de todo el revuelo y exagerada información en torno a esta temática? Claramente no tiene un fin salvífico. Tal vez el objetivo detrás de todo esto no sea sino mantener la atención de la gente en aspectos intrascendentes y de esta manera opacar y relativizar aquel evento del cual todo el mundo será testigo – ¡la segunda venida de nuestro Salvador!

Los apóstoles anunciaron la venida de Jesús como algo inminente, y aun más, esperaban que dicho evento ocurriese en su época. Pablo, por ejemplo, no esperaba morir, él esperaba la venida de Cristo: «...*luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados ... para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor*» (1ª Tes. 4:17) ¡Cuánto más nosotros!

Hemos sido inquietados a atender este tema y esperamos sea de mucha ayuda para despertar entre Su pueblo, este anhelo por ver al Amado retornar en gloria y majestad. Siervos del Señor del presente, y del pasado reciente, aportan en esta edición, con la gracia de sus ministerios, para refrescar en nuestros corazones el amor por Su venida.

¡Si lo esperamos a Él, nuestra vida lo evidenciará, y todos sabrán que los creyentes no esperamos el fin del mundo, sino a la Persona bendita del *Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria!* (Mat. 24:30).

Contenido

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

- 4 **Temores de fin de mundo**
El temor que envuelve al mundo a causa de hechos que están por venir.

EVANGELIO

- 9 **El camino de la salvación**
Cómo Dios asegura la salvación a todo pecador que cree en Cristo.
George Cutting.

TEMA DE PORTADA

- 13 **El significado teológico de la Segunda Venida de Cristo**
La segunda aparición del Mesías culminará el tiempo del fin. *Rubén Chacón.*
- 24 **Preparando el corazón de la Novia**
Esperando el regreso del Amado con fidelidad y amor.
Romeu Bornelli.
- 40 **Vengo en breve**
La experiencia de Juan en Apocalipsis y su expectación por el retorno del Señor. *Gonzalo Sepúlveda.*
- 46 **Un día de regocijo**
Viviendo cada día a a la luz del Tribunal de Cristo. *Stephen Kaung.*

LEGADO

- 52 **Un desafío para los santos**
Sellando nuestra carrera con la corona de victoria y de honra. *T. Austin-Sparks.*
- 59 **Esperando en Dios por la venida de su Hijo**
La gloriosa manifestación venidera de la unidad del Cuerpo. *Andrew Murray.*
- 61 **La esperanza del cristiano**
Aguardando con paciencia Su venida. *Ruth Paxson.*
- 63 **Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria**
La profecía del Señor sobre los tiempos del fin.
G. Campbell Morgan.

71 **Rebuscando en la vida de Enoc**
Cómo Enoc tenía 'la fe del arrebatamiento'. *Watchman Nee.*

76 **La venida del Señor**
«¡Jesús viene!», un clamor que rara vez se oye en la iglesia de hoy. *David Wilkerson.*

84 **Cómo prepararse para Su venida**
Todos los creyentes están preparados para recibir al Señor en su venida; pero no todos ellos recibirán igual premio. *George Cutting.*

ESTUDIO BÍBLICO

89 **Bosquejo de Zacarías**
A. T. Pierson.

90 **Símbolos y tipos en la vida de José**
A.B. Simpson.

VIDA CRISTIANA

95 **La oración**
Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica. *Watchman Nee.*

99 **La familia en el ojo de Dios**
Servir a Dios en la familia requiere convicción, fe y coraje para ejercer Su gobierno. *Marcelo Díaz.*

APOLOGETICA

108 **La ciencia de la vida evoluciona hacia el Diseño Inteligente**
Lo absurdo de pensar en el azar como ente creador de la vida. *Ricardo Bravo.*

HISTORIAS VERDADERAS

117 **Todas las cosas nos ayudan a bien**
El milagro de Navidad de Duan. *De Vern Fromke.*

Secciones Fijas

51 Para meditar
88 Joyas de Inspiración
106 Maravillas de Dios
118 Página del lector

Temores de fin de mundo

Reflexionando sobre el clima de temor que envuelve al mundo a causa de hechos que están por venir.

Desde tiempos remotos, el hombre ha buscado sin cesar dar respuesta a las inquietudes existenciales que lo han cercado y lo han llevado a un mar de intranquilidad y confusión. Así ocurrió en las primeras civilizaciones, que crearon mitos sobre la creación del mundo, los fenómenos naturales y su propia existencia en el planeta.

Conforme ha pasado el tiempo, la ciencia ha ido en aumento, desmitificando creencias o mitos antiguamente considerados como verdades aceptables. Sin embargo, resulta curioso que este avance, pese a todos los beneficios que ha conllevado en áreas como la salud, la tecnología, la comunicación y la educación, entre otras, no sea aún capaz de liberar al hombre de su principal temor: el fin de los tiempos.

Fin por agua y fuego

Los griegos, al enfrentarse con este asunto, llegaron a la conclusión de que el mundo era eterno desde su origen; por lo tanto nunca se podría destruir. Luego, los romanos sostuvieron que el mundo terminaría su existencia mediante el fuego. En su libro titulado *De la Naturaleza de los Dioses*, Cicerón escribe: «Según la opinión de los estoicos, el mundo entero se convertirá en fuego, habiéndose consumido el agua; la tierra no producirá alimentos; no

podrá existir el aire, porque del agua recibe su ser; de modo que el fuego quedará solo. Ese fuego será dios, y reanimándolo todo, renovará el mundo y le volverá a dar su primitiva belleza¹».

El pueblo judío también posee su propia interpretación acerca de los tiempos del fin. Para la tradición judía, el fin de los tiempos tiene relación con la culminación del plan de Dios. Este plan se inicia con Adán, el primer hombre, quien tras su caída a causa del pecado, le confirió a la humanidad un *status* inferior al que poseía cuando fue creado. Entonces, el objetivo de Dios al ejecutar este plan es volver al hombre al *status* inicial de perfección.

Este plan tiene una serie de etapas que se dividen en periodos de 2000 años cada uno. El primer periodo abarca desde Adán hasta Abraham; el segundo, desde Abraham hasta la configuración del Talmud, y el tercer periodo, desde la configuración del Talmud en adelante. Es interesante que, dentro de este último periodo, los judíos esperen la aparición del Mesías. Luego de este evento vendría lo que se denomina el regreso a nuestra condición original.

¹ «Sobre la naturaleza de los dioses». 1998. Alba Libros, S.L. Madrid.

«Si hay un proyecto, tiene que haber un fin. Pero no es un fin en el sentido de destrucción universal, como se piensa que podría producirlo el impacto de un gran asteroide o una guerra nuclear. Se trata de un fin en tanto concepto de *objetivo* y no de *final*; el objetivo es que al final volvemos a nuestra condición original. Cómo volvemos, depende de nosotros: si por las buenas y con la ayuda de Dios, porque nos acercamos a él, o por la naturaleza²».

Como podemos ver, las distintas culturas (de las cuales hemos mencionado algunas de las más representativas) se han enfrentado a este tema, tratando de dar explicaciones valederas.

Profecías mayas

En este contexto, una de las mayores civilizaciones antiguas de América Latina, los mayas, ha dejado registros que evidencian que esta temática del fin del mundo también estuvo presente entre ellos.

En este tiempo que vivimos, y especialmente en el presente año 2012, los escritos mayas han resurgido para anunciar a la humanidad algo que provoca curiosidad en algunos, pero un profundo miedo en otros: el fin del mundo. Hay científicos que validan estos escritos, garantizando su veracidad en torno a las proposiciones señaladas allí. Otros son más cautos y prefieren analizar dichos documentos con más detención, sin rechazar la posibilidad de que un fin se acerque.

Sin adentrarnos a fondo en este asunto de los escritos mayas, pues la información que ofrece Internet es abundante, conviene sintetizar algunos aspectos más relevantes.

Los mayas crearon un calendario que se denomina *Katun*, el cual consta de 13 ciclos. De acuerdo a estudios realizados, estaríamos viviendo el último ciclo, que culminaría el día sábado 22 de diciembre de 2012. Sin embargo, en referencia a los escritos mayas, antes que llegue ese momento se deben cumplir siete profecías previas, que hablan de un aumento en la temperatura de la Tierra, derretimiento de los polos, transformaciones físicas en el Sol, una falla generalizada de todos los sistemas que hemos creado como humanidad por no lograr la armonía con la naturaleza y la galaxia, y la aparición de un cometa que traerá transformaciones muy bruscas a nuestro planeta.

Estas profecías apuntan a un momento culminante que, según algunos científicos, no tendría relación con el fin de la humanidad sino con «un cambio de era».

Junto con estas teorías mayas han surgido otros antecedentes y posibles escenarios que hablarían de un inminente fin del mundo. La cadena de televisión *NatGeo*, ha realizado una serie de documentales bajo el título de «Profecías», para dar a conocer las distintas teorías con respecto al fin del mundo, y sus respectivos argumentos y defensores. Entre ellos destacan *Catástrofes Naturales* y *Mensajeros del espacio*. Este último alude al avistamiento de OVNIS y contactos de personas con supuestos seres extraterrestres, quienes les entregan mensajes relativos al fin de los tiempos y cómo podemos evitar dicho acontecimiento.

Clima de terror

Esta es la situación actual en nuestro mundo. Se ha generado un clima de temor, producto del desconocimiento parcial o total

² Conferencia del Rabino Isaac A. Sacca.
<http://www.masuah.org/>

acerca de las cosas que están por venir. La ciencia ha sido incapaz de dar respuestas certeras a estos asuntos y menos aun de predecir lo que ocurrirá en el futuro cercano. Esto ha provocado una sensación de incertidumbre en la población mundial.

Con respecto a este tema, hay que citar a un sociólogo alemán, Ulrich Beck, quien ha contribuido en el ámbito de la sociología con dos conceptos interesantes: «la segunda modernidad» y «la sociedad del riesgo». Este último concepto lo trata en un libro homónimo en el que señala que el concepto de «incertidumbre fabricada» hace referencia al hecho de que la ciencia crea también nuevos tipos de riesgos: los progresos en genética hacen posibles difuminar la frontera entre las personas enfermas y saludables porque es factible diagnosticar más enfermedades congénitas.

También hace referencia este concepto al hecho de que los riesgos provienen de y consisten en desconocimiento (no conocimiento); no se trata del olvido momentáneo o la falta de desarrollo de conocimiento experto sino que la racionalidad experta es incapaz de descartar un suceso dado a través del cálculo de probabilidades, creando de esta manera la sensación de incertidumbre frente a la realidad y las cosas.³

Tiempo inquietante

El escenario actual resulta muy agitado, lleno de preguntas sin resolver y con mucha inquietud frente a los posibles hechos que se nos avecinan.

Lo cierto es que el tema del fin del mundo preocupa a incrédulos y creyentes, en dis-

tinta forma, pero el tema es fuerte; parece haber una sensación de temor natural en el ser humano de que el mundo alguna vez va a terminar.

Cine oportunista

La industria del cine no pierde oportunidad de obtener buenos dividendos de los temas que tienden a causar pánico en las personas. Una de las primeras películas en esta línea fue «*Cuando los Mundos Chocan*», estrenada en 1951. En la trama, el fin sorprende al mundo cuando un cometa choca contra nuestro planeta, provocando olas gigantes, erupciones volcánicas y terremotos. Aunque pasó casi inadvertido, este film fue uno de los primeros en tocar esta temática.

Hoy, con el sensible tema del calentamiento global en el tapete, aparece la película «*El Día Después de Mañana*», estrenada el año 2004, que muestra cómo la tierra vuelve a la era glaciador por el daño que los hombres mismos han causado, debido al uso indiscriminado de los recursos, especialmente de los combustibles. Una de las secuencias principales de esta película sucede en Nueva York, donde una ola gigante arrasa completamente esta ciudad.

«2012, la Película»

El afiche de la nueva película de Columbia Pictures titulada «2012», muestra una ola enorme cubriendo los Himalayas, con las siguientes palabras: «*¿Cómo prepararían los gobiernos de nuestro planeta a 6 billones de personas para el fin del mundo? ... (larga pausa)... No lo harían*». La publicidad incluye un sitio web científico ficticio del «Instituto para la Continuidad Humana», supuestamente dedicado a la investigación científica y a la «preparación pú-

³Ulrich Beck, *La Sociedad del Riesgo*, Edit. Paidós 1998.

blica». Su misión es la supervivencia de la humanidad. Habría sido fundado en 1978 por líderes internacionales de gobierno, negocios y ciencias. Afirman que en el año 2004, sus científicos confirmaron con un 94% de certeza que «*el mundo sería destruido el 2012*».

Ficción vs. realidad

Todo el escenario de desastre en «2012» es una farsa alimentada por la publicidad para estas películas de ciencia ficción. Solo queda esperar que la mayoría de la gente sea capaz de diferenciar la ficción de la realidad.

«*Se han vacunado más de 160 fines del mundo a lo largo de la historia y por suerte hemos sobrevivido a todos ellos*», indica Javier Pérez Campos, español, autor del libro «*2012, los Enigmas del Apocalipsis Maya*». Para él, la necesidad de hablar del fin de los días es «una forma camuflada de hablar de algo que nos aterra»: la muerte. Y que lo que «nos da miedo de ella es que no sepamos cuándo va a llegar».

Pérez Campos asegura que, en Estados Unidos la venta de *bunkers* o refugios subterráneos ha aumentado casi en un mil por ciento en los últimos años, y que también en España surgió un grupo llamado G. S. E. 2012, (Grupo de Supervivencia de España 2012) que declaró que iban a construir *bunkers* en la sierra de Madrid para salvarse cuando llegue la fecha. También hay páginas webs que venden productos o kits de supervivencia que incluyen alimentos deshidratados, generadores eléctricos, herramientas especiales, mascarillas de oxígeno, etc., e incluso armas.

Él recomienda leer su libro para «no caer en las garras de los depredadores que son

los falsos profetas» y también para tomar conciencia de lo que está ocurriendo en el mundo en torno al 2012. Miles de personas están concentrándose en puntos determinados como el monte Bugarach, al sur de Francia, un lugar «clave para el esoterismo». La proliferación de sectas se está transformando en un fenómeno mundial. Este año México está recibiendo grandes oleadas de turistas que acuden al lugar donde se están realizando «ritos especiales con sacerdotes mayas».

Los medios lucran con reportajes que resultan atractivos para un público ávido, a causa del miedo natural.

Un informe señala que el año pasado se registraron 2.5 millones de páginas de Internet referentes al fin del mundo en diciembre de 2012, y las sectas que se apoyan en predicciones apocalípticas son más alienantes y manipuladoras que las hasta aquí conocidas, y que sus estructuras son más histéricas y fanáticas.

Una organización gubernamental francesa (MIVILUDES) mantiene una vigilancia particular sobre el pequeño pueblo de Bugarach, desde que diversas profecías que circulan por la red lo sitúan como el único lugar que se salvará «del apocalipsis de diciembre de 2012». El pueblo, de menos de 200 habitantes, ha vivido en los últimos meses una explosión de la demanda inmobiliaria y proliferan las peticiones de reservas de habitaciones para esas fechas, según relató el alcalde, Jean-Pierre Delord,

al diario Le Figaro. «Llaman para pedir una habitación y reservas de alimento para diciembre de 2012», afirmó el edil, quien señaló que hoy el pueblo es un lugar de peregrinación para multitud de grupos esotéricos, que vienen a la zona «para esperar el tan temido fin del mundo» que, aseguran, «será el 21 de diciembre de 2012».

La voz de la ciencia

«Nada malo le pasará a la tierra en 2012. Nuestro planeta está bastante bien desde hace 4 mil millones de años y científicos confiables en todo el mundo señalan que no existe una amenaza asociada con el 2012», señala la NASA en un mensaje que tiene el potencial de tranquilizar incluso al más paranoico.

«Tal como el calendario que tiene usted en su cocina que no deja de existir el 31 de diciembre, el calendario maya no se extingue el 21 de diciembre de 2012. Esta fecha marca el fin de un periodo maya, pero tal como su calendario comienza nuevamente el 1 de enero, otro gran periodo comienza, y nada más».

La NASA continúa desmintiendo otras teorías, como aquella que señala que un cometa chocará con la Tierra, u otra que dice que se producirá un reverso en el sentido de rotación de nuestro planeta. También son descartados los meteoritos acercándose a la tierra, y es refutada una posible destrucción por tormentas solares.

Los autores más serios dicen que quienes hoy lucran con estos cuentos de hadas cósmicos, de aquí a poco tendrán su trabajo cortado, y que a partir del 22 de diciembre de 2012 habrá alguna nueva historia pseudocientífica apareciendo, y el circo empezará de nuevo.

Limitación

Los medios lucran con reportajes que resultan atractivos para un público ávido a causa del miedo natural. El cine aumenta su taquilla, el tema «vende», las sectas proliferan engañando a incautos, la ciencia procura desmitificar el tema y la comunidad científica se ve acosada con preguntas que no puede responder.

La ciencia puede estudiar acuciosamente los fenómenos de la naturaleza, sondear el pasado e interpretar el presente. Es posible anticipar situaciones como el calentamiento global, futuras crisis derivadas de la sobrepoblación, anticiparse a la aparición de plagas, auscultar el universo con sus cada vez más grandes telescopios, pero no se puede pedir a la ciencia que anticipe un evento que ponga fin al mundo.

A pesar de todo el avance tecnológico actual, fuimos una vez más incapaces de anticipar un devastador tsunami como el reciente ocurrido en Japón. Una hecatombe que ponga en riesgo la supervivencia del planeta y de la raza solo puede ser imaginada por un hábil cineasta. Curiosamente, la trama de «2012, la Película», termina con un remanente a salvo en «tres arcas» al más puro estilo del diluvio bíblico.

El presente año 2012 ya casi culmina. Libre es el hombre de pensar o creer lo que quiera. Lo más probable es que, por un buen tiempo, todo siga igual; pero, tal vez, el verdadero fin del presente sistema de cosas no esté tan lejano. Conviene pues buscar un refugio seguro, no un acorazado y bien provisto *bunker* en remotas montañas, sino en Aquel que dijo: «*Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*» (Mateo 24:35).

El camino de la salvación

Cómo Dios asegura la salvación a todo pecador que cree en Cristo.

¿En qué clase viajas tú?

Esta pregunta se oye a menudo en las estaciones de ferrocarril. Quiero hacerte la misma pregunta porque, en verdad, tú también estás viajando de este mundo a la eternidad, y en cualquier momento puedes llegar al final. En esta vida, ¿en qué clase vas viajando? Hay solo tres clases, y te explicaré cuáles son, para que te pruebes a conciencia, como si estuvieras en la presencia de «*aquel a quien tenemos que dar cuenta*» (Heb. 4:13).

Podríamos decir que en primera clase viajan aquellos que son salvos y saben que lo son; en segunda clase, aquellos que no tienen la seguridad de su salvación, pero que desean tenerla y, en tercera clase, aquellos que no son salvos y que además son completamente indiferentes a tal cuestión. Entonces, ¿en cuál de ellas viajas tú?

Hace poco viajaba en tren y vi a un hombre que venía a toda prisa, y que escasamente tuvo tiempo de sentarse en un vagón cuando ya el tren se ponía en marcha. Uno de los pasajeros le dijo: «¡Cómo tuvo que haber corrido usted para alcanzar este tren!». «Es verdad», fue la respuesta, «pero he ahorrado cuatro horas, y así, pues, valía la pena correr».

¡Cuatro horas ahorradas! Al oír estas palabras, no pude menos que pensar: «Si ganar cuatro horas se considera tan importante, ¡cuánto más debería serlo cuando se trata de ganar la eternidad!». Existen millones de hombres previsores en cuanto a sus intereses en este mundo; sin embargo, en relación a los intereses eternos, están ciegos.

A pesar del infinito amor de Dios por los pecadores, manifestado en el Calvario; a pesar de la evidente brevedad de la vida del hombre y de la terrible probabilidad de hallarse después de la muerte con un tormento insoportable en el infierno y al otro lado de aquella sima que separa a los salvados de los perdidos, a pesar de todo esto, el hombre corre indiferente a su triste fin, como si no existiera Dios, ni muerte, ni juicio, ni cielo, ni infierno. Si este es tu caso, ruego a Dios que tenga misericordia de ti, y que en esta misma hora te abra los ojos para que reconozcas tu peligrosa situación, al permanecer en el borde de una desdicha sin fin.

Ya sea que lo creas o no, tu situación es sumamente crítica. No dejes para otro día el asunto de la eternidad. Aplazar esto es un arma de Satanás para engañarte y perder tu alma. Así actúa él, que es un enga-

ñador y un homicida. Cuán real es el refrán que dice: «El camino de *más tarde* conduce a la ciudad de *nunca*». Te ruego, querido lector, que no sigas tu viaje por ese camino, pues está escrito: «*He aquí ahora el día de salvación*» (2ª Cor. 6:2).

La incertidumbre

Es probable que alguien diga: «Yo no soy indiferente al bienestar de mi alma; pero la incertidumbre me produce una viva angustia. Siguiendo el ejemplo, podría decir que estoy entre los pasajeros de segunda clase». Pues bien, tanto la indiferencia como la incertidumbre son hijas de una misma madre: la incredulidad. La indiferencia viene de la incredulidad en cuanto al pecado y a la ruina en que se halla el hombre después de su caída; la incertidumbre viene de la incredulidad tocante al infalible remedio que Dios ofrece.

**Existen millones de
hombres previsores en
cuanto a sus intereses en
este mundo; sin embargo,
en relación a los intereses
eternos, están ciegos.**

Estas palabras van dirigidas especialmente a aquellos que, como tú, desean tener la completa e inequívoca seguridad de su salvación. Comprendo tu ansiedad y estoy seguro que, cuanto más interesado estés por este tema de vital importancia, mayor será tu anhelo, hasta que tengas la seguridad de que, en realidad, eres salvo para siempre. «*Porque, ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?*» (Mateo 16:6).

Supongamos que el hijo único de un padre amoroso está navegando, cuando llegan noticias de que el buque ha naufragado en una costa lejana. ¿Quién podría describir la angustia que la incertidumbre produce en el corazón de aquel padre, hasta que por medio de una autoridad digna de confianza pueda asegurarse de que su hijo está sano y salvo?

O supongamos que tú estás muy lejos de tu casa, en una noche oscura y borrascosa, y no conoces el camino. Llegas a un punto donde la senda se divide en dos y entonces le preguntas a un transeúnte cuál es el camino que conduce al pueblo al cual te diriges, y él contesta: «Me parece que es ése, y espero que por allí usted llegue a ese pueblo». ¿Estarías satisfecho con una respuesta tan vaga? Seguro que no; necesitas estar seguro de que aquél, y no el otro, es el camino que buscas; de lo contrario, tus dudas aumentarán a cada paso.

No debe sorprendernos, pues, que haya hombres que no pueden comer ni dormir tranquilos en tanto esté sin resolver el problema de la salvación de sus almas.

Ahora bien, con la ayuda del Espíritu Santo, queremos explicar claramente el camino de la salvación y el conocimiento de la salvación. Aunque íntimamente relacionadas entre sí, cada una de estas cosas tiene una base propia, de modo que puede darse el caso de que una persona conozca el camino de la salvación sin tener la seguridad absoluta de ser salva.

El camino de la salvación

En Éxodo 13:13 vemos un ejemplo o una figura de la salvación en las siguientes palabras salidas de la boca de Dios: «Mas todo primogénito de asno redimirás con un

cordero; y si no lo redimieras, quebrarás su cerviz. También redimirás al primogénito de tus hijos».

Ahora imaginemos una escena que pudo haber ocurrido hace tres mil años atrás. Vemos a dos hombres hablar animadamente; uno es sacerdote de Dios, el otro es un israelita muy pobre. Al acercarnos a oír, comprendemos que están absortos en una seria conversación sobre un pollino que está junto a ellos.

«He venido a preguntar si se podría hacer una excepción compasiva a mi favor, solo por esta vez. Este animal es el primogénito de una asna que tengo, y aunque sé lo que la ley pide en tales casos, confío que se le perdone la vida. Soy muy pobre y me perjudicaría perder este pollino», dice el israelita.

El sacerdote le contesta con firmeza: «La ley de Dios es clara y no admite dudas: Todo primogénito de asno redimirás con un cordero; y si no lo redimieras, quebrarás su cerviz. Trae, pues, el cordero». «Pero, señor, ¡no tengo ni un cordero!». «Entonces, compra uno y vuelve; de lo contrario, el asno tendrá que morir. Uno de los dos debe morir, si no el cordero, entonces el asno». «¡Ay de mí! Todas mis esperanzas se desvanecen, porque soy demasiado pobre para comprar un cordero», contesta el israelita.

Pero, en el curso de este diálogo, una tercera persona se une a ellos y, después de escuchar el relato del hombre pobre, le dice bondadosamente: «No te desalientes; yo puedo suplir tu necesidad. Tengo un cordero criado en nuestro hogar, no tiene mancha ni defecto alguno; nunca se ha descarriado y en casa todos lo queremos mucho; voy por él».

Al poco tiempo regresa trayendo al cordero y lo ponen junto al borrico. Después, el cordero es atado al altar, su sangre es derramada y el fuego consume el sacrificio. El sacerdote se vuelve al israelita pobre y le dice: «Llévate al asno y vé tranquilo porque el cordero ha muerto en su lugar. Por lo tanto, aquél tiene derecho a ser libre, gracias a tu amigo».

¿Puedes ver aquí la imagen que Dios mismo nos da acerca de la salvación del pecador? Por tus pecados, su justicia exige la muerte, es decir, el justo castigo tuyo. La única alternativa es la muerte de un sustituto aprobado por Dios. El hombre jamás hubiese hallado lo que necesitaba para salir de su desesperada situación; pero Dios lo encontró en la persona de su Hijo. Él mismo proveyó el Cordero. Juan el Bautista les dijo a sus discípulos, mientras fijaba su mirada en Jesús: «*He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (Juan 1:29).

Y en efecto, Jesús subió al Calvario, llevado como cordero al matadero (Isaías 53:7), y allí «*padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios*» (1ª Ped. 3:18). «*El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*» (Rom. 4:25). De modo que Dios no quita ni una tilde de sus justas y santas demandas en contra del pecado cuando justifica, es decir, cuando absuelve de toda culpa al pecador impío que cree en Jesús (Rom. 3:26). ¡Bendito sea Dios por tal Salvador y su salvación!

¿Crees tú en el Hijo de Dios?

«¿Crees tú en el Hijo de Dios?» (Juan 9:35). Si puedes contestar: «Sí, como pecador digno de ser castigado he encontra-

do en Cristo a Uno en quien puedo confiar con toda seguridad. Verdaderamente creo en él», entonces puedo asegurarte que todo el valor del sacrificio de Cristo en la cruz te sirve delante de Dios como si tú mismo hubieras sufrido la condenación merecida.

Ah, ¡qué salvación tan maravillosa! Es digna de Dios mismo. Con ella satisface los deseos del amor de su corazón, da gloria a su amado Hijo y asegura la salvación a todo pecador que crea en él. ¡Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien así ordenó que su propio Hijo llevase a cabo

esta gran obra y recibiera por ella toda la alabanza, y para que tú y yo, pobres criaturas culpables, no solo alcanzásemos toda bendición por creer en él, sino que además gozáramos eternamente de la bienaventurada compañía de Aquel que nos ha bendecido! «*Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre*» (Sal. 34:3).

Permíteme que te pregunte una vez más: ¿En qué clase vas viajando? Te ruego que te vuelvas a Dios en tu corazón, y le respondas a él mismo.

George Cutting (1843-1934).

Un piano bien afinado

Los expertos afirman que la construcción de un piano de buena marca demora por lo menos un año. La tabla armónica es estirada a su máxima tolerancia y se deja así por un período de tiempo hasta que tenga la forma curvada de su diseño. Después de este largo período de estiramiento, la madera nunca volverá a su estado original. Queda cambiada permanentemente. El piano comienza a ser un instrumento bien construido.

Pero el próximo paso requiere otra dosis de tensión. Se requieren once toneladas de presión en un piano para afinarlo. Cada paso en el proceso va moviendo al piano más cerca de ser un producto finamente terminado, para ser tocado por los mejores músicos del mundo. Esos músicos desean producir un sonido único que sólo un piano de esta calidad puede producir.

Así también nosotros. Dios mira a cada uno de nosotros como a un instrumento por construir. Comenzamos en nuestra juventud como la madera rústica que él desea transformar. Hay mucho potencial, pero también hay mucho que excede, mucha deformidad, que necesita la mano diestra del Artesano.

El proceso es largo, y doloroso. Construirnos requiere ciertas experiencias que estirarán nuestra fe, nuestra estructura y nuestra propia vida. Si podemos resistir la tensión de este proceso tan intenso, saldremos como un piano de calidad, del cual el gran Músico podrá arrancar dulces melodías.

Pero para soportarlo, tenemos que tener en mente la meta final, el noble propósito que él ha trazado para nosotros. Sólo así estaremos dispuestos a colaborar. Cuando estamos en medio de las pruebas, las sentimos como fuego. Es muy doloroso ser estirado hasta el límite.

Deja que el Maestro Afinador haga en tu vida hoy lo que él quiere y verás que quedarás muy complacido de ser el instrumento que él afinó. Cuando veas la obra terminada y las melodías que darás, estarás plenamente complacido. Y sobre todo, él quedará plenamente satisfecho contigo.

¿Vivamos juntos este proceso?

La segunda venida del Señor

El significado teológico de la Segunda Venida de Cristo



La primera aparición del Mesías inicia el tiempo del fin, pero la segunda aparición lo culminará.

Los postreros días

La profecía del Antiguo Testamento anunciaba la venida del Mesías en un tiempo muy específico que es denominado en Las Escrituras de diversas maneras, tales como: «Aquel día», «el tiempo del fin», «en lo postrero del tiempo», «el fin», etc. Cada uno de estos nombres quiere significar que la venida del Mesías marcaría el fin de los tiempos. Dicha venida sería la intervención escatológica de Dios en la historia. Intervención última y definitiva de Dios para, como dijera la profecía de Daniel, *«terminar la prevaricación, y poner*

fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos» (Dn. 9:24).

Ahora bien, es claro al mirar Las Escrituras que este tiempo llegó con lo que nosotros llamamos la primera venida de Cristo. En efecto, como una de las prerrogativas del Mesías que vendría sería la de bautizar con el Espíritu Santo, cuando llegó el día de Pentecostés y el Espíritu Santo fue enviado por Cristo, entonces Pedro se puso de pie y explicó a los oyentes que en ese momento se cumplía lo dicho por el profeta Joel: «Que en *los postreros días* Dios derramaría de su Espíritu...» (Hech. 2:16).

También en referencia al pecado, Hebreos 9:26 dice: «*De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre...*». Nótese que habían transcurrido muchos siglos, pero Jesús se presentó en la finalización de los siglos.

Con respecto al anticristo dice también 1^a Juan 2:18: «*Hijitos ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo*»¹.

En sentido estricto, los anticristos solo podían surgir a partir de la aparición del Cristo. Sin ella no tiene sentido hablar de alguien que está «contra Cristo». Pero una vez producida su venida, ella motivó entre otras cosas que muchos se levantaran contra él, constituyéndose así en anticristos y en señal inequívoca de que la humanidad entró en su hora final.

Por esto también Judas al hablar de los apóstatas –que ya estaban presentes en sus días– dice de ellos que su aparición en el mundo cumple las palabras de los apóstoles de Jesucristo, cuando decían que en *el postrer tiempo* habría burladores que andarían según sus malvados deseos (Judas 18).

En cuanto a la revelación de Dios, Hebreos 1:1 declara que habiendo Dios hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo por los profetas, en *estos postreros días* nos ha hablado por el Hijo...». ¿Por qué aquellos días eran postreros? Porque el Hijo vendría según la profecía en el tiempo del fin.

Por su parte Pablo también agrega que las cosas que les acontecieron al pueblo de Israel, les sucedieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado *los fines de los siglos* (1^a Cor. 10:11). En el texto griego la palabra «fines» no está en plural, sino en singular: «*para quienes el fin de los siglos ha llegado*» (Interlineal). Así que, si hace alrededor

¹ Literalmente «la última hora».

de 2.000 años atrás los hermanos ya reconocían estar en los fines de los siglos, ¿cuánto más nosotros?

Por último, en cuanto a la muerte de Cristo dice Pedro que él ya estaba destinado desde antes de la fundación del mundo, pero fue «manifestado en *los postreros tiempos* por amor de vosotros...» (1ª Ped. 1:20).

Su aspecto absoluto

El testimonio del Nuevo Testamento es claro, entonces, al afirmar que los postreros días o el tiempo del fin comenzó con la primera venida de Cristo. Si bien es cierto que la primera venida de Cristo inaugura un tiempo cronológico que ya alcanza cerca de los dos mil años, lo más importante, sin embargo, es que es un tiempo nuevo. De partida, según Pablo en su carta a los gálatas, Dios envió a su Hijo «*cuando vino la plenitud* (gr. pleroma) *del tiempo* (gr. crónos)» (Gál. 4:4 Interlineal).

La primera venida de Cristo no inaugura un tiempo cronológico más, porque Dios lo envió en la culminación del tiempo. Pero la llegada del Mesías no inaugura solo la plenitud del tiempo cronológico, es también un tiempo cualitativamente distinto. Es también un tiempo kairós. Pero tampoco es un tiempo kairós más. El apóstol Pablo, en su carta a los efesios, declara que Dios se propuso en sí mismo de reunir todas las cosas en Cristo en «*la dispensación de la plenitud* (gr. pleroma) *de los tiempos* (gr. kairós) (Ef. 1:10). Jesucristo vino en la plenitud del tiempo crónos y en la plenitud de los tiempos kairós.

Así, la era mesiánica marca un tiempo final; marca el tiempo definitivo. ¿Por qué? Porque lo escatológico propiamente tal, esto es, lo último y definitivo, llegó con la primera venida de Cristo. Por ello, Jesús, cuando comenzaba su ministerio terrenal, dijo: «*El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado*» (Mr. 1:14). Esta última declaración marca toda una novedad; nunca antes persona alguna había anunciado tan magna noticia. A partir de la primera venida de Cristo el reino de Dios dejaba de ser solo una promesa, para convertirse en una bendita realidad; dejaba de ser solo una profecía del Antiguo Testamento: «*Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan*» (Mt. 11:13) «*Desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él*» (Lc. 16:16).

Por eso Cristo es llamado «el postrer Adán»; es decir, «el Adán escatológico». Con él lo eterno entró definitivamente en el tiempo y en la historia. El Mesías no fue manifestado en medio de la historia, sino en la consumación de ella. Este es el testimonio del Nuevo Testamento. La historia humana en su totalidad esperaba por la intervención definitiva de Dios. Pues bien, ello ya ha ocu-

ruido con la manifestación del Mesías de Dios. Después de esta manifestación no hay otro tiempo que esperar; ella constituye lo último y definitivo. Por eso, con la manifestación del Mesías llegó el tiempo del fin. El punto es que no es con la segunda venida que llegaría el fin, sino con la primera venida del Cristo. Esto es lo absoluto de la primera venida de Cristo.

Y así, el resto del Nuevo Testamento siendo consecuente con el planteamiento anterior, confirma una y otra vez que la primera venida del Mesías abrió definitivamente la dimensión eterna a los hombres. Los verbos que usará el Nuevo Testamento para afirmarlo están todos en tiempo pasado:

«Quien (Dios) nos *salvó y llamó* con llamamiento santo... según el propósito suyo y la gracia que nos *fue dada* en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora *ha sido* manifestada por la aparición de nuestro Salva-

Es verdad que todo llegó con la primera venida de Cristo, pero solo su segunda venida completará todo.

dor Jesucristo, el cual *quitó* la muerte y *sacó a luz* la vida y la inmortalidad por el evangelio» (2ª Tim. 1: 9-10). Todo esto como resultado de la obra de Cristo en su primera venida.

«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas *pasaron*; he aquí todas son hechas nuevas» (2ª Cor. 5:17). «Quien (Dios) nos *reconcilió* consigo mismo por Cristo» (2ª Cor. 5:18). «Diciendo: El tiempo se *ha cumplido*, y el reino de Dios se *ha acercado*...» (Mar. 1:15).

«Y a vosotros... os *dio vida juntamente* con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los *exhibió* públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Col. 2:13-15). «Sabido esto, que nuestro viejo hombre *fue crucificado juntamente* con él...» (Rom. 6:6).

Ahora bien, pensemos por un momento en la posibilidad de que no hubiese una segunda venida de Cristo. ¿Cómo interpretaríamos entonces su primera venida y el tiempo del fin? ¿Cuál sería el significado teológico de la primera venida de Cristo en esa eventualidad?

Estas preguntas, que ayudan a entender la importancia de la segunda venida de Cristo, son también fundamentales para entender la misión de la iglesia y los verdaderos alcances de ella.

En efecto, si no existiese una segunda venida de Cristo, querría decir que, como con la llegada del Adán escatológico —en su primera y supuesta única venida— entró definitivamente en la historia la salvación, la vida eterna, la inmortalidad, la resurrección, la victoria, la redención, etc., ahora es tarea y responsabilidad de la iglesia alcanzar y lograr la plenitud de todas las cosas celestiales. Dado que con la venida del Espíritu Santo para morar en la iglesia, ha entrado en ella lo definitivo y lo eterno, es ella la que por medio del Espíritu debe desplegar los bienes venideros hasta su plenitud.

Si no hubiese segunda venida de Cristo, querría decir entonces que todo está ahora en manos de la iglesia, especialmente en manos de su fe. La iglesia vivificada por el Espíritu tendría, en ese caso, *toda* la responsabilidad de encarnar y manifestar todo aquello que el Señor Jesucristo nos trajo con su venida (gr. *parousía*). La iglesia no requeriría esperar absolutamente nada, pues todo ya le ha sido dado. Lo escatológico llegó para quedarse y ha de prevalecer cueste lo que cueste y tome el tiempo que tome, sean dos mil o seis mil años.

Pero no solo eso, si no hubiese una segunda venida de Cristo, ello implicaría también que la misión de la iglesia consistiría en ganar las naciones para Cristo, redimir el mundo, alcanzar la perfección tanto en lo individual como en lo colectivo, alcanzar la justicia social, erradicar la miseria del mundo, derrotar el hambre, etc. La evangelización, desde esta perspectiva, no podría consistir solamente en la salvación de las almas, sino debería incluir necesariamente una redención integral del hombre; incluso de la enfermedad y de la muerte física.

Su aspecto relativo

Pero el hecho concreto, irrefutable y claramente establecido en la revelación del Nuevo Testamento es que existe una segunda venida de Cristo. La venida del Mesías no acontecería, como parecía por el Antiguo Testamento, en una sola venida, sino en dos. Este significativo hecho obliga necesariamente a repensar cuáles son entonces los verdaderos alcances de la primera venida de Cristo y cuál es la misión de la iglesia.

La verdad de la existencia de la segunda venida de Cristo, relativiza, pues, de alguna manera los alcances de la misión de la iglesia. Es verdad que todo llegó con la primera venida de Cristo, pero solo su segunda venida completará todo. Aunque es cierto que con la primera venida de Cristo la era escatológica

entró en la historia de la humanidad, el hecho de que exista una segunda venida del Mesías, indica que la manifestación de la plenitud de aquella era no descansa en la iglesia, sino en Cristo mismo. La iglesia tiene por cierto un lugar y una responsabilidad, pero será Cristo mismo, el que inició la obra, quién la completará. La primera venida de Cristo es el inicio de la edad escatológica pero no su consumación. Es el inicio pero no su culminación. La primera venida de Cristo es la inauguración de la era escatológica, pero no su plenitud.

Esta tensión entre el «ya» y el «todavía no» se observa en los mismos evangelios. El evangelio de Juan, por ejemplo, enfatiza más el aspecto presente que el aspecto futuro. Sin negar el aspecto futuro de la escatología, su énfasis está en que todo se realiza ya «desde ahora». Es cierto, escribe Juan, que viene la hora cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios... Sin embargo, el énfasis de Juan es que aquella hora «ahora es» (5:25). Lo mismo con respecto al juicio de este mundo y con respecto al príncipe de este mundo. Jesús, en el evangelio de Juan, declara que «*Ahora* es el juicio de este mundo; *ahora* el príncipe de este mundo será echado fuera» (12:31). Asimismo en relación con la adoración, Jesús dice que la hora viene, y *ahora es*, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad...» (4:23).

El evangelio de Lucas, en cambio, enfatiza más el aspecto futuro. Introduce, por ejemplo, la parábola de las diez minas, que es material propio de Lucas, con la clara intención de hacer notar cómo Jesús corrigió el pensamiento de sus discípulos en cuanto a que «ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría *inmediatamente*» (19:11-27).

Por lo tanto, si bien es cierto que con la primera venida de Cristo se iniciaron los últimos días, no es menos cierto que éstos finalizarán con la segunda venida de Cristo. Los postreros días culminan con la segunda venida de Cristo. La primera aparición del Mesías inicia el tiempo del fin, pero la segunda aparición lo culminará.

La esperanza de salvación

Sin embargo, ¿se puede corroborar lo anterior con las Escrituras? ¿O podría ser que la segunda venida de Cristo fuese tan solo una especie de «guinda de la torta» que coronará lo alcanzado por la iglesia? Veamos: con respecto a la salvación, por ejemplo, el Nuevo Testamento es claro al afirmar que si bien la obra de salvación ya fue efectuada en Cristo y ya es una realidad en los creyentes, sin embargo, todavía mantiene un aspecto o una dimensión futura.

Pedro, en efecto, en su primera carta (1:5) dice: «*que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero*». ¿A quién le está escribiendo

Pedro? A creyentes; esto es, a gente salva. No obstante, a personas salvas les dice que Dios los guarda con su poder a fin de que alcancen la salvación guardada para el final. Aunque ellos están salvos, sin embargo, esta salvación final aún no la han alcanzado. ¿A qué salvación se refiere?

Pablo, por su parte, escribiendo a los tesalonicenses en su primera carta (5:8) expresa la misma verdad, cuando dice que los cristianos nos hemos vestido, entre otras cosas, «*con la esperanza de salvación como yelmo*». Y en su epístola a los colosenses les habla de la esperanza que «*os está guardada en los cielos*» (1:5). Asimismo, escribiendo a los romanos reafirma lo anterior, diciendo: «*Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos*» (8:24-25). El contexto es clarísimo para hacernos ver a qué asunto se está refiriendo Pablo. En el versículo 23 Pablo revela que los creyentes, a pesar de nuestra salvación pasada y presente, gemimos dentro de nosotros mismos –al igual que el resto de la creación– *esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo*».

Si Dios nos había de salvar real y completamente, tendría que hacerlo en todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo. Como resultado de su primera venida nuestro espíritu ya ha sido salvo y nuestra alma está, ahora mismo, en permanente experiencia de salvación. Sin embargo, sin la salvación del cuerpo no está completa nuestra salvación. Hasta que no ocurra la redención del cuerpo no habremos entrado en la plenitud de nuestra salvación. Pues bien, solamente la segunda venida de Cristo originará este aspecto que falta.

Por el hecho objetivo de estar glorificados en Cristo y gracias a su cumplimiento real y completo en nosotros a la segunda venida de Cristo, los creyentes vivimos sostenidos por una esperanza viva, que en este caso es una esperanza de gloria.

Este aspecto futuro de nuestra salvación no es menor, toda vez que, según afirma Pablo, «*la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción*». Es decir que es absolutamente necesario que nuestro cuerpo experimente también la salvación si es que hemos de heredar **eternamente** el reino de Dios y disfrutar de las cosas incorruptibles y celestiales.

Pero la redención de nuestro cuerpo no es solo importante en aras de la eternidad, sino también de la vida cristiana presente. Nuestro cuerpo actual es una gran limitante a la hora de experimentar la vida poderosa y divina que mora en nuestro espíritu. En efecto, Pablo escribiendo en su segunda carta a los corintios (4:7-9), dice que *«tenemos este tesoro»* –la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo– *«en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros»*.

En términos prácticos, esto significa que por ser vasos de barro estamos atribulados en todo; mas, gracias al tesoro que está en nosotros, no estamos angustiados. Porque somos barro, vivimos en apuros; pero por el tesoro, no vivimos desesperados. Por nuestra calidad de barro somos perseguidos, pero por el tesoro, no estamos desamparados. Porque somos vasos de barro podemos incluso llegar a estar derribados, pero gracias al tesoro, nunca seremos destruidos. ¡Aleluya!

Que, con la expresión *vasos de barro*, Pablo se está refiriendo al cuerpo, queda claro cuando continúa diciendo: *«llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos»* (v. 10).

En definitiva, el hecho de que la redención de nuestro cuerpo no se haya aún producido, no solo condiciona nuestra nueva vida presente a una permanente fragilidad, sino que, además, nos mantiene impotentes, en nuestra actual condición, de gustar y experimentar de una manera eterna nuestra herencia definitiva.

Pero, en concreto, ¿en qué consistirá la redención de nuestro cuerpo? Pablo responde que a la venida de nuestro Señor Jesucristo los muertos en Cristo *«serán resucitados incorruptibles, y nosotros»*, dice Pablo, *«seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad»* (1ª Cor. 15:52-53).

A la segunda venida de Cristo nuestros cuerpos serán transformados. Pablo, escribiendo a los filipenses (3:21), agrega que el Señor Jesucristo *«transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas»*.

La resurrección de los muertos, por su parte, es descrita de la siguiente manera: *«Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual»* (1ª Cor. 15:42-44).

El Espíritu hoy no es toda la herencia

Dicho esto mismo, pero ahora desde la perspectiva del Espíritu, el apóstol Pablo declara que si bien Dios nos ha hecho para una salvación plena, no obstante, en el presente, nos ha sido dado el Espíritu como arras. Según el diccionario, «arras» es: «cosa que se da como prenda o señal en algún contrato o acuerdo». Otra definición dice: «Entrega de una parte del precio o depósito de una cantidad con la que se garantiza el cumplimiento de una obligación».

Esto significa, entre otras cosas, que hoy disfrutamos al Espíritu como «el anticipo», pero no como la plenitud. Esto no significa que el Espíritu Santo no sea la plenitud. Él no solo es una persona, sino es Dios mismo. Entonces, es claro que él es la plenitud; sin embargo, lo que indican estos textos es que hoy, en esta dispensación, el Espíritu nos ha sido dado como anticipo o arras. El Espíritu Santo de la promesa, dice Efesios (1:13-14), es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida. Ya sea que interpretemos el término «arras» como «anticipo» o como «garantía», es claro que la plenitud de la herencia es aún una realidad futura para los creyentes.

Lo mismo afirma Pablo de manera similar, cuando, escribiendo a los romanos habla de que hoy tenemos las primicias del Espíritu (8:23). Tenemos una parte, pero no el todo; tenemos los primeros frutos, pero no la cosecha completa. Por lo tanto, es claro que la obra de la salvación tiene un aspecto pasado y un aspecto presente; no obstante, tiene también un aspecto futuro.

La esperanza de redención

Lo mismo puede decirse del término «redención». Aunque es verdad de verdades que Jesucristo dijo en la cruz del Calvario: «Consumado es», refiriéndose precisamente a la obra de la redención, no es menos cierto, sin embargo, como ya hemos visto en los versículos anteriores, que el día de la redención en su aspecto futuro todavía no ha llegado; aún espera por la segunda venida de Cristo. Por ello, Pablo dijo a los efesios (4:30): «*Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención*».

La esperanza de gloria

Existen tres grandes hitos en la vida del creyente con respecto a la gloria: El día cuando todos –por causa del pecado– quedamos destituidos de la gloria de Dios. El segundo hito, aquel cuando, gracias a la obra de Dios en Cristo, Dios nos predestinó, nos llamó, nos justificó y *nos glorificó*. Es decir que en Cristo no solo hemos recuperado el acceso a la gloria, sino que –mejor aún– hemos alcanzado aquella gloria. Por ello el verbo «glorificar» también está en pasado, porque Cristo ya está glorificado y nosotros estamos en él. Sin em-

bargo, el cumplimiento *en nosotros* de esta glorificación es aún futuro. Espera por el regreso del Señor en su segunda venida. Este será el tercer hito en la vida del creyente.

Ahora bien, por el hecho objetivo de estar glorificados en Cristo y gracias a su cumplimiento real y completo en nosotros a la segunda venida de Cristo, los creyentes vivimos sostenidos por una esperanza viva, que en este caso es una esperanza de gloria. «*Cristo en vosotros*», dijo Pablo a los colosenses (1:27), es «*la esperanza de gloria*». «Cristo en nosotros» es la garantía de nuestra glorificación. No obstante, en su aspecto subjetivo, ella es nuestra esperanza y no todavía nuestra realidad.

La esperanza de justicia

Aun la justificación misma contiene una dimensión futura, porque Pablo, después de decir que no solamente con respecto a Abraham se escribió que su fe le fue contada por justicia, agrega: «*sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro...*». A nosotros nos parecería más exacto si hubiese dicho: «a quienes había de ser contada», puesto que somos personas que ya hemos creído. Pero no, dice Pablo: «a quienes ha de ser contada».

Luego, en el 5:19 de romanos, Pablo reitera: «*Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos **serán** constituidos justos.*» ¿Por qué no dice «los muchos fueron constituidos justos», toda vez que las acciones de los dos Adán están en pasado?

Finalmente, cuando Pablo escribe a los gálatas (5:5), declara que «*nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia*».

La esperanza de una vida plena

«En esta vida no existe satisfacción total en la experiencia humana. Nuestra justicia para con Dios es solo por la fe, y no por lo visible de una experiencia personal. Cristo es nuestra justicia. Y su persona no está en la tierra, sino en el cielo. Ahora somos justos por la fe. Pero la esperanza mira hacia la venida de Cristo, cuando seremos completamente justos por naturaleza... La fe pertenece al «ahora», y la esperanza, al «aún no» (1ª Juan 3:2). La fe mira hacia la cruz, a lo que ha sido hecho a nuestro favor. La esperanza mira hacia el glorioso futuro que habrá de cristalizarse cuando Cristo venga. En este intervalo de espera, entre la primera y la segunda venida de Cristo, la esperanza refresca a la fe. La fe reprime a la esperanza cuando trata de traer el «aún no» al «ahora». Por la fe, el cristiano sabe que el pecado, la naturaleza pecaminosa,

la muerte y Satanás ya han sido vencidos; pero todavía siente el pecado interno y al demonio externo, y ve la muerte a diestra y siniestra. Si esto no fuera así, no habría necesidad de pelear la buena batalla de la fe. Pero, mediante el Espíritu, espera y gime anhelando la llegada del día cuando el pecado, la muerte y el demonio queden abolidos como enemigos y amenazas visibles».²

Este «ya» pero «todavía no» de la vida y experiencia cristianas se explica por la sencilla razón de que, en la experiencia de salvación, la gracia de Dios nos transforma, pero no cambiando nuestra naturaleza pecaminosa, sino otorgándonos una nueva naturaleza. Por consiguiente, en el cristiano conviven dos naturalezas. Una, la vieja naturaleza, a la que La Escritura llama «carne», porque es nacida de la carne; y la otra, la nueva naturaleza, llamada «espíritu», porque es nacida del Espíritu. La transformación gradual y progresiva del creyente, a través de la cual se espera que se vaya convirtiendo en cada vez menos pecador y cada vez más justo, no se basa, en que Dios haga cambio alguno en su vieja naturaleza, sino básicamente en que, en el creyente, vaya prevaleciendo, por el Espíritu, poco a poco la nueva naturaleza.

Visto así, el creyente es santo y pecador a la vez. Si su vieja naturaleza prevalece en él, será, en su experiencia, un carnal; pero, si prevalece su nueva naturaleza, será un creyente espiritual. No obstante, la experiencia cristiana no puede ser el fundamento de un cristiano. Solo la gracia de Dios en Cristo es su fundamento. La vida y la muerte de Cristo —y no su obra dentro de nosotros— es la única base de nuestra aceptación delante de Dios. Si, por el contrario, intentásemos basar nuestra justificación delante de Dios en la experiencia subjetiva, en ese mismo momento la confianza en Dios y la seguridad de salvación perecerían. ¿Por qué? Porque en esta vida no existe satisfacción total en la experiencia humana.

Lo que nos justifica delante de Dios no es cuánto logramos andar en el Espíritu, sino la presencia misma del Espíritu en nosotros. Lo que nos justifica no es el grado de experiencia que hacemos de la gracia, sino la gracia misma, porque aun cuando nuestra experiencia de la gracia fuere excelente, jamás será plena en esta vida. Por lo tanto, siempre deberemos recordar que el hombre mortal nunca puede alcanzar un punto en su vida llena del Espíritu donde su aceptación para con Dios no descansa únicamente sobre la justificación por la sangre de Cristo.

Esta es la consecuencia teológica del hecho de la segunda venida de Cristo. Solo en él somos justos y solo con él, en su segunda venida, seremos plenos.

Rubén Chacón

² Revista «Pregonero de Justicia», *La justificación por la fe y el movimiento carismático*, pág. 20.

La segunda venida del Señor

Preparando el corazón de la Novia



Solo podemos permanecer fieles y anhelar el regreso de nuestro Amado con un espíritu de amor.

Uno de los fundamentos de nuestra fe es la segunda venida del Señor. Este fundamento, hablando de modo general, se ha perdido hoy en la Cristiandad. Hace unos años atrás, yo estaba leyendo una revista evangélica, y en su editorial traía una pequeña confesión sobre lo que aquellos hermanos creían. Usando una antigua confesión de fe, ellos decían: «Creemos en un único Dios, Señor todopoderoso, creador de todas las cosas, y en Jesucristo su hijo unigénito, verdadero Dios y verdadero hombre...», y algunas cosas más de una confesión de fe genuina. Pero no había nada allí sobre la venida del Señor.

La verdad sobre la segunda venida del Señor es tan fundamental que está impregnada en todas las Escrituras del Nuevo Testamento y aun es sugerida en el Antiguo Testamento. Hay pasajes del Antiguo Testamento que daban a entender que él vendría dos veces, ya que él es mostrado de una forma en algunas partes de las Escrituras, y de otra forma en otros pasajes que, al ojo natural, son completamente antagónicos.

¿Cómo era posible que el Mesías viniese como un Cordero delante de sus trasquiladores, que no abriese su boca y que fuese al matadero, y al mismo tiempo, ese mismo Mesías sea aquel que viene para reinar y para sojuzgar la tierra? ¿Cómo era posible conjugar ambas cosas? Es imposible, a no ser que veamos que él vino la primera vez como un cordero para cumplir la redención, y que vendrá de nuevo como aquel que traerá a luz toda la justicia de Dios, para juzgar toda la tierra.

El tribunal de Cristo, un juicio familiar

Entonces, podemos decir, usando figuras, que él vino la primera vez como el Cordero de Dios que murió para redimirnos de nuestros pecados, y vendrá por segunda vez como el León de Judá, aquel delante del cual toda alma responderá. Aquellos que han creído comparecerán ante él, en el tribunal de Cristo, en un juicio familiar que no es para definir su situación en el sentido de condenación o de salvación eterna.

Si tú crees en él, ya tienes vida eterna. Sin embargo, él llamará a todos los santos en su segunda venida, a aquel tribunal. *«Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo»* (2ª Cor. 5:10). Todos nosotros, incluyendo a Pablo, compareceremos ante su tribunal.

En Oriente antiguo, en las sociedades patriarcales, cada clan familiar era encabezado por el padre. Cada cierto tiempo, el patriarca llamaba a toda la familia: sus hijos, nueras, yernos, nietos, etc., a una ceremonia donde él se ubicaba en un lugar llamado *bema*. Aquel era un tribunal familiar, que reunía toda la familia, decenas o centenas de personas, y entonces el padre pronunciaba aprobación o reprobación según los hechos de cada uno de ellos, según diesen o no dignidad al nombre de su familia.

Eso es lo que hará el Señor con su iglesia *«en aquel día»*. Todos nosotros compareceremos ante el tribunal de Cristo para que cada uno —de forma individual— reciba conforme al bien o al mal que haya hecho estando en el cuerpo. Tú y yo estaremos ahí también. Entonces, si has andado delante del Señor con integridad, con sinceridad de corazón, tu vida ha sido probada y está en

la luz de Dios, si has tenido delante del Señor comunión respecto de todo, aun de tus pecados, si no has sido guardián de tus pecados, si no has andado con obstinación y no te has guardado premeditadamente cosas que no agradan al Señor, sino que has estado en Su luz, andando con él, permitiendo que él te hable, que él te limpie, que él te juzgue, que él te pade con sus tijeras, podando las ramas de tu vid, si tú has andado así, recibirás alabanza de parte de él.

El Señor no espera que tú seas un gigante espiritual y hagas grandes cosas. De ninguna manera. Cada uno de nosotros será juzgado de acuerdo a la fidelidad que tuvo respecto a lo que recibió. Esa es la enseñanza bíblica, sin entrar en detalles, porque vamos a enfocar este tema de forma panorámica.

Tú responderás delante de tu Señor por la luz que él te dio, y no por la luz que no te fue dada. Entonces, aquello que él te ha hablado, requiere una respuesta. Responde, aunque sea para decir: «Señor, es muy difícil. Si quiero ser honesto contigo, debo decir que he amado ese pecado, he amado este o aquel aspecto del mundo y he sido cautivado por él». Eso es andar en la verdad.

Pero, cuidado, hermano. Tú no puedes usar esa sinceridad como un arbusto, para esconderte detrás de él, como hizo Adán, como si dijeras: «Estoy disculpado, porque Dios ya conoce lo mío».

Vida y luz

La palabra de Dios dice que, si andamos con el Señor, estamos aprendiendo a vivir por su vida, evitando caer en esos pecados que ya nos son conocidos; no aquellos que no nos son conocidos, sino en la luz que ya él nos ha dado. «*Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz, vemos la luz*» (Salmo 36:9). En la luz que nos ha dado, él desea que participemos de su vida.

Noten que ese versículo une *vida* y *luz*. ¿Estás viendo luz y vida? En la medida que el Señor te da luz él quiere darte vida, basada en aquella luz. Mas, si te resistes a ella, no vas a tocar la vida, te volverás obstinado, complaciente, autoindulgente, autoperdonador: «No, eso lo veré mañana. Ah, eso no importa. Es tan difícil, entonces no voy a tocar ese asunto, voy a preocuparme de mi vida; esto es tan grato para mí, es tan importante para mí».

Nosotros tenemos tantos recursos de ese tipo, nos relacionamos de modo general con cosas que ofenden al Señor de tantas formas, que no vemos que nuestro corazón está apegado a ellas. Pero, si el Señor te ha dado luz, debes saber que, si no respondes correctamente, conforme a esa luz, no vas a tocar la vida. No puedes tocar la vida sin responder a esa luz. Es muy importante que comprendamos esto espiritualmente.

Es claro que es el Señor quien nos da la luz. Es claro que él mismo te va a suplir para que tú te puedas sostener. La palabra de Dios dice que él obra en nosotros tanto el querer como el hacer. Es él quien opera todo, pero la Palabra no dice solo que él es quien obra en nosotros aquello. También nos dice, en Filipenses 2:12, *«ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor»*.

Entonces, la Palabra está diciendo que Dios hace todo, pero también está diciendo que tú debes ocuparte en tu salvación. ¿Ves el equilibrio aquí? No puedes quedarte en una sola pierna. Vas a cojear, y en poco tiempo estarás culpando a Dios de tu pecado. «Yo soy así porque él no me ha transformado», o «Yo soy así porque él se ha tardado conmigo». Estarás culpando de tus pecados a Dios, como hizo Adán. «La mujer que me diste por compañera hizo esto conmigo, me llevó al pecado». Él está culpando a Dios de ese pecado, porque quien le dio una mujer fue Dios. ¿Ven ustedes la sutileza? Entonces, si tú no puedes responder de manera adecuada a Dios, acabarás culpándolo de tus propios pecados. Ten cuidado con eso, porque Dios es luz, y en él no hay tinieblas. Hay tinieblas en nosotros, pero no en él.

Estamos exponiendo todo esto, porque este es uno de los aspectos que queremos revisar hoy. La verdad es que solo vamos a tocar algunas verdades en algunos textos, porque la finalidad no es hacer un estudio profundo sobre la venida de Cristo, sino hablar sobre uno de los fundamentos de nuestra fe, de manera panorámica. Entonces quisiera revisar algunos textos sobre este tema, para procurar mostrar el espíritu de ellos.

Necesidad de prepararnos para Su venida

Los textos que vamos a leer tienen como único propósito preparar el corazón de la Novia, la necesidad de prepararnos para la venida del Señor, y el corazón que la Novia debe tener. Esto es lo fundamental.

Podríamos hablar sobre algunas visiones de los santos en el pasado, o acerca de las visiones bíblicas —no místicas, claro— sobre nuestra posición con respecto al arrebatación. Algunos creen que toda la iglesia será arrebatación antes que venga la tribulación, el hombre de iniquidad, el anticristo, la apostasía. Otros creen que no, que la iglesia pasará por aquel periodo duro, difícil, y que tal vez nosotros tengamos que ofrendar nuestras vidas al confesar el nombre del Señor, como ya aconteció con tantos santos en el pasado y como está ocurriendo aún hoy en algunos lugares del mundo donde los creyentes están pagando con su vida su fidelidad al Señor.

Sin embargo, vamos a dejar de lado la cuestión acerca de si pasaremos o no este periodo, porque ese aún es un asunto oscuro en la Palabra o, por lo menos para quien está compartiendo esto con ustedes, es oscuro hasta donde

consequimos ver. Y, con respeto a la posición que tú tengas, en el Señor, no quiero entrar en ese asunto.

Sin duda, es claro en la palabra del Señor el hecho de que seremos arrebatados. Pero, ¿cuándo? ¿Antes, durante o después del periodo de la gran tribulación? Eso no lo vemos tan claro en las Escrituras, y en este asunto, nosotros debemos ser flexibles, no dogmáticos. Pero eso no es lo fundamental. Lo que importa es que seremos arrebatados. Antes, en la mitad o después de la tribulación, lo importante es que sí seremos arrebatados.

La mayor parte de toda la gloria que significa estar con Cristo tiene su culminación en lo porvenir y no solo en tu vida cristiana que se está desarrollando hoy.

Otro hecho que es seguro es que todos aquellos que sean arrebatados, estarán delante del tribunal de Cristo; todos comparecerán ante ese tribunal y el Señor hará un juicio familiar, como ya lo hemos mencionado.

Otra realidad es que algunos estarán aptos para reinar con el Señor y otros no lo estarán. Eso también es un hecho, pero no quiero entrar en detalles sobre ello, porque podemos confundirnos, ya que no hay tanta claridad en las Escrituras sobre estas cosas. Entonces, guardemos el sentido general, ese foco. Todos los que pertenecemos al Señor, si estuviésemos vivos cuando él vuelva, seremos arrebatados, y luego estaremos delante del tribunal de Cristo.

En este juicio familiar, él confirmará a aquellos que reinarán con él en su reino milenial. Aun en este punto, hay conflicto entre las diversas corrientes de la historia de la iglesia. En ese tribunal, el Señor separará a los que tienen calificación para reinar con él y a aquellos que no la tienen. No me preguntes qué ocurrirá con los que no la tienen. Estudia por ti mismo, busca delante del Señor. No quiero entrar en esos detalles.

Si tú estás vivo cuando el Señor vuelva, entonces serás arrebatado. Recibirás un cuerpo glorioso y así comparecerás delante de él en el tribunal familiar. Él te recompensará de acuerdo al bien o al mal que hayas hecho estando en el cuerpo. Entonces él apartará a aquellos que lo representarán en su reino milenial y aquellos que no lo representarán, de acuerdo a la fidelidad que tuvieron según la luz recibida y su respuesta a ella.

Hermanos, no crucen los brazos pensando que todo está acabado. La mayor parte de toda la gloria que significa estar con Cristo tiene su culminación en lo porvenir y no solo en tu vida cristiana que se está desarrollando hoy.

Lo que hoy tenemos en Cristo

Ahora, detengámonos un poco en este punto: ¿Sabes lo que gran parte de la teología ha hecho hoy? Ha hecho un desastre en este asunto. En esas confesiones de fe, como la que ya he mencionado, de la gran mayoría de la cristiandad de hoy, no puedes ver nada sobre la segunda venida de Cristo.

Claro, si ellos hablasen alguna cosa sobre la segunda venida de Cristo, estarían siendo incoherentes consigo mismos. ¿Sabes por qué? Porque ellos predicán que todo lo que Dios tiene para darte, para bendecirte y hacer, es para hoy. Es ahora cuando tienes que tener todo el bienestar, toda la salud, toda la paz, toda riqueza y toda prosperidad. Entonces, esos teólogos de la prosperidad están siendo coherentes cuando no hablan sobre la venida de Cristo, porque no hay nada reservado, en la visión de ellos. Todo es para ahora y nada para después. Sin embargo, la Biblia muestra exactamente lo contrario.

Sí, nosotros tenemos una tremenda herencia. Tenemos vida eterna en Cristo Jesús, ahora. Nosotros no estamos esperando morir para que nuestro destino se decida, como dicen algunas teologías contrarias a la Palabra. El Señor nos asegura la salvación por gracia a través de la fe en él, tan claramente como la veracidad de la Biblia. Entonces, nosotros ya tenemos vida eterna.

Nosotros tenemos justificación plena, por gracia, mediante la fe, ahora. Tenemos al Espíritu Santo como la garantía de nuestra herencia, ahora. Tenemos victoria sobre el mundo, la carne, el pecado, el diablo, el ego, ahora. Todo eso es ahora. Pero aún no tenemos muchas cosas. Estaremos luchando y sufriendo hasta que el Señor venga. Aún no es el fin de nuestra batalla, aún no es el fin de nuestro dolor ni el fin de nuestras tribulaciones. No, de modo alguno.

Y no solo eso, en estos aspectos negativos, nosotros aún no tenemos la plenitud de nuestra herencia. Por más que podamos tener hoy toda esa belleza, esa gracia, eso es pequeñísimo delante de lo que el Señor nos dará. La Biblia es muy clara sobre eso, porque a pesar de que tenemos toda esa herencia, esa bendición, esa posesión del Señor en nuestro espíritu hoy, aún no lo vemos cara a cara, y aún tenemos pecado en nuestra carne, en nuestro cuerpo.

Nuestro cuerpo es un cuerpo de corrupción, que está yendo cada día a la muerte, degradándose, debilitándose, envejeciendo. Y si el Señor no viene, nuestro cuerpo irá a la tumba, hasta que él venga y lo levante de allí, como dice Pablo a los Tesalonicenses.

Entonces, aunque hoy podamos probar un poco de la rica herencia del Señor, ella es aún una pequeñísima parte delante de lo que el Señor nos dará «*en aquel día*».

Este es uno de los motivos por los cuales la segunda venida del Señor es uno de los fundamentos de nuestra fe. No es una verdad que encuentras aquí o allí, sino una verdad que impregna la toda Biblia de una manera muy consistente.

Maranata - El Señor viene

Quisiera que revisáramos algunos textos. Veamos 1ª Corintios 16:22. Miren qué versículo significativo: «*El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatematizado. El Señor viene*» (Maranata). Hay una verdad muy clara en este versículo. La expresión Maranata es una palabra griega, formada originalmente por dos palabras arameas: *Marana*, que significa *Señor*, y *Ata*, que significa *Ven*. ¡Ven, Señor! ¡Maranata!

Esta afirmación, en la Iglesia primitiva, funcionaba –vean la belleza de esto– como una confesión de fe resumida. Porque, si alguien dice *Maranata*, está invocando al Señor como Señor. ¡Cuánto significado hay en esta palabra! Está confesando que él es su Señor, su *Marana*. Cuando alguien dice *Maranata*, está diciendo «¡Ven, Señor!», está diciendo que aquel a quien confiesa como Señor es Señor porque es Dios. Y si cree que él vendrá, es porque ese Dios que fue revelado en Jesús, enfrentó la muerte, venció a la muerte y resucitó. Porque, si él no resucitó, ¿cómo podría venir? Un muerto no viene a lugar alguno.

Maranata es una palabra llena de contenido. ¡Ven, Señor! Hay mucho fundamento en ella. Ese Señor se encarnó, el Hijo de Dios, en persona, fue manifestado en la persona llamada Jesús de Nazaret. Dos naturalezas, una persona. Entró en la muerte, venció a la muerte, ascendió a los cielos, y volverá. *Maranata*. Miren qué hermosa es esa palabra; es toda una confesión de fe.

De acuerdo a la historia –aunque no lo dice la Biblia–, esa palabra era usada por los cristianos primitivos como una forma de saludo. De la misma manera, ellos se saludaban unos a otros usando otra confesión de fe: «*Kirios Iesous*» – Jesús es el Señor. Era un saludo de los primeros cristianos. Ellos también se saludaban con *Maranata*, porque esa palabra contiene el mismo énfasis en el Señor. Porque ellos tenían el gran deseo en su corazón de ver al Señor.

Ellos comprendieron muy bien que el Señor, que ejecutó esa obra de salvación, resucitó y fue ocultado de la vista de sus discípulos en el Monte de los Olivos. Hechos capítulo 1 relata que ese mismo Señor descendería de los cie-

los. Él dijo eso a sus discípulos muy claramente. Mateo 16:27: «*Porque el Hijo del Hombre vendrá*». Apocalipsis 1:7: «*...y todo ojo le verá*». Como un relámpago que sale del oriente y se muestra en el occidente. ¿Recuerdas al Señor predicando eso en varios lugares? Ellos oyeron eso, y lo predicaban en la iglesia primitiva.

El Señor que nos redimió es un Señor vivo. Él resucitó y volverá para atraer a sí mismo a aquellos que redimió. Y allí se cumplirá aquello que siempre anheló en su corazón, como cuando, por ejemplo, oró en Juan 17:24, diciendo: «*Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo*».

Nuestra esperanza de gloria

¿Puedes ver que, en la mente de Jesús, comunión, gloria y amor, son cosas que andan juntas? En un solo versículo, él pone las tres cosas juntas: comunión, gloria y amor. ¿Sabes cómo es que la gloria de Cristo puede reflejarse en ti, en tu vida? En la misma medida que tú amas al Señor. ¿Sabes por qué reflejamos tan poco de esa gloria? Porque nuestro amor es tan débil, tan limitado.

«*El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene*». Vean cómo, en esa afirmación, tenemos de nuevo, juntas, esas dos cosas. «El que no amare...», o «Si alguien no ama...». Aquí no dice: «Si alguien no cree», sino: «Si alguien no ama», porque tú puedes creer en él sin amarlo. ¡Qué hermoso es este versículo, hermanos! ¡Cuánto contenido hallamos en él! «El Señor viene! ¡Maranata!».

Esa es nuestra esperanza.

Hermano, responde tú mismo delante del Señor. Sé honesto, porque él conoce tu corazón. ¿Qué esperas de esta vida? Si no tienes hijos, es tener hijos. Si ya los tienes, es criarlos. Si ellos aún no están en la universidad, es enviarlos a la universidad. «Ellos lo necesitan, claro. Eso es muy bueno». Si tú posees algunas cosas, algunos bienes, esperas ganar más bienes.

¿Qué esperas, hermano? Todas esas cosas tienen su lugar en nuestras vidas, y el Señor nunca nos reprende por ninguna de ellas: ni por los bienes, ni por los hijos, ni por la cultura, ni por el estudio. El Señor nunca nos reprende por esas cosas; pero él nos reprende por poner esas cosas como prioridad, como la meta, porque todo aquello que tú pones como centro, te conducirá a vivir por eso. Y nosotros debemos vivir únicamente para el Señor y no para esas cosas.

Miren cómo Pablo puso en un versículo todas estas ideas. *«El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene. Maranata»*. Porque ese es el foco. Si alguien ama al Señor, quiere ver al Señor; si alguien ama al Señor, quiere estar con él. ¿No es cierto? Veremos un versículo más con relación a esto.

No somos del mundo, pero estamos en él

Nosotros somos tan cambiantes como el péndulo de un reloj, que siempre va de un extremo a otro. Tal vez ya estemos pensando en esto que ya hemos mencionado, considerando que todas esas cosas deben ser dejadas absolutamente de lado, así como pensaban algunos monjes. Por ejemplo: «No debo casarme, porque casarse es una distracción. Luego, los hijos son un problema, y quien se casa va a tener hijos; entonces no conviene casarse. Es mejor quedarnos lejos de todo aquello y también lejos de las posesiones». ¿No es eso? «Vamos a hacer un voto de pobreza, lejos de todo lo que poseemos, vamos a aislarnos del mundo, porque el mundo también es un problema. Vamos a vivir en las cavernas o en desierto». Así pensaban ellos, ¿verdad?

Pero ese no es el llamado del Señor. Él quiere que nosotros vivamos en medio de todas esas cosas, tocando todas esas cosas pero sin corrompernos con ellas, porque tan solo eso puede mostrar el poder de Cristo para salvarnos de esas cosas. Tú no pruebas ese poder aislándote, sino que muestras el poder de Cristo en tu vida, tocando esas cosas, usando el dinero, que en sí mismo está corrompido.

La Palabra enseña que todo lo que hay en el mundo está juzgado: el dinero, la cultura, la economía, la política del mundo. Todo está juzgado y va a llegar a su fin rápidamente en la venida del Señor. Pero nosotros estamos envueltos en la economía, en la política, aun cuando sea pasivamente; pero tenemos que tocar esas cosas sin que ellas se aniden en nuestro corazón, sin que nuestro amor esté ligado a ellas en primer plano.

Y así también debe ser con respecto a nuestras familias. Si tú quieres ser un buen padre, ama a Cristo, y así vas a amar a tus hijos. Si quieres ser un buen esposo, ama a Cristo, pues así amarás a tu esposa. Si el centro no es Cristo, nada funciona. Entonces, vemos cómo Pablo fue muy preciso: *«El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema»*.

Ahora, miremos lo que él dijo en 2ª Timoteo 4:7: *«He peleado la buena batalla»*. Pablo estaba ya próximo a la muerte. Y él escribió entonces sus últimas palabras: *«He peleado la buena batalla»*. Sabemos que después de eso, en tiempos del emperador Nerón, según la historia, él murió en el martirio. Pablo fue un hombre de Dios que agradó el corazón de Dios, un hombre que

gastó su alma a favor de la iglesia. Era un hombre que tenía cultura, inteligencia, un hombre con una buena oposición social y que, en ese sentido, comenzó con las manos llenas y terminó con sus manos vacías.

Cuando Pablo, en la prisión, escribe esa carta a Timoteo, él dice: «Timoteo, ven de prisa a encontrarme antes del invierno». El invierno en Roma es muy frío. Y él dice: «Trae mi capa y mis libros». Ese hombre de Dios terminó su vida con dos cosas solamente: una capa y algunos libros.

La corona de justicia

Ustedes han visto el trabajo que Dios hizo en aquel hombre que le pertenecía. Entonces Pablo dice: «*He peleado la buena batalla, he acabado la carrera*». Él estaba seguro que había completado cabalmente el ministerio que el Señor le había dado. «*He guardado la fe*». Él predicó a otros y no fue reprobado – como dice a los corintios– sino que guardó la fe.

Realmente, solo puede decir *Maranata* aquel que hoy ama al Señor totalmente. Si sabes que él tiene en ti su contentamiento, entonces vas a desear que él te llame pronto.

Veamos ahora el versículo 8. ¡Qué hermoso! «*Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida*».

Ustedes pueden ver que Pablo está hablando de una corona como objeto de recompensa. Él está diciendo que peleó su batalla, que ejecutó aquello que el Señor le encargó, pero no por sí mismo. Pablo declaró muchas veces que su capacidad venía del Señor, que era el Señor quien lo habilitaba, y que él en sí mismo no era nada. Pablo no se gloria delante de Dios, Él sabe que no es nada, que nada puede y que nada tiene. Pero también sabe que no fue negligente ni consideró vana la gracia de Dios; por el contrario, él se apropió de la gracia y se ocupó en su salvación, en su vida y su ministerio.

Entonces él dice: «*Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida*».

Ahora pongamos un versículo junto al otro. 1ª Corintios 16:22 y 2ª Timoteo 4:7. En Corintios, leemos: «*El que no amare al Señor Jesucristo, sea anate-*

ma. *Maranata*», y en Timoteo dice: «*A todos los que aman su venida*». Hermanos, es la misma cosa. No hay diferencia. Si tú realmente amas al Señor, en él está tu mirada, en él está tu corazón.

Tú vas a trabajar, vas a criar a tus hijos, vas a dar lo mejor de ti para ellos, con criterio, con discernimiento, porque vivir no es vivir para criar hijos; pero darás lo mejor con discernimiento, con criterio, con ponderación, con buen sentido, porque vas a vivir una vida enfocada en Cristo.

Tú vas a tener aquellos bienes que el Señor quiera darte, o tal vez no los tendrás. No hay problema en tener o no tener. Tu corazón debe estar contento en toda y cualquier situación. Si tú amas a Cristo, eso será lo que suceda. Él va a estar contento. Y tú vas a estar enfocado en él independientemente de cuál sea tu situación. Tú vas a estar enfocado, vas a amar al Señor y amarás su venida.

Tú serás un ciudadano responsable, un profesional responsable, un padre responsable, un marido responsable, pero no vives para esas cosas. Puedes ver en ellas un medio para testificar del Señor, porque él te dio esas vocaciones secundarias. Pero nuestra vocación suprema es vivir para él, aunque hay vocaciones secundarias que el Señor nos dio en torno a él mismo. Para la gran mayoría de nosotros es ser padre, madre, criar hijos, trabajar, ser un jefe o ser un empleado, como la Palabra lo dice. Debemos honrar al Señor en todo, pero quienes amamos su venida vivimos primeramente para él.

El corazón de la Novia

Para finalizar, queremos revisar algunos versículos del Cantar de los Cantares. Veamos allí el amor, en éste que, sin duda, es el libro más antiguo de la Biblia que trata sobre el amor. No hay otro libro que ilustre mejor ese tema. Y si estamos meditando sobre Corintios y Timoteo, amamos al Señor y amamos su venida, entonces es bueno dar una mirada rápida en Cantares.

La enseñanza de Cantares nos muestra el proceso de la evolución de nuestro amor al Señor. ¡Cuán claro y hermoso es esto! Sabemos que esta es una historia de amor entre Salomón y la sulamita, tipos de Cristo y la iglesia, y también de un marido y una esposa cristianos.

En Cantares 2:16 tenemos la primera declaración de la esposa. Miren cómo habla ella. Ella ama, ese es el comienzo. Ella no es solo una esposa que está junto a su marido. El sentido bíblico de *creer es estar juntos*, estar unidos. Aquí hay una esposa que no solo está unida; es una esposa que ama. Pero veamos cómo se desarrolla el amor. En Cantares, ustedes podrán ver el lenguaje de Pablo, mucho tiempo antes, y de una forma tan bella.

Cuando la esposa hace su primera declaración de amor, ella dice: «*Mi amado es mío, y yo suya*» (2:16). Es interesante ver cuántos «yo» y «mío» hay en un solo versículo, en este inicio de la historia de amor. Los primeros ímpetus del amor son posesivos. Ella ve que aquel novio es incomparable, es único. Ella podría perderlo todo, pero no a él. Entonces comienza a ver la belleza, la singularidad de él, y lo primero que ella va a expresar está en función de lo que ha visto, y dice así: «*Mi amado es mío*».

Podemos ver que el centro es el propio yo. Ella está diciendo: «Mi amado es mío. Él es de mi propiedad». Y después ella agrega: «...y yo soy suya». Podemos ver que el foco está en: «*Mi amado es mío*». El centro es el yo, es aquel amor que posee. «Él me pertenece».

Ahora miremos en el capítulo 6, y veamos la evolución. El libro de Cantares es progresivo en la situación del amor, de la comunión con el Señor, tanto en el sentido individual como en el sentido colectivo – la iglesia y Cristo. Es una evolución, un progreso. Así, pues, en el capítulo 6 hay un cambio de centro. Ahora el énfasis no está en ella como quien posee al amado; el foco no está en ella, el foco es él: «*Yo soy de mi amado*». ¿Quién es el centro en esta expresión? Si tú interpretas esta frase, verás que el centro es él, porque es él quien posee ahora. ¿No es así? Ella es pasiva, ella está diciendo: «Yo no me pertenezco a mí misma. Yo soy de mi amado. Miren a mi propietario. Yo soy de mi amado». Claramente, vemos que el foco cambió.

En la primera declaración, el foco es ella y en la segunda el centro es Él. «*Yo soy de mi amado, y mi amado es mío*». Hubo una franca evolución.

En Cantares 7:10, tenemos otro bello versículo. Parece que ya se dijo todo lo que debe ser dicho, pero aún no es así. Está casi al culminar. Hay un escalón más en la evolución del amor. «*Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento*». De nuevo, el foco es él. ¿Se dan cuenta? Ella más pasiva y él más activo. Ahora ella está totalmente fuera y es solo él. Entonces ella dice: «Yo soy de mi amado, y él me tiene. Lo importante no es que yo lo tengo a él. Es él quien me tiene a mí».

Ella dice: «*Yo soy de mi amado*», y ahora ya no hablará de sí misma, sino que continuará hablando de él, como si hubiese descubierto algo más. «Yo vi algo más: él tiene en mí su contentamiento». ¿Puedes ver que el foco está todo en él? ¡Qué cosa bella, hermanos, la evolución del amor!

Hermano, en la medida en que tú vayas caminando con el Señor, es así cómo te vas a sentir. A veces amamos al Señor de forma muy poco clara, de forma muy dividida, como si fuese el Señor más esto, el Señor más aquello, como si él fuese una meta en medio de tantas metas y, cuando así ocurre, todo es muy

confuso. Pero en la medida que tu vida va siendo afinada, vuelta hacia ese único foco que es el Señor, esa será tu experiencia espiritual. Es así que tú vas a hablar: «Yo soy de él. Soy de mi amado y él —ahí tienes una noticia más— él tiene en mí, en mi vida, en mi persona, en mis pensamientos, en mi corazón, su contentamiento».

Creados para la intimidad con Dios

Hermanos, ¿podemos nosotros decir esto? ¿El Señor habrá encontrado en tu vida contentamiento? ¿Hallará él alegría en tu forma de hablar? ¿Tendrá él agrado en tu forma de ser como marido? ¿Encontrará gozo en tu manera de ser padre, madre, jefe o empleado? Esta esposa conoció eso. «Él tiene en mí su contentamiento». ¡Qué amor perfecto!

No hay nada que pueda darnos más satisfacción en esta vida que ese tipo de amor. ¿Sabes por qué? Porque nosotros fuimos creados para la intimidad. Cuando Dios creó al hombre en Edén, aquel matrimonio también era una pareja de amor. Esto habla de la misma verdad. Adán y su mujer. Cuando Dios creó aquella pareja, cuando él miró a aquel hombre —presten atención a esto— él miró al hombre, y dijo: «*No es bueno...*».

Antes de eso, todo era bueno, menos en el segundo día, allá en las tinieblas. Todo era bueno. Pero hubo un momento en que el Señor dijo: «*No es bueno...*». Y cuando Dios dijo: «*No es bueno...*», él agregó: «*...que el hombre esté solo*».

Hermano, tú necesitas saber que, cuando el Señor dijo eso, no es porque Adán estaba solitario o desamparado, o tal vez porque estaba triste, sino porque Adán estaba sin su mujer.

Se podría pensar que el Señor miró y vio que faltaba alguna cosa ahí. «No es bueno que el hombre esté solo. Entonces haré algo al respecto». No, hermano. Él está dando una orden. Quisiera que pienses en ello y ores sobre eso. Cuando Dios dijo: «*No es bueno que el hombre esté solo*», él no estaba atendiendo a la opinión del hombre o a alguna cosa que él vio en el hombre, y entonces percibió que estaba faltando algo. No. Él habla usando un imperativo, está diciendo que aquella criatura que él formó, llamada hombre, no debería estar sola. Es la proclamación de un proyecto de intimidad.

Nosotros fuimos proyectados para tener intimidad; en primer lugar, y por sobre todo, intimidad con Dios mismo. Y claro, nosotros podemos y debemos disfrutar de esa intimidad en la relación conyugal (para los que son casados), y en el relacionamiento de amistad cristiana (para los que no son casados). Solo puedes encontrar esa amistad verdadera, ese compromiso, esa entrega,

ese amor en el real significado de lo que él es, en el cuerpo de Cristo, en la iglesia. Tú fuiste proyectado para eso. Si no suples ese amor en el cuerpo de Cristo, vas a intentar suplirlo en otro lugar, pues fuiste proyectado para tener intimidad.

Entonces, cuando el Señor dijo: «*No es bueno que el hombre esté solo*», él estaba haciendo una declaración, como si estuviese diciendo: «Yo te proyecté para la intimidad». Entonces, cuando leemos la historia de Cantares, vemos eso. Puedes ver que la esposa comienza diciendo: «*Mi amado es mío*». Un amor posesivo. Pero, en la medida que ese amor va creciendo, ella va a decir: «*Yo soy de mi amado, y mi amado es mío*». Y ella crece un poco más cuando dice: «*Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento*». Miren qué centro perfecto es él.

El amor que liberta

Hermano, en la medida que tú experimentes esto, tendrás una vida libre. Vas a ser libre, porque fuiste salvo por amor. Tú no tienes la capacidad de vencer por ti mismo tus codicias. Tu amor necesita ser cambiado. La codicia es amor fuera de foco. Si tú no centras tu amor, no puedes vencer la codicia, pues ella es mucho más fuerte que tú. En la medida en que tu amor tiene el enfoque correcto, verás la codicia mas no la vivirás, porque tendrás un corazón centrado.

«*Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento*». ¡Qué hermoso, hermanos! ¿Pueden ver que eso es libertad? Tú no puedes ser libre de otra forma, porque las cosas nos cautivan, nos capturan, porque nuestro corazón tiene división en relación al asunto del amor. Consideren esto.

Este será nuestro foco cuando hablemos de la venida del Señor. Ese es el foco central. Tocaremos otros asuntos más, pero serán secundarios. Quisiéramos hablar sobre el espíritu de la Novia, porque es urgente que eso sea recuperado en la iglesia hoy en día.

«*El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. Maranata*». Nadie dice *Maranata* si no ama al Señor. Si no quieres verlo, si no quieres estar con él cara a cara, si estás guardando cosas aquí en la tierra, estarás pidiendo que el Señor demore un poquito, pidiendo permanecer aquí un tiempo más, tal vez mañana, tal vez el próximo mes, o después que te cases, después que crías a tus hijos, después que ellos vayan a la universidad, o cuando ganes más dinero y tengas más bienes.

Realmente, solo puede decir *Maranata* aquel que hoy ama al Señor totalmente. Si sabes que él tiene en ti su contentamiento, entonces vas a desear que él te llame pronto. ¿O crees que él quiere estar lejos de ti? Si tú amas a tu

esposa, ¿quieres estar lejos de ella? ¿Quieres dormir encerrado en un cuarto y ella en otro? Si el Señor te ama, él te quiere. Entonces tu respuesta a él debe ser: «Maranata. Ven, Señor. Puedes tomarme para ti».

Pablo dice: «*Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor*» (Flp. 1:23). Como si él dijese: «Él me quiere, él me llama». Hermanos, si nuestra vida no está siendo vivida así, hemos perdido el rumbo. Tú no puedes vencer tus codicias, sino por amor al Señor. Solo, no sirve de nada luchar; tendrás una primera victoria, una segunda y tal vez una tercera, pero quizás la cuarta es una derrota, porque aún estás cautivo. Solo el amor de Cristo nos puede libertar.

Recordemos, en Deuteronomio, las leyes para los siervos. Los esclavos tenían derecho a ser libres en el séptimo año. Allí, cada uno recibía una carta de libertad, de acuerdo a la ley de Dios, la ley judía. Cuando llegaba aquel año y el esclavo no quería ser libertado, por su propia voluntad, él se presentaba ante su amo, con testigos, y hacía una declaración pública, cuya primera frase era: «Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, y no quiero ser libre».

¿Sabes el entendimiento que ese esclavo tenía? Él entendía que su libertad, en sus propias manos, era un peligro. Pero su libertad en las manos de su señor era su seguridad. Entonces él tenía que dar testimonio públicamente. Luego, él era llevado a la puerta y su oreja era perforada con una lezna. Todo esclavo con la oreja horadada era un esclavo voluntario, un esclavo por amor.

Tú no puedes ser libertado por la religión o por los mandamientos. «Haz esto; no hagas aquello». Solo puedes ser libertado por amor.

Hermanos, el Señor espera esa respuesta de amor de su iglesia. Él no quiere que tú seas como un empleado que marca tarjeta para él, haciendo muchas cosas, leyendo la Biblia, asistiendo a reuniones. No. Él quiere de ti un cautiverio voluntario por amor, porque tú no puedes ser libre, pues no sabes qué hacer con esa libertad. Si tomas la libertad con tus propias manos, serás un esclavo de nuevo. Entonces, entrega tu libertad: «Señor, yo soy tuyo. Dame el privilegio de conocer tu voluntad y de vivir solo para ti». Ese es el amor que nos liberta.

Y el último paso, Cantares 8:14. «*Apresúrate, amado mío*». Este libro termina exactamente como el apóstol Pablo nos enseñó en el Nuevo Testamento. «*El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. Ven, Señor. Maranata*».

Quien ama quiere estar cerca, quiere ver, quiere estar en la plenitud del gozo de ese amor. «*Apresúrate, amado mío*». Hermano, tú no puedes tener ese

clamor en tu corazón solo porque fuiste enseñado. Tú vas a tener ese clamor en tu corazón en la misma medida en que amas al Señor.

Una historia de amor

Para terminar, quisiera recordar una historia. Policarpo fue un gran hombre de Dios, un discípulo de Juan, que fue condenado a morir en la hoguera.

Policarpo era un anciano de ochenta y seis años que había servido a varias iglesias, además de la iglesia en Esmirna. Los hermanos lo amaban mucho, y ellos querían preservar la vida de él, cuando era perseguido solo por confesar su fe en Cristo y predicar a Cristo como el único Señor, en el imperio de César. Los hermanos trataron de ocultarlo. Cuando él permanecía en casa de alguno de ellos, y ellos se daban cuenta de que las autoridades lo estaban vigilando con espías, entonces lo trasladaban a otro lugar.

Un día, él se dio cuenta que aquellas personas que lo protegían estaban siendo torturadas por haberle ayudado. Cuando Policarpo descubrió aquello, él dijo: «Ahora nadie me moverá de aquí. Voy a permanecer aquí hasta que ellos me apresen, porque es a mí a quien ellos quieren, y están maltratando a otros hermanos». Entonces Policarpo esperó hasta que vino un guardia y lo arrestó. Lo llevaron a una audiencia pública y le dijeron: «Tú eres ya un anciano, no tenemos ningún interés en matarte. No somos animales. Solo queremos que niegues públicamente a aquel Jesús al cual has predicado».

Policarpo respondió: «Yo lo he servido ochenta y seis años y él solo me ha hecho bien. No puedo negar a mi Señor, mi único Salvador». Y por causa de esas palabras él fue quemado vivo.

Hermanos, fíjense en lo que él dijo: «Yo no puedo negarlo». De esa forma, Policarpo estaba diciendo que negarlo a él era como negar su propia existencia, su propia historia. «Él es todo para mí. No puedo negar a mi Señor». Es como si él dijese: «Aunque quisiera negarlo, me sería imposible, porque él no es solo alguien que me salvó cuando yo era un joven, sino aquel que me salvó y me amó y se dio a mí por ochenta y seis años». Esta es una historia de amor.

Hermanos, que el Señor nos ayude a comprender esto, porque solo podemos anhelar su venida con este corazón, con este espíritu de amor. Solo por amor podemos ser firmes en la tribulación; solo por amor podemos permanecer fieles a él. Que el Señor pueda conquistar así un terreno en nuestras vidas, para su gloria. Amén.

La segunda venida del Señor

Vengo en breve



La experiencia de Juan en Apocalipsis
y su expectación por el retorno del Señor.

A fin de dar testimonio de las cosas venideras, en especial, las relacionadas con el tiempo del fin, el Señor escogió a un siervo especial: Juan, a la sazón, el último de sus apóstoles aun vivo sobre la tierra, aquel que se recostaba en el pecho de su Maestro, y el único que se menciona, junto a Su madre, a los pies de la cruz. Era, sin duda, un instrumento apropiado para tan magnífica tarea.

Advertencias

Era necesario advertir a la iglesia de su estado, dejar al desnudo cuanta irrealidad estaba presente en las asambleas y llamar a sus siervos fieles a un genuino arrepentimiento, a oír al fiel Espíritu Santo y prepararse para Su veni-

da. A las cuatro últimas iglesias, él les menciona su retorno, hecho de extremo significado para los creyentes hoy sobre la tierra, pues se trata de una advertencia profética, plenamente aplicable a nuestro tiempo.

La razón por la que somos constreñidos a atender la voz del Espíritu Santo, es porque se acerca la venida del Señor.

También era necesario revelar lo que sucede en los lugares celestiales; el mensaje de Apocalipsis contiene elementos terrenales y elementos celestiales. Es muy importante que atendamos a las cosas terrenales: el estado de la iglesia como cuerpo, como expresión local, el estado de cada hijo de Dios como individuo, y a la vez que estemos atentos a los acontecimientos ya ocurridos en el cielo: el Cordero entronizado y los sellos que se comienzan a desatar.

Palabras de aliento

Constituye un poderoso aliento para quienes creemos, pues somos bienaventurados de conocer la victoria de nuestro Señor en todos los ámbitos: la soberbia de los hombres será castigada, la serpiente antigua será atada por mil años y finalmente arrojada a un lago de fuego, Babilonia será severamente juzgada; y, por otro lado, la tierra será segada, los ángeles poderosos de Dios cumplirán su tarea, los vencedores serán reconocidos, las bodas del Cordero se cuentan como un hecho consumado, y la alegría celestial es exultante.

El juicio del trono blanco será inapelable, solo se salvan quienes están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

Un cielo nuevo y una tierra nueva, mas la Nueva Jerusalén, la desposada, la esposa del Cordero, tomarán su lugar definitivo en la historia de Dios.

Estado del corazón

La obra de Dios avanza inexorablemente hacia una bendita conclusión: el día del Señor viene. Pase lo que pase, niegue quien niegue a nuestro Dios y Salvador, Jesucristo volverá. Más aun, Él mismo anhela regresar, viene por lo que es suyo, por los redimidos por su preciosa sangre. Mientras más consagrados estén nuestros corazones, sentiremos, como Juan, los latidos de su corazón: sentiremos lo mismo que él, un poderoso anhelo de verle regresar. Cada vez que el corazón del creyente se enfría, la venida del Señor parece algo tan lejano. Comenzamos a apegarnos a las cosas terrenas, a sobrevalorizar los logros humanos, a codiciar las mismas cosas que el mundo codicia. ¿Para qué esperar algo que tal vez ocurra después de nuestra muerte? Gocemos lo que la tierra nos regala y posterguemos la esperanza celestial... la fe se comienza a enfriar y quedamos a expensas de los mismos cálculos que el resto de los hombres hacen de la vida y de la muerte.

Pero la palabra de Dios viene como una trompeta: *Ciertamente vengo en breve*, dice nuestro Maestro y Señor. También lo anticipó el Señor Jesús en Lucas 21:34: *«...que no se carguen nuestros corazones de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día...»*. Una buena prueba para conocer el real estado de nuestros corazones hoy, es preguntarnos ¿cuánto nos importa su venida? ¿qué cosas de nuestras vidas revelan que somos discípulos expectantes por su venida? ¿O más bien solo exhibimos un mortal descuido de tal hecho?

Nuestras oraciones suelen revelar nuestra realidad espiritual. Cuando solo oramos por la prosperidad material, por la salud y por la vida natural, por que nos resulten los planes y propósitos terrenales, ¿estamos pensando en la venida del Señor? ¿Cuántos cristianos hoy buscamos al Señor en oración solo cuando estamos afligidos, porque no nos va bien en la vida, porque buscamos un mejor trabajo?, etc. ¿Cuántos, en realidad, buscan el rostro del Señor solo porque le aman, porque Él es digno, y porque anhelan su retorno?

**Mientras más consagrados estén nuestros
corazones, sentiremos, como Juan, los latidos de
Su corazón: sentiremos lo mismo que él, un
poderoso anhelo de verle regresar.**

Una conclusión

La historia humana avanza hacia un final inevitable. Las cosas no ocurren porque sí; los cambios políticos, las crisis económicas, los desastres naturales, la maldad de los hombres, la *amoralidad* donde todo es lícito. Hoy día, en nombre de las «libertades humanas», las leyes divinas más básicas son simplemente violadas, como si nunca los hombres fuesen a enfrentar un severo tribunal. La negación de la existencia de Dios deja al hombre a expensas de su propia bajeza. Pero no será para siempre lo que hoy vemos, hay Alguien que ve todo cuanto acontece y precisamente el libro de Apocalipsis nos ayuda a entender en qué concluirán todas las ambiciones del hombre sin Dios.

De acuerdo con la historia bíblica, el mundo antiguo fue destruido por agua en los días de Noé, y por fuego, las ciudades corruptas de Sodoma y Gomorra. Hoy el pecado es aún mayor, pues Dios visitó la tierra, envió a su amado Hijo a morir por la humanidad; su evangelio ha sido profusamente predicado en toda la tierra, por más de dos mil años. Hoy tan solo unos pocos países, o las

tribus más olvidadas, podrían alegar ignorancia de la venida del Hijo de Dios al mundo. Mas, así como los grandes avances tecnológicos son globalmente conocidos, el evangelio de Jesucristo también lo es y más aún, este evangelio ha sobrevivido a los más feroces ataques, y, lejos de extinguirse, se ha propagado con fuerza creciente. Por tanto, la responsabilidad del hombre moderno es mucho mayor que en los días de Noé o de Abraham, pues el pecado actual de la humanidad tiene un terrible agravante, y es que ha sido advertida por Dios acerca de las consecuencias de sus hechos. Hoy la ignorancia es voluntaria; es un ejercicio de la soberbia inherente a la raza caída, y tal actitud de desprecio por la persona y obra de Jesucristo tendrá su hora final. El resultado será la justa condenación de unos, y la maravillosa salvación de quienes hemos recibido al bendito Salvador.

Las profecías de Apocalipsis se cumplirán íntegramente, y los hombres, ni aun así, se arrepentirán de sus malas obras. Al mismo tiempo, tal cumplimiento significa un poderoso consuelo para quienes peregrinamos en el día a día terrenal, muchas veces cansados por las tareas incumplidas, por los constantes fracasos que agobian, por la presión que rodea a los hijos de Dios.

Hemos de saber que todo cuanto es hoy visible a nuestros ojos, pronto será juzgado, pues *«el fin de todas las cosas se acerca»* (1ª Ped. 4:7).

El corazón de Juan

En el evangelio de Juan, éste, como autor, suele esconderse tras el relato. Por ejemplo él dice: *«Andrés... era uno de los dos que habían oído...»* (Juan 1:40) y *«... pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro...»* (Juan 20:4). Pero en Apocalipsis, se identifica constantemente: *«Juan a las 7 iglesias que están en Asia»*, *«Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe de la tribulación»*, *«Y yo Juan vi la santa ciudad»*, *«Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas»*, como queriendo decir: *«Miren la misericordia del Señor, ¿quién soy yo?, un simple Juan, y vine a ser testigo de todas estas cosas»*.

El libro entero está lleno de declaraciones en primera persona: *oí, miré, vi, caí como muerto a sus pies, puso su diestra sobre mí, estaba yo, me dijo, y lloraba yo mucho, y fui al ángel y me dijo, toma y cómelo, me postré para adorar...etc..* Juan es participante activo de todo aquello que ve y oye, se le concede escribir y enviar mensaje a las iglesias de su tiempo y también deja para nosotros, privilegiados lectores de los últimos tiempos, todo este magnífico registro.

No podemos sino admirar la experiencia de Juan, nuestro hermano; es bueno reafirmarlo, pues «un hermano nuestro» es quien fue testigo de todas estas cosas tremendas que han ido teniendo un cumplimiento espantoso y a la vez

glorioso. Si tan solo meditamos un poco, si procuramos ponernos en la situación de Juan, por ejemplo, cuando atravesó aquella puerta abierta en el cielo (4:1-2) y pudo tener aquella extraordinaria visión del trono de Dios y la adoración celestial de los capítulos 4 y 5. Su llanto como testigo humano en medio de una escena celestial, y el consiguiente consuelo al ver a su Amado, como un Cordero inmolado, mas en pie, vencedor, en medio del trono y de los cuatro seres vivientes.

La escena es tan magnífica que excede toda capacidad imaginativa, sin embargo, ¡nuestra certera esperanza es que la veremos nosotros también! Luego, Juan pasa a ser testigo de la apertura de cada sello de aquel libro y sus consecuencias. Más tarde vendrán las siete trompetas, y finalmente las siete copas de la ira. Ve al *«hijo varón que regirá las naciones con vara de hierro que es arrebatado para Dios y para su trono»* (12:5, 11). Después, ve una bestia que surge del mar y otra que surge de la tierra, ésta ordena marcar a todos los hombres de tal manera que nadie sin esa marca podrá comprar o vender... El temible 666 aparece en la escena terrena.

Hay multitudes que adoran; la tierra es segada; la gran ramera y Babilonia reciben su castigo y condenación.

Hay una boda en los cielos, con alegría que desborda, el Cordero y su esposa que se ha preparado y vestido de lino fino (¡Cristo y la iglesia!)... ¿podemos pensar por un solo instante cómo palpitaba el corazón de Juan, nuestro hermano, ante tal visión?

El capítulo 19:19 muestra una batalla en la tierra: ¿Quiénes son los contrincantes? ¿Quién triunfa en la batalla? Alégrese leyendo usted mismo en su Biblia.

Últimas palabras

Los tres últimos capítulos del libro que nos ocupa son consuelo tras consuelo para el lector cristiano y en particular para nuestro hermano Juan.

El diablo atado por mil años, todos los muertos de pie ante el trono blanco, escena de salvación y de condenación. Todos los habitantes del mundo deberían temblar ante esa escritura; a los creyentes nos alegra por la salvación que ostentamos y nos entristece por quienes rechazan al Salvador.

El cielo nuevo, la tierra nueva, la Jerusalén celestial y sus bienaventurados habitantes con ropas lavadas y emblanquecidas en la sangre del Cordero, no admiten mayor comentario... Todo es gloria, victoria y consuelo para quienes esperamos el cumplimiento de cada detalle de tan preciosa profecía.

Juan al límite

Pero regresemos, por última vez a Juan, nuestro hermano. En 22:8 ya no soporta más, y muestra su humana debilidad postrándose a los pies del ángel que le mostraba estas cosas... No hay condenación para este siervo, mas bien un nuevo consuelo es añadido: «*Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios*». ¿No sientes que tú también estás incluido en esta lista de hermanos, profetas y consiervos?

Finalmente, al cerrar la profecía, aparece un nombre muy conocido y familiar para todos los santos: «*Yo JESÚS he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo Soy el Alfa y Omega, Yo Soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana*». ¡El ángel pasa a segundo plano y JESÚS mismo, en persona, se acerca a hablar con su amado Juan! ¿No esto maravilloso en extremo?

Vengo en breve

Las palabras finales del Señor: «*Ciertamente vengo en breve*» quedaron re-tumbando para siempre en el corazón de su siervo Juan. No hubo día, después de oír aquella dulce voz, que él no recordase tales palabras. Nosotros tenemos el registro escrito y el testimonio del Espíritu Santo que nos habita, pero Juan, nuestro hermano, podía saborear la fuerza y, a la vez, la dulzura de esta bendita promesa. Imposible resistirse a responder: «*Amén, sí, ven Señor Jesús*». Esta vez no se equivocó; no era un ángel, esta vez era el Amado de su corazón. Juan oyó muchas voces, truenos y juicios durante la profecía, pero esta voz era distinta, tenía el tono terrenal que él oyó tantas veces, ahora con mayor dulzura, al alcance de su hermano, amigo y discípulo a quien amaba... «*Sí, ven Señor Jesús*», es la última oración de la Biblia, y debería ser la diaria y constante oración de quienes hoy sostenemos este glorioso Nombre en nuestros labios y corazón... En realidad, somos sostenidos por él.

A través de los escritos de Juan poseemos la misma visión, somos responsables del mismo testimonio, los demás hombres deben oírnos proclamar este Nombre siempre, en toda circunstancia...

Con esta esperanza vivió Juan hasta el fin de sus días terrenales... Con estas palabras debemos vivir hoy los cristianos y no temer los juicios que se están comenzando a desencadenar en la tierra, en la sociedad y en la naturaleza...

¡SÍ, VEN, SEÑOR JESÚS!

La segunda venida del Señor

Un día de regocijo



Viviendo cada día a a la luz del Tribunal de Cristo.

¡Cómo anhelamos la venida de nuestro Señor, la presencia de nuestro Señor!
¡Cómo anhelamos ser tomados, ser arrebatados hasta su presencia, y estar con él! Este es el día al cual todos nosotros miramos con expectación, con anticipación. Este es el día de Cristo, como lo menciona Pablo en sus epístolas.

Con regocijo esperamos este día, porque cuando estemos ante él, su presencia estará con nosotros, y todos nosotros estaremos juntos. ¡Qué reunión será ésta! ¡Y él introducirá las bodas del Cordero!

Es la voluntad del Dios que, cuando la venida ocurra, cuando el arrebatamiento suceda, éste sea el día más feliz, un día de gran regocijo. Este es el día

en el cual entraremos en posesión de todas las cosas que Dios preparó para los suyos, aun antes de la fundación del mundo, en Cristo Jesús. Eso es lo que representa este día, y lo que debería representar para nosotros.

En la venida del Señor, cuando hayamos sido arrebatados y reunidos en su presencia, en los aires, vendrá entonces el tribunal de Cristo, donde todos seremos manifestados. Allí seremos juzgados de acuerdo con lo que hayamos hecho mientras estuvimos en este cuerpo, después de haber sido salvos, después de haber sido transformados en hijos de Dios, después de haber sido hechos miembros de la familia de Dios.

¿Tú anhelas este día? El tribunal de Cristo debe ser un tiempo de gozo. ¿Por qué? Porque allí habrá recompensa para aquellos que velaron y oraron en todo tiempo, para aquellos que guardaron la palabra de Su paciencia, para aquellos que vencieron por la sangre del Cordero, por la palabra del testimonio de ellos, y que menospreciaron sus vidas (vida del alma) hasta la muerte.

Para aquellos que se negaron a sí mismos, que tomaron su cruz y siguieron al Señor, que recibieron voluntariamente la disciplina del Padre y que fueron guiados por el Espíritu de Dios, el tribunal de Cristo será el día de su vindicación. Todos sus sufrimientos, todo lo que dejaron, todo lo que parecía necio a los ojos de la gente... en ese día, en el juicio de Cristo, ellos serán justificados.

Sin embargo, para aquellos creyentes que no velan, que no oran, que están ansiosos por conseguir todo lo que pueden en este mundo, que no pueden esperar el futuro, que no guardan la palabra de Su paciencia, que insisten en sus derechos aquí y ahora, éstos están derrotados; sus corazones están ocupados en saciarse, en beber, afanados con los cuidados de esta vida. Ellos pueden ser vistos por la gente como sabios, pero en el tribunal de Cristo serán descubiertos, y para ellos habrá lloro y crujir de dientes.

Después de ser salvos, después de tener la vida de Cristo en nosotros – la nueva vida, la nueva naturaleza – es de esperar que esta nueva vida se desarrolle en un nuevo carácter. Porque ya no vivimos más nosotros, sino vive Cristo en nosotros; por lo tanto, debería haber buenas obras. Debemos hacer la voluntad de Dios. Somos salvos por gracia, mediante la fe; pero, después de ser salvos, como miembros de la familia de Dios, nuestro Padre celestial espera que nos comportemos como hijos suyos.

Velad

Esta es la razón por la cual el Señor dijo: «*Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor*» (Mat. 24:42). Nosotros no sabemos cuándo él vendrá –no conocemos el día ni la hora– pero una cosa sabemos: él

dijo: «*Pero sabed esto*—esto es algo que ustedes no deben ignorar—, *que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa*» (Mat. 24:43).

No sabemos cuándo, solo sabemos que él viene. Por eso debemos velar, estar preparados, listos para su venida en cualquier momento. Si así hacemos, entonces él no nos sorprenderá.

Estad preparados

«*Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis*» (Mat. 24:44). Estemos preparados. En vista del regreso del Señor, nosotros deberíamos estar preparados siempre, en todo momento.

¿Quién es, pues...?

«*¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo?*» (Mat. 24:45).

«*¿Quién es, pues...?*». Subrayen la palabra **pues**. Ella provee el tiempo. Esta parábola de nuestro Señor Jesús se relaciona con este tiempo particular. Se refiere a su venida. El Señor está regresando y por eso él nos desafía. Él hace una pregunta: «*¿Quién es, pues...?*». Al leer esta parábola, no pienses que en ella hay dos siervos. En verdad, allí hay solo uno, y éste nos representa todos nosotros. O tú eres el siervo fiel y prudente, o tú, la misma persona, eres el siervo malo.

Creo que todos sabemos que, en lo que concierne a la gracia de Dios, al don de Dios, a la luz de Dios, todos somos hijos de Dios. Pero, al mismo tiempo, con respecto a nuestra responsabilidad, a nuestro servicio, nosotros somos esclavos. Fuimos todos comprados por un precio. Ya no somos más nuestros, y debemos servir a nuestro Amo.

Aquí encontramos la responsabilidad cristiana. Aquellos que recibimos la gracia de Dios, tenemos una responsabilidad para con esta gracia. Él está ausente hoy, pero nos ha confiado su casa, la casa de Dios. Nosotros estamos en la casa de Dios y él, nuestro Amo, está ausente ahora, pero él nos encargó cuidar de los negocios de la casa. Él quiere que nosotros proveamos el alimento en el tiempo debido, que nos nutramos, y que edifiquemos su casa.

El siervo fiel y prudente

¿Qué es la fidelidad? Es cumplir diligentemente la voluntad del Dios, del Amo. Lo que se requiere de un mayordomo es fidelidad. Dios está buscando lealtad entre su pueblo.

¿Qué es ser prudente o sabio? Es conocer la voluntad y el corazón del Amo. Como esclavos, como siervos de Cristo, debemos conocer la mente y el corazón de nuestro Amo. Debemos entender cómo él ama su casa. Él ama la iglesia. Él se entregó por ella, y nosotros necesitamos saber cuáles son sus expectativas para con Su casa – cómo él la sustenta y cuida de ella, cómo la purifica, cómo él espera que esta casa, este cuerpo, crezca hasta la plena madurez, a la plenitud de la estatura de Cristo, de modo que él pueda recibirla como su novia. Él espera una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, santa y sin culpa. Este es el corazón del Amo. Nosotros debemos conocer esto, y así ser fieles en realizar esta voluntad.

**Todo aquello que haya sido puesto bajo la sangre
no será traído a la escena en el tribunal de Cristo,
pero todo lo que no estuvo bajo la sangre será
anunciado y declarado públicamente allí.**

Como esclavos en la casa de Dios, necesitamos servirle con fidelidad, proveyendo el alimento en el tiempo oportuno. Lógico, el alimento aquí es Cristo. Él es el pan de vida, y nosotros, que tenemos a Cristo, que lo hemos experimentado a él, debemos contribuir, debemos compartir al Cristo que conocemos con los otros de la casa, para nutrirlos, para ayudar a edificarlos. Debemos darles el alimento oportunamente. Esta es nuestra responsabilidad.

Nuestra ambición

«Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables»
(2ª Cor. 5:9).

Teniendo presente el hecho de que todos nosotros compareceremos ante el tribunal de Cristo, seamos, por lo tanto, diligentes. En las distintas versiones de la Biblia, son usadas palabras diferentes. Algunas dicen que «nos esforcemos»; otras dicen que «luchemos», o «seamos ambiciosos». Deberíamos ser ambiciosos en vista del retorno del Señor, en vista del tribunal de Cristo.

¿Y cuál es nuestra ambición? Sea presentes o ausentes, es decir, estando vivos o muertos, queremos ser agradables a Cristo. Algunas versiones dicen: «Queremos permanecer agradándole».

El Señor está volviendo; el Rey está volviendo. Viene con gloria, viene con su reino. Viene para juzgar a sus santos. Viene para recompensar a aquellos que

sean fieles. Teniendo el conocimiento de este hecho, ¿no deberíamos ser diligentes? No podemos permitirnos ser indiferentes. ¿No deberíamos luchar y esforzarnos? No podemos ser inactivos e indolentes. ¿No deberíamos ser ambiciosos en vez de pasivos o negativos? Debe haber un ardiente deseo dentro de nosotros. Puesto que él está viniendo en gloria, nosotros deseamos vivir agradándole. Deseamos hacer todo que le haga feliz; si así hacemos, entonces cuando nos presentemos delante de él no seremos avergonzados, y él no se avergonzará de nosotros.

Por lo tanto, lo que necesitamos hacer es solo esto: necesitamos vivir diariamente a la luz del tribunal de Cristo. A diario, dejemos que la luz del tribunal de Cristo brille sobre nosotros. No permitamos que pase un solo día con algún retroceso, un pecado no confesado, una desobediencia no tratada, una controversia no solucionada. Vivamos cada día a la luz del tribunal de Cristo como si este tribunal fuese hoy.

Permitamos que esta luz brille sobre nosotros. No somos perfectos, pero cada día dejemos que todos nuestros pecados, faltas y pensamientos sean confesados y sean puestos bajo sangre del Cordero. Todo aquello que haya sido puesto bajo la sangre no será traído a la escena en el tribunal de Cristo, pero todo lo que no estuvo bajo la sangre será anunciado y declarado públicamente allí. ¡Oh, cuánto necesitamos la sangre! «...pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1ª Juan 1:7).

Andemos diariamente a la luz del tribunal de Cristo. Cada día, neguémonos a nosotros mismos, tomemos nuestra cruz y sigámosle. Hagamos a diario su voluntad, no para agradar a otras personas, sino viviendo para agradarle a Él, así como nuestro Señor agradó al Padre todos los días de su carne. Si así procedemos, no hay necesidad de temer al tribunal de Cristo; por el contrario, anhelaremos ese día, porque sabemos que lo hemos agradado, y que todo será reivindicado.

El tribunal de Cristo ocurrirá en este día glorioso de su presencia, cuando estemos reunidos con él.

Stephen Kaung, El Rey Está Viniendo

La única Vid verdadera

El fruto no se produce por hacer del fruto un objetivo, ni por pensar en el fruto; es el resultado de tener al Señor Jesús como el objetivo, de pensar en él. Él es la única Vid verdadera que precede y produce fruto.

Hannah Whitall Smith

Un asunto de vida o muerte

Una vez, de vacaciones fui a una costa pintoresca, cuyas peñas bañan sus pies en el mar y ofrece cuevas preciosas en que puede uno disfrutar a sus anchas, al abrigo del calor, las bellezas y el esplendor del océano.

Cierto día, absorto en la lectura de un libro, había permanecido mucho tiempo a la entrada de una de esas cuevas, sin pensar en el flujo de la marea que iba subiendo. De repente noté que era preciso no solo dejar el lugar, sino salir a toda carrera si quería librarme de un baño forzoso, y tal vez de ser pasto de los peces.

Las puntas diseminadas de las rocas iban desapareciendo. El agua subía rápidamente y pronto todo estaría cubierto hasta el pie de la enorme pared perpendicular de roca, por la cual era imposible trepar. No había que perder ni un momento y sin vacilar partí como saeta. Pero acordándome de que mi libro había quedado en la cueva hice algo para volver atrás, cuando llegé a mis oídos este grito: «¡Corre por tu vida! No hay un instante que perder».

Obedecí y, dejando mi tesoro, corrí otra vez para salvarme. La lucha contra las olas y la arena inundada empujaba. El viento soplaba también y me daba con fuerza en el rostro. Mi som-

brero se escapaba; maquinalmente traté de asegurarlo en mi cabeza. La misma voz exclamó: «¡Déjalo todo! No pienses sino en salvar tu vida». Lo abandoné al viento.

Mis botas se iban llenando de agua; se hicieron tan pesadas que me arrastraba en lugar de saltar. Mis fuerzas se iban agotando. Más estridente oí la voz: «¡Déja tus botas, ponítatelas!». Logré quitármelas, y poniéndomelas bajo el brazo eché a correr. «¡No, tíralas! ¡Es cuestión de vida o muerte!». Las dejé caer y seguí. Las piedras me laceraban los pies hasta hacerlos sangrar.

Sentí que no resistiría mucho y grité: «¿Qué haré?». «Ya voy», dijo la misma voz, y un brazo robusto cogió el mío. El amigo desconocido me ayudó y juntos subimos la roca. Pronto me hallé en lo alto del peñasco respirando con fuerza y considerando el tremendo peligro del que acababa de salvarme.

Esto me hizo pensar en el peligro de la condenación divina a que están expuestas nuestras almas. ¿Qué es necesario hacer para salvarse? Creer en Cristo y confiar en Dios.

500 Ilustraciones

Un desafío para los santos

En el tiempo del fin, sellando nuestra carrera con la corona de victoria y de honra.

La visión necesaria para el tiempo del fin

Así como ha habido «visitaciones» del Espíritu de tiempo en tiempo para propósitos específicos, ¿No debería ocurrir que, siendo la iglesia —el Cuerpo— la meta que gobierna toda la obra del Espíritu en esta dispensación, a medida que esta era se aproxima a su fin, las cuestiones que están esencialmente relacionadas con la iglesia deberían ser apropiadamente reenfocadas y orientadas hacia lo que eran cuando —en el comienzo— el Espíritu Santo dejó tan en claro que la iglesia es el vaso y el vehículo del «Testimonio de Jesús»?

Si esto es verdad, entonces la necesidad del momento es una nueva visión de la iglesia como el vaso de dicho testimonio, eternamente escogido y preordenado; y también, una nueva disposición de la voluntad de, a cualquier costo, tomar este terreno y abandonar todo lo que lo contradice (sea en método o en principio).

No hay duda de que esta hora actual demanda, por encima de todo lo demás, un ministerio de visión y revelación. Esto implica la necesidad de hombres que posean tal ministerio. ¿Qué visión y qué revelación son exigidas? ¡Respondemos,

enfáticamente, que estas son las del eterno propósito de Dios! ¿Con qué está ligado este eterno propósito? ¡El Nuevo Testamento afirma que es con la iglesia como Cuerpo de Cristo! De esta manera, nosotros solo encontraremos la unción y la plenitud en la medida que llegamos a aquello que es más amado para el corazón del gran Novio. Este puede no ser un asunto de obtener cierta clase de cosas, sino de llegar a cierto lugar.

Reivindicación aplazada

Dios no nos prometió algo que en esta tierra, en esta dispensación, pudiese ser nuestra vindicación delante de los hombres; una justificación literal y material debido a que abandonamos todo por causa de Él. Cuanto más cerca del pensamiento divino estamos, más distantes quedamos de aquello que podría ser contado, apuntado y proclamado como resultado de nuestro propio trabajo.

Tales cosas forman parte de las prácticas rudimentarias de la vida humana y Dios nunca las lleva hacia adelante. Su trabajo más permanente y sólido se realiza en lo oculto, donde quien busca sensaciones no puede alcanzarlo, y donde el «departamento de publicidad» no tiene manera de hallarlo. Si la fe es realmente

fe, y si el tiempo del fin debe testificar de la fe más que ningún otro tiempo (y la Escritura dice enfáticamente que así será), entonces, más que nunca, en el tiempo del fin habrá menos cosas visibles que puedan sustentar la fe. Mas, este principio se aplica a todas las épocas en las que Dios busca algo más que lo meramente superficial.

Los que vencen a Satanás en el tiempo del fin

Dios busca, hoy, tener un pueblo celestial que aún viva sobre la tierra para provocar una ruptura en las líneas de defensa enemigas, a través de una fe corporativa, una fe relacional, fortalecida por el amor, con el fin de vencer a los principados y potestades, y a todos los gobernadores de las tinieblas de este siglo.

Ahora bien, como nosotros sabemos, ha habido fracasos, pero una y otra vez en la historia de la era cristiana, las potestades han sido derrotadas. Todo esto fue conocido de antemano en la presencia de Dios, pero encontramos explícitamente revelado, en especial en Apocalipsis 12, que en el tiempo del fin habrá una compañía en la tierra que va a vencer al propio Satanás, en toda la magnitud de su malicia, sutileza y manifestación como enemigo de Dios y de los santos. Con todo, de ellos se dice que: «Ellos le han vencido por medio de la palabra del testimonio de ellos».

El aspecto subjetivo del retorno de Cristo

¿Piensa usted que la venida del Señor será solo un evento histórico, algo que ocurrirá de una forma puramente objetiva? Es verdad que existirá ese momen-

to histórico, pero en la medida que esa dimensión no es suficiente para la iglesia, tampoco es suficiente para nosotros.

No, su regreso, por cuanto será un hecho realmente objetivo e histórico, será también una experiencia escrita en la propia vida, el corazón y la naturaleza de aquellos que están unidos a él. Él no viene solo para ser manifestado en gloria, sino que viene para ser glorificado en sus santos (2ª Tes.1:10). Por lo tanto, la venida del Señor no es solo un evento objetivo, sino también un evento subjetivo.

Las primicias

Usted sabe bien que en el campo de cultivo, donde el agricultor trabajó con mucha paciencia, a medida que el tiempo de la cosecha se aproxima, día tras día él anda de un lado para otro buscando ávidamente las primeras señales de una respuesta a sus labores, su fatiga, sus anhelos, su espera y sus ansias. Y entonces llega el día en que él obtiene lo suficiente para asegurar que todo su trabajo no fue en vano; y él lo recoge como un símbolo de lo que todavía está por venir. Pero, él encuentra la satisfacción de su corazón, en primer lugar, en aquella primera recolección: Las primicias.

La naturaleza de la vanguardia de la iglesia

El curso normal de una verdadera vida cristiana gobernada por el Espíritu es que, para que ella llegue a su destino, haya un aumento constante de Cristo, un creciente descubrimiento de Cristo. Al final, la vanguardia de la iglesia, la punta de lanza del Israel espiritual, por quien será abierto finalmente el camino para

que toda la iglesia entre en el dominio y el gobierno celestial junto con Cristo, será un pueblo en el que Cristo habrá de ser formado muy profundamente. Ellos son una necesidad para el Señor.

La naturaleza de la Novia

Puedo decir sin dudar quienes serán la Novia. No un cierto número de personas llamadas para serlo, como si fuesen diferentes de las demás, sino aquellos que llegan espiritualmente a esa posición. Ellos conformarán la Novia, y esta condición está abierta para todos. «Novia» no es un término técnico relativo a una cierta clase, orden o sección de cristianos. Es un término espiritual relativo a una condición, a un estado espiritual.

Uno de los objetivos
principales del Espíritu
Santo para con los hijos
de Dios es traerlos
espiritual y experimental-
mente hacia adentro de
Cristo resucitado y
exaltado, y hacia adentro
de la vida de Cristo,
resucitada y exaltada.

El sufrimiento venidero de la iglesia

Lo que es verdadero con respecto al inicio de las operaciones de Dios, y su continuación y expansión, es verdadero también para su consumación: Que en el fin de todas de las cosas habrá una fuerte convulsión. Si usted quiere cambiar la

palabra, puede decir un penoso esfuerzo y sufrimiento.

No estoy muy seguro de que la iglesia no haya entrado ya en ese proceso. Ciertamente vendrá y será, al final, la explicación de todo. Esta es la Palabra de Dios. Este acontecimiento final y supremo, de intrínseca gloria y belleza, será traído por Dios por medio de la ardiente confrontación que habrá de preceder al final.

Si, el doloroso esfuerzo de la iglesia al final de esta era resultará en la manifestación postrera de la iglesia en toda la gloria de la consumación del propósito divino. La Biblia da testimonio de que habrá un enorme y doloroso esfuerzo de la iglesia y de la creación, a través del cual finalmente el Reino advendrá en plenitud.

El eterno propósito: el criterio final

Siempre que nos encontramos con algún curso nuevo y diferente, con alguna nueva proposición o posición, deberíamos hacernos una pregunta suprema, en la cual deberíamos invertir mucho tiempo, orando seriamente mientras la ponderamos. Esa pregunta es: ¿Esto que está delante de mí se encuentra en armonía con el pleno propósito de Dios, tal como él ha sido revelado —no en forma fragmentaria, sino en plenitud— en su Palabra?

Dios no ha dejado dudas de que Él tiene en perspectiva un propósito claramente definido, que es el objetivo supremo de todas sus actividades. También está bastante claro cuál es ese propósito.

Además de eso, se nos muestra nítidamente que los creyentes son «llamados

de acuerdo con su propósito», y que ellos deben «confirmar su elección». Un cierto cristiano ya mayor, un siervo de Dios grandemente usado, dijo, ya al final de su carrera, que su gran preocupación siempre fue que él «pudiese asir aquello para lo cual fue asido por Cristo Jesús».

Es responsabilidad y deber de todo verdadero cristiano estudiar de tal forma que se le aclare muy bien en qué consiste el «Eterno Propósito». Debe hacerlo así, porque todo lo que demande nuestro compromiso debe ser traído ante el estrado judicial de ese propósito, y entonces ser interrogado en su luz.

Una pregunta, y una solamente, decidirá la tragedia o la gloria: ¿Esto que está delante de mí se encuentra en armonía con el pleno propósito de Dios? Cuando llegue el fin y la historia completa sea contada, cuando la esencia sea considerada, cuando de entre todo sea retirado aquello que no posee la verdadera sustancia de Cristo; y cuando, por esta causa, sea reprobado y no sea trasladado a lo que es eterno: ¿Qué es lo que el río se llevará, y que emergerá del otro lado?

En todas las generaciones de esta dispensación, Dios ha estado trabajando y buscando asegurar un máximo que sea de valor eterno, que esté de acuerdo con su eterno propósito para con sus escogidos. Su disciplina tiene la finalidad de sacudir la paja, sacudir lo que es meramente perecedero, y almacenar lo que es impercedero.

Cuando, de todas las generaciones, Él hubiere obtenido —en el cielo— una medida adecuada y proporcional de aquello que es su Hijo, vendrá el término de esta era. El mundo será depurado por el

fuego y ese valor eterno acumulado será introducido con los escogidos para ser el carácter de aquello que gobernará todo por los siglos de los siglos. Por causa de la importancia de este asunto, el desarrollo del propósito divino es atacado por todos lados, y se utilizan todos los medios y esfuerzos para frustrarlo.

El Nuevo Testamento apoya ampliamente la posibilidad de una gran pérdida, incluso después de la justificación por la fe. Pablo mismo estaba profundamente interesado en este «premio del supremo llamamiento», y en que él pudiese conquistar aquello para lo cual había sido conquistado ¿Tenía él miedo de perder la salvación? ¿O esto era lo que él llamaba «el premio»?

Preparación para la venida del Señor

Muchos no han ido más allá de la idea —una idea nunca considerada seriamente— de que la Segunda Venida es simplemente un acontecimiento aislado, o un evento que, como parte de un programa o cronograma de movimientos providenciales, va simplemente a suceder.

Cuando el reloj marque las doce horas, el Señor vendrá. Bien, «dentro de su sola potestad», el Padre puede poner los tiempos y las estaciones; mas, cuando nosotros tocamos este asunto somos confrontados con uno de los inescrutables caminos de Dios. Hay varios de ellos en la Biblia. Reconciliar el libre albedrío y la predestinación compete a la sabiduría de Dios solamente y nosotros no podemos hacerlo.

De la misma forma, está más allá de nuestro entendimiento el hecho de que

un cierto estado relacionado con la voluntad de los cristianos deba sincronizar con un determinado punto del tiempo para la venida del Señor.

Es, en cambio, indudable que en ambas cuestiones mencionadas arriba, la Biblia es bastante clara y enfática. El Señor vendrá en un tiempo definitivamente conocido y fijado por Él; pero, por otro lado, la venida del Señor será tanto una cuestión espiritual como cronológica. Y es en este lado espiritual de su advenimiento que la iglesia y sus maestros han sido demasiado débiles.

El hecho es que nosotros debemos movernos en dirección a Él exactamente tanto como Él se mueve en nuestra dirección. Sinceramente, al desprendernos de todo aquí, dejaremos este mundo – espiritualmente – para ocuparnos con las cosas de Cristo, esperar pacientemente y crecer en la fe. Estos son factores indispensables en relación a su venida y a nuestro caminar con Él.

Puede ocurrir que haya diferencias de opiniones con respecto a una forzada traslación de cristianos, o con respecto a que toda la iglesia sea arrebatada con ocasión de la venida del Cristo. No precisamos formular teorías o enseñanzas sobre tales cuestiones. La selectividad del arrebatación puede o no ser mantenida, pero de una cosa nadie puede escapar. Dios no dejó espacio para teorías aquí: Un estado espiritual de separación, responsabilidad y expectativa está invariablemente ligado al hecho de que seamos recibidos por Él en su aparición.

Entonces, ¿para qué razonar de otra manera y ser arrogantes en cuanto a la gracia de Dios? ¿Para qué arriesgar una fal-

sa idea sobre la gracia, cuando Dios no nos ha dado nada que no implique una demanda positiva, nada nos ha dicho sobre tener un lugar para aquellos que no están avanzando con Él en un cien por ciento?

Nos gustaría subrayar la divina revelación de que la cruz nos separa de este mundo, de la carne, de la autoridad de Satanás y nos une a Cristo. Nos trae al terreno celestial y nos constituye un pueblo celestial, y que es por tal pueblo que el Señor vendrá.

El Señor no solo volverá, como es lógico, sino que él vendrá por cierta cosa específica. Es un asunto de amor. Él vendrá por su novia; pero, debe ser algo mutuo: «Aquellos que aman su venida» Siendo así, la cruz es tanto parte de la consumación como del comienzo, pues, por medio su operación en vida y en poder, el Señor vendrá por «un pueblo preparado». Esta preparación está relacionada con la condición del corazón y no con la comprensión mental de una verdad profética.

Conociendo al propio Señor como nuestra vida

Uno de los objetivos principales del Espíritu Santo para con los hijos de Dios es traerlos espiritual y experimentalmente hacia adentro de Cristo resucitado y exaltado, y hacia adentro de la vida de Cristo, resucitada y exaltada.

La fase actual está particularmente marcada por un rompimiento con las cosas, con los hombres y movimientos, cuyo objetivo es un apego total y completo al propio Señor Jesús. El anticristo será manifestado luego, y probablemente

vendrá en la línea de un gran movimiento mundial; una mezcla de la suprema habilidad humana con la elevación moral y social bajo el nombre de «cristianismo»; un pleno desenvolvimiento del pecado principal: La independencia y la soberbia con respecto al Dios verdadero.

Multitudes serán atraídas por él y lo seguirán, en tanto que la negativa a ser incluido en tal movimiento traerá el estigma y el ostracismo para a aquellos que así lo hicieren. El Señor viene preparando a los suyos para la aparición del anticristo, buscando hacer que su vida sea el propio Señor Jesús, de una forma más completa de la que ha sido su experiencia hasta ahora. Pues, el trabajo, las empresas, las iglesias, las sociedades, las enseñanzas, las personas, etc., han sido hasta aquí la vida de muchos. Ellos necesitan el estímulo de un programa, un esquema o un lugar que puedan ocupar.

La enseñanza – como tal – puede traer confusión y no producir ningún progreso continuo. El trabajo puede llevar al cansancio y la decepción. Los movimientos pueden convertirse en entidades marcadas por características meramente humanas y llegar a ser esferas de disensión.

Las cosas – todas ellas – nos decepcionarán más temprano que tarde, pero el Señor permanece y nunca falla. La medida de nuestro apego al Señor puede ser inversamente proporcional a la medida de nuestro apego a algún interés propio, sea este una persona o un grupo de ellas, un lugar, un movimiento, o nuestra parte de un trabajo; y cuando estas cosas colapsan, la fe en el Señor es probada,

mientras atravesamos un negro período que eclipsa nuestra fe.

Necesitamos aprender, principalmente, a ligar todas las cosas con el propio Señor y llegar a una plena apreciación de Él. El Señor tiene que ser la vida del espíritu, para que este sea fortalecido; y no los intereses o preocupaciones meramente objetivos.

El Señor tiene que ser la vida de nuestras mentes, de tal forma que la verdad no consista para nosotros en abstracciones, ni cosas meramente verdaderas, sino en vida y poder.

El Señor necesita ser la vida de nuestros cuerpos. La debilidad natural o la fuerza natural no es el criterio en este punto. La sanidad como una «verdad», o como una cosa en sí misma, puede tornarse una esclavitud legal y parasitaria. El Señor mismo es nuestra vida; sea que esta permanezca estorbada por las debilidades o libre de ellas, de cualquier forma puede servir para su gloria. No es tan importante la condición natural como las realidades trascendentes del Señor. En los días de terrible presión que ahora gravitan sobre el pueblo del Señor por todas partes; días en los que el enemigo tiene menos «horas de reposo» que nunca; días en los que resulta muy peligroso para los creyentes tener «horas de reposo», existe solo una cosa adecuada, y esta es que el Señor debe ser conocido absolutamente como nuestra vida.

Victoria sobre la muerte: El supremo pensamiento de Dios

El pensamiento de Dios es de vida y no de muerte. Dios está contra la muerte y a favor de la vida. Damos una mirada

hacia atrás y vemos a Enoc, que rompió una larga historia de muerte: «Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios» (Gén.5:24). Esto es una excepción en el curso del hombre caído, que nos muestra cuál es el pensamiento de Dios cuando un hombre entra en una comunión real con Él mismo. Este es de vida y no de muerte; pues este fue siempre el pensamiento de Dios. Y este continúa siendo el pensamiento de Dios, que Él va a tener plena y gloriosamente expresado en la compañía creyente de sus propios hijos, los cuales serán trasladados a su presencia, como Enoc lo fue, y no verán la muerte ni el sepulcro.

Coronas

Pedro, Pablo, Santiago y Juan, todos ellos nos señalan hacia delante, a las coronas que Dios otorga a sus siervos. En cada uno de los casos, la idea está vinculada a una prueba, sea ella una lucha, una carrera o una confianza sostenida. Se habla de tres coronas: La corona de justicia, la corona de la vida y la corona de gloria, y parece ser que lo que se nos propone como coronación es el sello de una carrera con la victoria y la honra, siendo la corona un símbolo tanto de la victoria como de la honra.

Theodore Austin-Sparks (1888-1971)

Traducido del inglés de <http://www.austin-sparks.net>

Restitución

“Os restituiré los años que comió la oruga” (Joel 2: 25).

¿Se duelen nuestros corazones por los años que hemos malgastado neciamente? Entonces demos gracias a Dios por el consuelo de conocer su poder para restituirlos. “¡ Oh!”, nos lamentamos, ¡nuestros mejores años han sido devorados por la langosta! Están perdidos y jamás los podremos recuperar. ¿Qué haremos? La respuesta es: ¡Nada! Es Dios quien restituirá esos años. En cuanto al tiempo malgastado, una década de nuestro tiempo perdido puede no haber valido más de un día a los ojos de Dios, pero si de aquí en más redimimos el tiempo, empleándolo para Dios, entonces un día puede llegar a ser igual en valor a mil años.

El día en la tierra, no está registrado en el reloj del cielo sobre la base de veinticuatro horas. Dios tiene su propia escala moral de computación. Si nuestro servicio está de acuerdo a su voluntad, tomemos aliento. ¿Quién puede decir lo que puede significar una hora a sus ojos?

Watchman Nee, en Aguas Refrescantes

Expansión espiritual

Muy a menudo en la batalla vamos al Señor, oramos, pedimos y clamamos por una victoria, por autoridad para dominar las fuerzas del mal y la muerte, y nuestro pensamiento es que, de alguna manera, Dios vendrá con un poderoso ejercicio de poder y nos pondrá de inmediato en una posición de madurez espiritual. Debemos corregir esta mentalidad.

Lo que hace el Señor es ampliarnos para poseer. Él nos lleva a través de algún ejercicio, alguna experiencia, de alguna manera que significa nuestra expansión espiritual, un aumento de la espiritualidad, para ocupar espontáneamente el lugar mayor, por medio de nuestro crecimiento.

T. Austin-Sparks

Esperando en Dios por la venida de su Hijo

La gloriosa manifestación venidera de la unidad del Cuerpo.

Lecturas: Luc. 12:36, 1ª Tim. 6:14-15, 1ª Tes. 1:9-10.

Esperando en Dios en el cielo, y esperando de los cielos a su Hijo. La espera en Dios por su presencia y su poder en la vida diaria serán la única preparación verdadera para esperar a Cristo en humildad y santidad verdadera. Esperar por Cristo viniendo de los cielos para llevarnos a los cielos dará la verdadera tonalidad de esperanza y de regocijo a la espera en Dios. El Padre que, a su propio tiempo, revelará a su Hijo desde los cielos, es quien nos prepara para esta revelación de su Hijo, en la medida en que esperamos en él.

La vida presente y la gloria venidera están conectadas inseparablemente en Dios y en nosotros. Algunas veces existe el peligro de que ellas sean separadas. Es siempre más fácil estar comprometido con la vida cristiana del pasado y del futuro que ser fiel en la vida cristiana hoy. Cuando miramos lo que Dios hizo en el pasado, o lo que él hará en el tiempo por venir, puede ser que dejemos escapar el clamor personal de la responsabilidad presente y la sujeción actual a Su obra.

La espera en Dios debe conducir siempre a la espera por Cristo como la gloriosa consumación de su obra; y la espera por Cristo nos debe recordar siempre

nuestra responsabilidad de esperar en Dios, como la única prueba de que nosotros esperamos por Cristo en espíritu y en verdad. Existe el peligro de permanecer más ocupados con las cosas que están por venir que con Aquel mismo que está viniendo.

En el estudio de los acontecimientos venideros hay una cierta esfera de acción para la imaginación, la razón y la ingenuidad humanas, y nada, a no ser una profunda y humilde espera en Dios puede librarnos de confundir el interés y el placer del estudio intelectual con el verdadero amor por Él mismo y por su venida.

La esperanza de esta gloriosa venida te fortalecerá en la espera en Dios, con respecto a aquello que él está por hacer en ti. El mismo amor omnipotente que revela esta gloria está trabajando en ti, ahora mismo, para adecuarte a esa gloria.

«...aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tit. 2:13), es uno de los grandes lazos de unión entregados a la iglesia a través de los tiempos. «...cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que

creyeron» (2ª Tes. 1:10). Entonces todos nosotros nos reuniremos, y la unidad del cuerpo de Cristo será vista en su gloria divina. Jesús recibiendo a los suyos y presentándolos al Padre. Aquellos que le pertenecen se encuentran con él y adoran aquella faz bendita, en amor indescriptible. ¡Los suyos se encuentran unos con otros en lo precioso del propio amor de Dios!

¡Esperemos, anhelemos y amemos la aparición de nuestro Señor y Novio celestial! Un amor tierno para con él, y un amor tierno de unos para con otros es el verdadero y único espíritu de la novia. No es cuando estamos más ocupados con los temas proféticos, pero sí cuando, en humildad y amor, estamos más unidos a nuestro Señor y sus hermanos, que tomamos entonces el lugar de la novia.

Esperar su venida significa esperar la gloriosa manifestación venidera de la unidad del cuerpo, mientras buscamos aquí mantener esta unidad en humildad y amor. Aquellos que más aman son los que están más preparados para su venida. El amor de unos para con otros es la vida y la belleza de su novia – la iglesia.

¿Y cómo puede ser realizado esto? Amado hijo de Dios, si tú deseas aprender a esperar correctamente a Su Hijo viniendo del cielo, vive ahora mismo esperando en Dios en el cielo. Recuerda cómo Jesús vivió siempre esperando en Dios. Él no podía hacer nada por sí mismo.

¡Oh, esperar a Cristo mismo es tan diferente a esperar las cosas que pueden venir o suceder! Esto último puede hacer lo cualquier cristiano; mas, para que haya lo anterior, Dios necesita obrar en ti todos los días, por su Espíritu Santo. Por lo tanto, todos ustedes, los que esperan en Dios, mírenlo a él, a fin de recibir gracia para esperar del cielo a Su Hijo, en el propio Espíritu que viene del cielo. Y tú, que esperas a su Hijo, espera en Dios continuamente, para que él revele a Cristo en ti. La revelación de Cristo en nosotros, como aquella que es dada a los que esperan en Dios, es la verdadera preparación para la plena revelación de Cristo en gloria.

«En Dios solamente está acallada mi alma; de él viene mi salvación» (Sal. 62:1).

A. Murray, Esperando en Dios

Un epitafio diferente

En todos los epitafios del mundo se lee: "Aquí yace..." o "Aquí reposa...". Pero cuán diferente es el epitafio sobre la tumba de Jesús. No está escrito en oro ni grabado en piedra, sino que es expresado por boca de un ángel, siendo exactamente lo opuesto de las otras tumbas: "No está aquí".

Autor desconocido

Cristo, el centro

Mirad hacia atrás: "Cristo murió por nosotros".

Mirad hacia arriba: "El aboga nuestra causa".

Mirad hacia adentro: "El vive en nosotros".

Mirad hacia fuera: "El obra por nosotros".

Mirad adelante: "El viene a buscarnos".

E. Octlund

La esperanza del cristiano

Aguardando con paciencia Su venida.

"...aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2:13).

La venida del Señor anunciada

A través de profecías agregadas a aquellas ya pronunciadas en el Antiguo Testamento, Jesucristo dio nacimiento a esta esperanza en los corazones de los primeros creyentes. De acuerdo con su profecía, el advenimiento de su segunda venida deberá ser de naturaleza totalmente diferente y para un propósito totalmente distinto del evento de su primera venida.

En la primera, él vino en debilidad y humillación, en la segunda él vendrá en poder real y gloria esplendorosa. En la primera, vino como Salvador, para ser rechazado por los hombres y ser clavado en una cruz erigida para él por hombres inicuos. En la segunda, él vendrá como Soberano para establecer un reino para sí mismo, en el cual todas las naciones y todos los hombres se prostrarán y le servirán.

Marcos 13:26: *«Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria».*

Mateo 25:31: *«Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria».*

Mientras los discípulos observaban su ascensión a los cielos, esta promesa fue reiterada por dos varones de vestiduras blancas que se pusieron al lado de ellos. *«...los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo»* (Hech. 1:10:11).

En las palabras: *«Este mismo Jesús ... así vendrá»*, es dada una luz maravillosa acerca de la forma en que Cristo volverá a la tierra. Será una venida personal, visible, física. Así, el mismo Señor Jesús infundió en los corazones de sus primeros discípulos la bendita esperanza de su retorno literal a la tierra.

La venida del Señor prevista

Esta promesa de su retorno personal estaba siempre delante de ellos. Aquel pequeño grupo vivía y trabajaba en la confiada certeza y la expectativa impaciente del pronto regreso de su amado Señor.

El día de Pentecostés, solo diez días después de su ascensión, él cumplió la promesa de enviar otro Consolador. ¿Por qué no deberían ellos esperar que su otra

promesa fuese cumplida con la misma veracidad y rapidez?

Cuando pasaron quince y finalmente veinte años, y algunos de los que tenían esa esperanza ya habían muerto, los corazones de los demás estaban bastante desasosegados. ¿Qué significaba para aquellos amados el hecho de que esta esperanza bendita aún no estuviese realizada? Para calmar este temor, Pablo escribe a los de Tesalónica aconsejándoles que esperen pacientemente, y confortándolos con una enseñanza más completa sobre esta preciosa verdad.

«Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él... nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero... seremos arrebatados juntamente con ellos... y así estaremos siempre con el Señor» (1ª Tes. 4:14-17).

La firme confianza de su fe y el intenso deseo del amor de ellos, se cristalizó en una fulgurante paciencia de esperanza que dominó sus vidas cotidianas. Un estudio del Nuevo Testamento revela cuán plenamente esta bendita esperanza permeó y poseyó el pensamiento y el testimonio de los apóstoles. En los capítulos finales de los evangelios, por todo el libro de los Hechos y en todas las epístolas,

con excepción de tres, el evento de la segunda venida de Cristo es enseñado y es el tema principal del Apocalipsis. Este asunto es mencionado trescientos dieciocho veces; de cada veinticinco versículos, uno le es dedicado. Era la esperanza de Pablo, Pedro, Juan, Jacobo, Judas y del escritor de Hebreos.

1ª Tim. 6:14: *«...que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo».*

1ª Ped. 1:13: *«Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado».*

1ª Juan 2:28: *«Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados».*

Stgo. 5:8: *«Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca».*

Judas 14: *«De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares».*

Heb. 10:37: *«Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará».*

Ruth Paxson, *Vida en el Plano Superior*

La Roca firme

Cree en la obra y el poder de Dios más de lo que crees en tus propios sentimientos y experiencias. Tu Roca es Cristo, y no es esa Roca la que baja y sube, sino tu mar.

Samuel Rutherford

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria

La profecía del Señor sobre los tiempos del fin

«*Velad*» (Marcos13:37).

Teniendo a la vista la profecía que Él recientemente había proferido, una profecía solemne y llena de autoridad, el Hijo del Hombre resumió así el deber de sus seguidores en una orden vibrante y atrayente: «*Velad*». Para interpretar esta orden del Señor, debemos examinar la profecía. Antes de examinar el texto que tenemos ante nosotros, explicaré la forma que emplearé de abordarlo.

Inicialmente, consideraremos esta profecía dicha por el Señor Jesús; en segundo lugar, procuraremos entender la enseñanza que se nos transmite en relación a nuestra condición presente; finalmente, concentraremos nuestra atención en este mandamiento del Señor: «*¡Velad!*».

Consideremos esta profecía de Jesús. El hecho de que Mateo, Marcos y Lucas registren el hecho de que esta profecía fue pronunciada en el monte de los Olivos no debe pasar inadvertido. Además de eso, los tres evangelistas la sitúan en la misma relación con el ministerio de Jesús, puesto que fue pronunciada en un momento muy cercano a aquella última y sombría semana de su vida terrena. Mateo preservó la profecía con mayor riqueza de detalles. Marcos y Lucas registraron pasajes idénticos de la profecía.

Aunque nuestro objetivo sea analizar la profecía como un todo, hay dos asuntos que demandan nuestra atención antes de eso: la ocasión en que el Señor la dijo y el contenido de la profecía.

Jesús fue a Jerusalén procediendo de manera diferente a lo que solía hacer y provocó una manifestación pública. Habiendo hecho eso, en aquel primer día, el Señor observó las condiciones a su alrededor, y al anochecer, se retiró a Betania, un lugar tranquilo y retirado. En su camino de vuelta a Jerusalén a la mañana siguiente, el Señor destruyó la higuera. Entonces, dirigiéndose al templo, lo limpió, expulsando a los cambistas, ejerciendo un poder impresionante. Después de eso, entró en conflicto con las autoridades. Finalmente, tenemos aquel último acto de juicio en Jerusalén, cuando el Señor permaneció en los recintos del templo y se detuvo a observar a los oferentes, y apreció el valor de la ofrenda ofrecida por aquella mujer solitaria.

La interrogante de los discípulos

Inmediatamente después de esos eventos, los discípulos llamaron la atención del Señor hacia el propio templo, o, como Marcos nos informa, hacia las piedras del templo, y Lucas, hacia la hermosura de

las piedras y la gloria de la edificación. La actitud de los discípulos fue muy significativa. El Señor ya había estado allí con ellos anteriormente. ¿Por qué específicamente en aquel momento ellos llamaron la atención del Señor hacia el templo? Esa acción de los discípulos revela su actitud mental. El Señor limpió el templo al expulsar a los cambistas, también denunció el templo, y finalmente, pronunció la sentencia de su destrucción al decir: «*He aquí vuestra casa os es dejada desierta*». Ahora, ellos llaman la atención del Señor hacia el templo, hacia aquella edificación e, inmediatamente, con rapidez e incluyendo el templo y todo lo que contenía, el Señor predice su total y completa destrucción, diciéndoles que no quedaría piedra sobre piedra que no fuese derribada.

Entonces, saliendo del templo y de la ciudad, ellos subieron al Monte de los Olivos, hasta que llegaron a un lugar que el evangelista describe estar localizado «*frente al templo*», o sea, en un área en la ladera del monte desde donde se podía mirar hacia atrás y abarcar el templo. Marcos menciona el nombre de cuatro hombres que se acercaron al Señor. Teniendo su curiosidad despertada por las cosas que el Señor había hablado en los últimos tiempos, ellos le preguntaron: «*¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?*». La profecía es la respuesta del Señor a esa pregunta, constituida de tres tópicos.

Tres puntos de vista

A fin de abordar la profecía como un todo, consideremos el relato presentado en el evangelio de Mateo. En Mateo, descubriremos que la profecía puede ser subdividida en tres partes. En respuesta a las pre-

guntas de los discípulos, el Señor, en primer lugar, les habló exclusivamente desde el punto de vista del Mesías hebreo (Mt. 24:4-44). Son predicciones que tratan de cosas relacionadas con Israel, con el pueblo hebreo, con el Mesías de los hebreos y con la teocracia de Dios, de acuerdo con la forma como Dios trató con aquel pueblo en el pasado. En Mateo 24:45 hay un quiebre en el discurso, cuando se inserta esta pregunta: «*¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente?*». En la próxima parte (24:46-25:30), hay una nueva perspectiva. La profecía no enfoca más al pueblo hebreo, sino a la iglesia cristiana y su responsabilidad. Posteriormente, en el versículo 31 del capítulo 25, hay un nuevo comienzo: «*Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria*». En este punto, la profecía no está más vuelta hacia la nación de los hebreos, tampoco trata más exclusivamente de la iglesia cristiana, sino que se vuelve hacia las naciones, con un alcance mundial. En la parte central, el Señor nunca se refiere a sí mismo como el Hijo del Hombre. Él finaliza la primera parte con ese título y vuelve a emplearlo en la tercera parte.

Evidentemente, el Señor percibía claramente lo que estaba ocurriendo. Aunque a su alrededor se acumulaban nubes que preanunciaban su pasión, Él recorrió la *vía dolorosa*; Él sabía que su muerte era inminente. Sus discípulos le preguntaron: «*¿Cuándo serán estas cosas?*» – la destrucción del templo. «*¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?*». En esta escena vemos al Señor en una postura maravillosa jamás vista, mirando serenamente hacia el frente, considerando lo que sucedería en el futuro, y vislumbrando los siglos que vendrían desde el punto de vista de su antiguo pueblo

de Israel, desde el punto de vista de su nuevo pueblo, la iglesia, y, finalmente, desde el punto de vista de las naciones del mundo.

Mirar hacia una época a partir de esos tres puntos de vista no siempre resulta en una perspectiva clara. Nuestro Señor estaba describiendo no todo el desarrollo de los acontecimientos a lo largo de cada época, sino indicando las crisis, los picos de las montañas. Es como cuando estamos en una posición elevada y, al mirar por encima de las montañas, vemos frente a nosotros el gran pico de una de ellas, y detrás de ese, vemos otro brillando en gloria, que parece estar inmediatamente detrás del primer pico, pero cuando intentamos andar de un pico a otro, percibimos que hay enormes y extensos valles entre ambos. De la misma forma, en esta profecía, los eventos parecen estar más próximos, pero, en realidad, están tan distantes entre sí como la primera venida del Señor dista de su segunda venida.

**Ninguno de los eventos
que están ocurriendo
actualmente en el mundo
me asusta o sorprende, y
tampoco asustan y
sorprenden a Dios.**

Por esta razón, al estudiar una profecía como esta, debemos tener en cuenta muy cuidadosamente la necesidad de la perspectiva. En su relato de la profecía, en el capítulo 13 de su Evangelio, Marcos no registró aquella parte de la profecía con-

cerniente a la iglesia; Marcos tampoco mencionó aquella parte final en que todas las naciones serán reunidas en la presencia del Señor. Marcos solamente preservó la primera parte de la profecía, pero con muchos más detalles que Mateo. Examinemos simplemente el capítulo 13 del evangelio de Marcos para obtener una impresión de la secuencia de los hechos de la profecía que el Señor pronunció en respuesta a la pregunta de los discípulos.

El inicio – los dolores de parto

La respuesta del Señor a la pregunta de los discípulos comienza en el versículo 5; y en el párrafo entre los versículos 5 y 8 tenemos el registro de algunas advertencias introductorias. La importancia de las advertencias no se restringe solo al párrafo que sigue, sino que abarca todo el texto, incluyendo, por lo tanto, todo lo que el Señor dice hasta el final de su respuesta. En primer lugar, el Señor advierte a los discípulos en cuanto a su fidelidad para con Él. De modo muy claro, el Señor les habla que, cuando oyesen de guerras y rumores de guerra, ellos no deberían dejarse perturbar, pues guerras y rumores de guerra no eran señales del fin. Finalmente, el Señor les dice que, siempre que oyesen tales cosas, ellos deberían saber que eso era el principio, los dolores de parto, los dolores que anteceden el nacimiento de una nueva vida.

Habiendo dicho eso, el Señor entonces comienza inmediatamente a dar instrucciones personales a aquellos hombres que estaban a su alrededor (versículos 9-13). En este párrafo, Él habló a aquellos discípulos más cercanos acerca de un inminente período de persecución. Hoy sabemos cuán literalmente se cumplió en

la historia de aquellos discípulos en particular, y cómo, en aquel período específico de la persecución, la fuerza, la consolación —en todo el sentido que esa gran palabra posee —que los sustentó fue la consolación de la presencia del Espíritu Santo con ellos.

Luego, en la próxima parte (versículos 14-32), el Señor describe las crisis, que son dos. En los versículos 14 al 23, el Señor primeramente predice de manera muy clara todo lo que se cumplió en la destrucción de Jerusalén, en el lapso de una generación. En la secuencia, Él dice: «*Pero en aquellos días, después de aquella tribulación*»; es posible que algunos piensen que la expresión «*en aquellos días*» del versículo 24 se refiera a los días inmediatos al fin que el Señor ya había mencionado en los versículos 14 al 23. En verdad, aquí tenemos dos picos de montaña, pero hay grandes valles entre ambos.

Lucas deja ese hecho más claro aún: «Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada de los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan» (Lc. 21:24). Este corto versículo cubre un período que comienza con la caída de Jerusalén y se extiende hasta los días de hoy. Jerusalén todavía está bajo los pies de los gentiles, porque el tiempo de los gentiles aún no se ha cumplido. Sin embargo, observe que, después de esa declaración reveladora, el texto de Lucas retoma la profecía exactamente con la misma expresión que aparece en Marcos. «*Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas*». Volviendo ahora al el texto en Marcos, en los versículos 24-32, el Señor habla de otro

evento principal que ocurrirá después de la caída de Jerusalén. Se trata de Su segunda venida, literal, de modo afirmativo, cuando el Señor vendrá en juicio. Después de eso, entonces, la profecía termina con las instrucciones que se nos dan en los versículos 33 al 37. Al final, somos llevados de vuelta al versículo tema de nuestro estudio: «*Velad*», conforme mencionamos en el principio de este capítulo.

Los conflictos en progresión

En lo que se refiere a las enseñanzas del Señor, debemos primeramente observar que la profecía contiene una clara revelación del hecho que, según el propio Maestro, el período entre la cruz y su segunda venida estaría caracterizada por continuo tumulto y conflicto. De acuerdo al panorama mostrado por el Señor, la progresión de los eventos en este período no es de una disminución gradual de los conflictos entre las naciones por medio de la predicación del Evangelio, hasta que la tierra alcance una condición de paz por medio de la predicación.

Algunas personas afirman que estas profecías fueron escritas después que sucedieron los eventos mencionados en ella. En mi opinión, sí, de hecho, algún hombre hubiese redactado esa profecía después de los eventos, él podría haber escrito de manera mucho más clara. La verdad es que nuestro Señor nunca tuvo la expectativa de que en ese período en particular, entre la cruz y su segunda venida, cesarían las guerras o los rumores de guerra. Él revela de manera muy clara que, a lo largo de todo el período, habría tumultos que se extenderán hasta el fin. De hecho, nuestro Señor profetizó

en esa ocasión –en armonía con todos los grandes profetas de la nación hebrea – que la consumación de esa época extraña y mística, cuyo significado nunca fue muy perfectamente comprendido por los antiguos profetas hebreos, sería en masacres, derramamiento de sangre y conflictos.

En segundo lugar, debemos observar que, en esta profecía, tenemos una declaración bien clara, según el cual las guerras y rumores de guerra no son señales de la consumación de esa época, ni señales de que la consumación de esa época esté próxima o distante.

A fin de preservar nuestra paz de corazón, y para claridad de nuestro testimonio en los días de hoy, los cristianos deben recordar que el Armagedón aún no ha llegado. El Armagedón, en principio, se repite frecuentemente, pero aún no ha ocurrido en su forma final. El rey Josías fue muerto en Armagedón. El profeta Zacarías vio a Armagedón en la época en que vivió. El Armagedón, todavía, aún está por venir; pero guerras y rumores de guerra no son una señal de su llegada. Guerras y rumores de guerra son parte de aquel continuado proceso por medio del cual Dios, ejerciendo su soberanía y prevaleciendo sobre las fuerzas del mundo, permite que la ira de los hombres se manifieste, redundando, al final, en gloria para su propio nombre. El resto de la ira, Él la enrolla como una túnica, restringiéndola, según su voluntad.

Falsos cristos y falsos profetas

A continuación, observe cómo en esta profecía nuestro Señor pronunció la más solemne advertencia contra los falsos cristos y falsos profetas, declarando que

en momentos de tensiones y presiones, de guerras y rumores de guerra, de pestilencias, hambres y terremotos, esos falsos cristos y falsos profetas aparecerían.

Desde aquella hora hasta los días de hoy, en toda la historia de la iglesia cristiana, se ha constatado que, las épocas de gran tensión emocional han sido momentos de peligro para los que pertenecen al Señor también, y falsos cristos y falsos profetas han aparecido constantemente. Las advertencias de nuestro Señor son muy claras, advirtiendo que, en esos momentos, necesitamos estar alertas para no ser desviados de nuestra lealtad a Él por causa de algunas de esas voces que alegan ser la voz de Cristo, o por el hecho de que alguien nos dice: «*¡He aquí está el Cristo!*» o «*¡Mirad, allí está!*».

Si estas palabras de nuestro Señor, conforme son relatadas por Mateo, Marcos y Lucas, significan lo que realmente están expresando, tenemos aquí una declaración explícita de que la manifestación final será precedida por señales sobrenaturales: estrellas caerán, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las potencias de los cielos serán conmovidas; y el Hijo del Hombre será claramente manifestado.

Fue en relación con esta profecía que nuestro Señor pronunció aquella afirmación llena de autoridad, asegurándonos que: «*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*». Se trata de una afirmación grandiosa, que puede ser aplicada a todo lo que Jesús enseñó, pero su primera aplicación es con relación a esa declaración apocalíptica, esa predicción profética, esa declaración clara respecto del fin.

La hora de Su venida

Observe, además de eso, que en esa profecía de Jesús se enfatiza el hecho de que nadie sabe la hora. El propio Señor es quien dice: «*Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino solo mi Padre*». Inmediatamente después de esa afirmación, el Señor agregó: «*Mirad, velad... porque no sabéis cuándo será el tiempo*». Después Él repite: «*Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el Señor de la casa*». En estas palabras Él advierte solemnemente a sus discípulos, a nosotros, y a todas las generaciones de esta época, que no sabemos la hora.

Nada hay en esta profecía, ni en ninguna otra de las enseñanzas de Jesús, ni en ninguna otra parte en todo el Nuevo Testamento, no hay ni aun una simple declaración que nos ayude a determinar, aunque sea de manera aproximada, dentro de los límites de un calendario humano, la hora de su segunda venida. Nada podría ser más simple y directo que esto: «*Nadie sabe*».

El significado de velar

Todo esto nos lleva a la declaración final y determinante con relación al deber de sus seguidores, la cual es repetida más de una vez en este párrafo final, y que está resumida en la última palabra: «*¡Velad!*». Lo que el Señor estaba diciendo con esa advertencia se centraliza en esta palabra: «*¡Velad!*».

Aquellos que conocen el Nuevo Testamento en la lengua griega recordarán que hay dos palabras griegas diferentes que son traducidas por la misma palabra «velar» en la versión inglesa de nues-

tra Biblia. Esas palabras no son contradictorias, sino que se complementan: «*Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo*» (13:33); después tenemos «*Velad, pues*» (13:35), y, finalmente, «*Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*» (13:37). Consideraremos primeramente la palabra griega que aparece en los versos 13:35 y 13:37.

Busqué el origen de esa palabra y cómo ella vino a ser usada en este contexto. En esencia, esa palabra tiene como telón de fondo la idea de un mercado. Por lo tanto, probablemente el significado de esa segunda palabra griega se origina de la idea de un mercado, como un lugar donde las personas se reúnen con un propósito y, al mismo tiempo, están alertas.

En el Nuevo Testamento, hay un pasaje en que esa misma figura —la de un mercado— es la idea subyacente. Cuando Pablo escribió para los cristianos en Éfeso, él dice: «*Comprende las oportunidades*», o «*rediman el tiempo*», como encontramos en una antigua versión; en este versículo, la idea principal es de un mercado, donde se encontraba un mercader o varios mercaderes, ávidos de lucro, alertas en busca de un buen negocio, con su corazón enteramente enfocado en sus negocios.

Según esa palabra griega empleada en 13:35 y 13:37, todas esas ideas son expresadas en la palabra «*velad*». Aplicando esa definición para un alma individual, por ejemplo, significa tener todas las capacidades reunidas, concentradas, en alerta y completamente despiertas.

Era eso lo que el Señor Jesús estaba diciendo a aquellos hombres. Él no les ordenó subir a un monte y quedar obser-

vando el primer destello del amanecer; Él les ordenó estar vigilantes. Nuestro Señor los pondría en Jerusalén y Samaria y los enviaría a los confines de la tierra, pero les ordenó que, dondequiera que estuviesen, que estuviesen completamente despiertos, alertas, con todas sus capacidades y sentidos concentrados y en prontitud para la inmediata entrada en acción y cooperación.

El significado de la palabra «velar», según el Señor la usó, debe ser definido examinando las ocasiones en que es empleada, y puede ser resumido de la siguiente forma: primeramente Él les advierte a ser cautelosos, muy cuidadosos en su lealtad para con Él. «¡*Mirad!*—advirtió el Señor dos veces— *que nadie os engañe, pues muchos profetas vendrán en mi nombre, y muchas voces proclamarán: Yo soy el Cristo*».

El segundo significado expresado por la palabra «*velad*», conforme es empleada por nuestro Señor, implica mantener una actitud de valor. No os dejéis perturbar cuando oyereis hablar de guerras y rumores de guerras. Ni aun estéis ansiosos cuando la marea de hostilidad estuviere enfocada hacia ustedes, y sufrieren persecución y sufrimientos. No estén ansiosos.

Después de eso, inmediatamente, conectó velar con orar. «*Mirad, velad y orad*». La palabra «*velad*» empleada en el versículo (13:33) corresponde a otra palabra griega que es traducida como velar en nuestra Biblia. Las dos palabras griegas tienen el mismo significado — velar, pero esta última, se refiere a velar desde un punto de vista diferente. Es una palabra negativa. Significa «no dejarse adormecer».

Y, del modo como el Señor la emplea, significa no dejarse adormecer en esta cuestión de la oración.

Se trata de una palabra griega bastante interesante, pues es una palabra peculiar, que describe la actitud de un alma en adoración, lo cual incluye pedir algunas cosas, pero no necesariamente. Puede haber oración sin que haya petición, pues la oración no significa solo pedir. Es posible que estemos pidiendo alguna cosa continuamente, sin que hayamos orado, según el significado de esta segunda palabra griega. La oración aquí referida describe un alma postrada en la presencia de Dios; significa hacer que los deseos del alma se vuelvan hacia Dios.

Es muy posible que algunas veces ni siquiera logremos pedir algo al Señor; muchas veces eso sucede conmigo, ocasiones en que no sé por qué orar. Sin embargo, aun puedo orar, según lo que esta segunda palabra significa; el alma volviéndose hacia Dios deseando solo a Dios y su voluntad. Hay un versículo muy precioso en el libro de los Salmos, que ejemplifica la situación en que un alma se expresa a Dios en este tipo de oración: «*Mi alma se apega a tí*»¹. Eso significa orar. ¿Qué oraremos hoy? Hay algunas cosas que no podemos pedir, pues no queremos contrariar algo que esté de acuerdo con el propósito de Dios; pero nuestra alma puede lanzarse en dirección a Dios y a favor de su voluntad. Velar es el alma que permanece en vigilia, sin adormecerse, porque desea a Dios intensamente.

¹ N.T. «*Mi alma te busca, dondequiera que vas, te sigue continuamente*» (Versión King James, traducción libre).

Finalmente –y lo menciono en el último lugar, porque el Señor también lo menciona al final, no porque sea último en importancia– velar es trabajar; trabajo específico, definido por el Señor, para ser realizado en su ausencia; se trata de un trabajo personal, cada uno tiene el suyo; trabajo en el cual pequeñas cosas se vuelven gloriosas en relación al todo.

Nuestro velar, por lo tanto, primeramente es la solemne y resuelta mantención de nuestra lealtad a nuestro Señor y Maestro. En segundo lugar, es aquel coraje de corazón que no se deja perturbar por las guerras y rumores de guerras y no está ansiosa ni aun en la hora del sufrimiento. En tercer lugar, es aquella vida de oración que no está perpetuamente anhelando la segunda venida del Señor simplemente porque desea escapar de alguna cosa, sino busca constantemente su Reino, su gloria y la realización de su propósito.

Finalmente, velar es trabajar. La actitud de aquellos que, en el principio de la era cristiana, estaban con los ojos fijos en los cielos aguardando la segunda venida fue reprendida por el ángel con las siguientes

palabras: «*Varones galileos, ¿Por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo*». «*Este mismo Jesús... vendrá*». No es necesaria ninguna ansiedad. Nuestro deber es obedecer su orden. A cada uno Él asignó su obra (Mar. 13:34).

Para finalizar, mi última palabra en el presente capítulo es personal. Ninguno de los eventos que están ocurriendo actualmente en el mundo me asusta o sorprende, y tampoco asustan y sorprenden a Dios. Ninguna de esas cosas – que, confieso, soy menos capaz de explicar hoy que ayer porque se vuelven un enigma cada vez mayor – eran desconocidas de mi Señor hace tanto tiempo atrás. Él vio la época en que entró en la historia de este mundo. Él conocía la dimensión de las fuerzas que se opondrían a su Reino, un reino de justicia, paz y alegría. Este es el orden en el Reino: primeramente justicia, después paz; de modo que la alegría nunca vale la pena si no fuere originada en la paz resultante de la justicia.

*G. Campbell Morgan
Tomado de El Evangelio de Marcos*

La visión de su gloria

Fue la visión del Hijo de Dios en su gloria, fue la revelación personal: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”, que efectuó el poderoso cambio que hizo que Pablo se rindiera tan rápidamente y de modo tan completo a la voluntad de este Señor recién encontrado.

Necesitamos algo de esta clase. Nada si no es la nueva revelación de la autoridad divina, el tierno amor de Aquél a quien hemos agraviado durante tanto tiempo pero que ahora viene a reclamarnos y a hacer de nosotros fieles siervos de su voluntad, puede hacernos decir realmente con confianza: “¡Señor!, ¿qué quieres que haga? Habla, Señor, que tu siervo lo hará”.

Andrew Murray, en Cómo vivir en la voluntad de Dios

Rebuscando en la vida de Enoc

Es impresionante ver cómo Enoc tenía
'la fe del arrebatamiento'

Enoc fue un personaje del Antiguo Testamento de cuya vida podemos rescatar algo de bastante ayuda. Nosotros no sabemos exactamente cuando él se arrepiñó, o qué tipo de vida vivió antes de los sesenta y cinco años de edad. No obstante, por el registro bíblico, sabemos que él comenzó a andar con Dios después de haber engendrado a Matusalén, a los sesenta y cinco años de edad. A partir de este momento, su vida pasó por una trágica mudanza.

«Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén. Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas» (Gén. 5:21-22). Posiblemente esto aconteció porque él vio una profecía. El vivió en la tierra un total de 365 años (Gén. 5:23), pero durante los últimos trescientos de esos años, él «anduvo con Dios». Por tanto, el nacimiento de su hijo debe haber tenido un profundo efecto sobre él.

Además de esto, si nosotros calculamos cuidadosamente los años que Matusalén vivió, descubriremos que el diluvio ocurrió exactamente en el año en que éste falleció. Y así es evidente que, al nacer su hijo Matusalén, Dios mostró a Enoc una

terrible tribulación venidera que acometería a la tierra. El fue despertado y movido por el temor de Dios.

Es interesante notar que cuando Noé predicaba la justicia, Enoc predicaba el juicio. Noé predicó el camino de la salvación porque Dios le dijo que construyese un arca de salvación. Enoc predicó el juicio porque fue sobre eso que su hijo dio testimonio. Nosotros solo podemos predicar aquello que nos ha afectado anteriormente.

Por la fe, Noé preparó el arca. Por la fe, Enoc tomó el beneficio de andar con Dios. Haríamos bien en saber que los pecadores serán juzgados, que la carne será juzgada, y que el mundo será juzgado. «*Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas*» (2ª Ped. 3:10).

¿Amaremos al mundo si sabemos verdaderamente que tal es su fin? ¿Hemos oído de algún hombre que, aun sabiendo que determinado banco iría a la quiebra, depositara intencionalmente su dinero allí? Si él supiese de la inminente falencia de aquel banco, nunca deposi-

taría dinero alguno en él. De la misma forma, entonces, nosotros, los que sabemos cuál será el fin del mundo, que incluso éste será quemado, nunca más deberíamos amarlo.

Enoc percibió el significado de Matusalén y fue, por tanto, despertado a las cosas espirituales. A partir de entonces, él siempre anduvo con Dios, y finalmente fue arrebatado al cielo, como nos cuenta el registro de Génesis, con respecto al final de su vida: «*Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios*» (Gén. 5:24).

Las circunstancias en que Enoc vivió

¿Podría alguien jamás decir que las circunstancias de Enoc eran mejores que las de otros, y que esta era la causa de su caminar con Dios? No lo creo así al mirar la situación de su familia: «*Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas*» (Gén. 5:22).

Algunas personas tienen la idea de que es natural para un predicador andar día y noche con Dios, pero, para aquellos que tienen la carga de muchos quehaceres en sus familias, eso sería algo imposible. Noten, sin embargo, lo que la Biblia nos cuenta sobre el primer hombre que anduvo con Dios: anduvo con él, y sin embargo, engendró hijos e hijas que necesitaban de cuidados.

Otros sostienen el argumento de que no logran andar con Dios porque necesitan trabajar largas horas en fábricas y estar rodeados por el bullicio de muchas máquinas. Sin embargo, mientras Enoc anduvo con Dios por trescientos años, él no

estuvo exento de la carga del bullicio de muchos hijos.

La vida que nosotros recibimos no debe ser manifestada solo en circunstancias buenas, agradables; ella es concebida para ser manifestada en toda y cualquier circunstancia, sea la que fuere. Esta no es meramente una cuestión de andar con Dios bajo circunstancias buenas; es una cuestión de ser capaces de andar con Dios en todo tiempo y bajo cualquier condición.

Muchos cuidados con los hijos o muchos cuidados con la familia no pueden impedir a un verdadero creyente andar con el Señor. No importa cuán pesadas sean estas cargas y responsabilidades familiares (¡y ellas realmente no son leves!), Un verdadero cristiano no se verá enmarañado por estas cosas, como generalmente ocurre con los incrédulos. Él es capaz de andar con Dios bajo cualquiera de estas circunstancias.

Notemos, además de eso, el tiempo en el cual que Enoc vivió fue un período muy negro. En los días de Enoc, Adán aún estaba vivo y en Génesis 4 vemos que los descendientes de la simiente de Caín aún estaban presentes en la tierra. ¿Cuál era la condición de ellos? «*Y Lamec tomó para sí dos mujeres; el nombre de la una fue Ada, y el nombre de la otra, Zila*» (versículo 19). Lamec fue el primer hombre en quebrar la regla establecida por Dios de que cada marido tuviese una sola esposa. Posteriormente, la costumbre de la poligamia se esparció por toda la tierra.

«*Ada*» significa «placer» o «adorno» o «la enfiestada». Esto podría indicar que las mujeres de aquella época estaban

volviéndose conscientes de la moda, y se estaban inclinando a la lujuria. «Y *Ada dio a luz a Jabal, el cual fue padre de los que habitan en tiendas y crían ganados*» (v. 20). Esta es la primera mención de cómo los hombres obtendrían provecho a través de la crianza de ganado.

«Y el nombre de su hermano fue *Jubal, el cual fue padre de todos los que tocan arpa y flauta*» (v. 21). En esta época los hombres ya habían comenzado a prestar atención a la música y a la diversión. «Y *Zila también dio a luz a Tubalcain, artífice de toda obra de bronce y de hierro*» (v. 22). Tales instrumentos cortantes de bronce y hierro estaban comenzando a ser moldeados como armas de guerra. La guerra, por tanto, debe haber tenido también su inicio en esa época.

Ahora, en medio de todas esas condiciones, nosotros vemos que Enoc andaba con Dios. La vida licenciosa, los planes para obtener lucro, la moda y las ropas, la orientación hacia la diversión, y la fabricación de armas, ¿no son reales todos estos fenómenos en nuestros propios días? Sin embargo, Dios nos muestra aquí como Enoc, en sus días, fue capaz de andar con él por trescientos años en una época como aquella. Y, ¿qué ocurre con nosotros hoy? ¿Estamos andando con Dios?

G.H. Pember, de Inglaterra, fue alguien que conoció el Señor profundamente. Hace muchas décadas, él profetizó que la gente en el mundo iría, en lo sucesivo, a prestar más atención que antes a la música, a un más elevado conocimiento y a la fabricación de armas. Sabemos que todo esto es real ahora. Sería bueno si, en circunstancias tales como estas, no-

sotros pudiésemos comenzar a andar con Dios hoy, tal como Enoc lo hizo en sus días.

El arrebatamiento de Enoc

«Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios» (Heb. 11:5). ¿Cómo fue Enoc trasladado o arrebatado? Por la fe, dice el escritor de Hebreos. ¿Cómo fue que él tuvo testimonio de haber agradado a Dios? Él anduvo trescientos años con Dios. Antes de su arrebatamiento, Enoc ya había dado testimonio de haber agradado el Señor. Al andar con Dios, él agradó a Dios. Y, por la fe, fue tomado por Dios.

Cada uno de nosotros debe andar así, hasta que también recibamos testimonio de que hemos sido agradables a Dios, y entonces, por la fe, también seremos arrebatados. ¡Que Dios nos dé la fe del arrebatamiento!

Es impresionante ver cómo Enoc tenía esta fe. Uno de los motivos de su fe era que él andaba en buena conciencia para con Dios. Fe y conciencia están conectadas. Cuando es abierta una brecha en la conciencia, la fe es destruida. La fe se vaciará por esa brecha en la conciencia, y sin fe no puede haber arrebatamiento. ¿Por qué tantos creyentes no pueden creer en el arrebatamiento? Porque no caminan con Dios. Si andamos día a día con nuestro Dios, nos será dada la fe del arrebatamiento.

Las palabras de Hebreos 11:6 siguen inmediatamente a las del versículo 5: «Pero sin fe es imposible agradar a

Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan». Aquí se nos dice que debemos creer en dos cosas. Primero, debemos creer que «Dios es», o sea, tenemos que creer que Dios es aquello que él dice ser. En segundo lugar, tenemos que creer que Dios recompensará a todos los que le buscan.

A través de este versículo, comprendemos que la fe de Enoc tenía estos dos elementos: primero, él creía que Dios era aquello que Él decía que era; y al mismo tiempo, él buscó diligentemente andar con Dios, creyendo que sería recompensado. Enoc buscó ser librado de la tribulación futura que le fue anunciada en ocasión del nacimiento de su hijo, y así Dios lo recompensó, arrebatándolo.

¿Alguna vez ya hemos pedido a Dios que nos libre de la gran tribulación que vendrá sobre toda la tierra? Noten lo que Jesús advirtió a sus discípulos que hicieron: «*Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre*» (Lucas 21:36).

Muchos toman esta palabra de nuestro Señor e interpretan que, aquellos que vigilan y obran, serán liberados por Dios de la gran tribulación que vendrá. Pero, en verdad, este es un llamado a una oración específica; o sea, que los creyentes deben vigilar y orar en todo tiempo para que Dios los libre de la gran tribulación que está por venir. Ahora, esta era realmente la oración de Enoc. Y quienquiera que hoy ore así, será también arrebatado.

Si nosotros aguardamos el retorno de nuestro Señor, oraremos fervientemente para que Dios nos libre de la tribulación venidera. Cada día que pasa, el arrebatamiento está más cercano. Caminemos delante de Dios con una conciencia libre de ofensas, esperando sinceramente el arrebatamiento. Entonces, vamos a creer en Dios y vamos a orar a Dios.

Hoy es el tiempo en el cual él nos está preparando. ¿Nosotros creemos que seremos arrebatados? ¿Oramos para que podamos ser librados de la gran tribulación venidera? ¿Cuántas de nuestras oraciones han tenido respuesta? ¿Deberíamos, por lo menos, tener esta oración respondida! Continuemos orando en todo tiempo hasta que Dios nos responda esta oración.

Con respecto a esta cuestión de andar con Dios, es bueno que comencemos bien y continuemos bien, pero es altamente importante que también terminemos bien. Muchos empiezan bien en su caminar con Dios, pero desgraciadamente su término no es en gloria. Muchos se atemorizan cuando oyen sobre la gran tribulación y el juicio que está por venir.

Sin embargo, es necesario ver que el arrebatamiento no es algo que acontece de súbito en la historia. El hecho es que el arrebatamiento ocurre apenas después de un andar diario con Dios, hasta que tú seas tomado por él, así como el registro en Génesis dice acerca de Enoc: «*Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios*» (5:24).

El cambio que está por venir «*en un momento, en un abrir y cerrar de ojos*» —como dice 1ª Corintios 15:52— se refiere al cuerpo, no a la vida. Ser arrebatado

es una cuestión de andar con Dios y no de levantar el vuelo. ¡Vamos a andar y andar, y seguiremos andando con el Señor directo hacia la gloria!

Un hermano observó que la experiencia de un cristiano es como una cadena – el eslabón de la muerte, de la resurrección y del arrebatamiento, repetido sin cesar, eslabón tras eslabón, hasta que el cristiano alcance la gloria. Una muerte más, significa una llenura más con la vida de resurrección, la cual, en retorno, significa un aproximarse más y más al arrebatamiento.

Déjeme repetir que el arrebatamiento no es solo un evento histórico accionado en un determinado punto del tiempo, sino que es, más que eso, una experiencia construida gradualmente hasta que,

automática e instantáneamente, culmina en gloria. Enoc anduvo con Dios por trescientos años. En la época en que fue arrebatado, sin duda, él estaba bastante familiarizado con Dios.

Un hermano dijo que, por desgracia, al llegar al cielo, muchos se sentirán extraños en la presencia de Dios por no haber conversado tanto con él en la tierra. Oh, día a día, caminemos paso a paso con Dios, hasta que seamos enteramente santificados.

Que Dios nos conceda su gracia, para que podamos andar diariamente con él, tal como lo hizo Enoc. Pues, si Enoc lo logró, ¿hay alguna razón por la cual nosotros no podamos hacerlo?

*Watchman Nee
Tomado de A Maturidade.*

Lo que tenemos en Cristo

Un amor que nunca puede igualarse; una vida que nunca puede ser superada; una virtud que nunca puede empañarse; una paz que no puede ser quitada; un descanso que nunca puede ser turbado; un gozo que nunca puede disminuir; una esperanza que nunca puede nublarse; una luz que nunca puede extinguirse; una felicidad que nunca puede ser interrumpida; una fuerza que nunca puede ser debilitada; una pureza que nunca puede ser manchada; una belleza que nunca puede marchitarse; una sabiduría que no puede ser confundida. Todos estos bienes jamás pueden ser agotados.

Dwight L. Moody (1837-1899)

Ama a Cristo, y haz lo que quieras

Agustín de Hipona (354-430 D.C.) dijo: "Ama a Cristo, y haz lo que quieras". A primera vista, esto parecería decir que el cristiano puede decir que ama a Cristo y entonces dedicarse a hacer cualquier acto de depravación, inmoralidad o pecado. Sin embargo, no es eso lo que Agustín quiso decir.

La clave está en el orden de la frase: "Ama a Cristo", es lo primero. El cristiano que genuinamente ama a Cristo, no usará su libertad como libertinaje, puesto que su primer interés es complacer y agradar al Cristo a quien ama.

*Hernández, J. y Cisneros, S.,
Romanos: Buenas nuevas para un mundo atribulado*

La venida del Señor

«¡Jesús viene!», un clamor que rara vez se oye en la iglesia de hoy.

Cuando yo era un niño, el clamor de la iglesia era: «¡Jesús viene! Volverá como un ladrón en la noche, cuando menos usted le espera. Vendrá en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene la trompeta. ¡Esté listo todo el tiempo!».

A través de los años de mi adolescencia, este clamor era oído en cada reunión de día domingo. Cada evangelista que vino a predicar en la iglesia de mi padre, tuvo un inspirador mensaje acerca del regreso de Cristo. Sus expresiones fueron impregnadas con fuego en mi memoria. El mensaje hizo crecer en mí una expectativa y temor santo. Aprendí a vivir esperando el regreso del Señor en cualquier momento.

Este clamor «Jesús viene» es rara vez escuchado en la iglesia de hoy. No recuerdo la última vez que oí un mensaje acerca de la venida del Señor. Como resultado, cuando miro al cuerpo de Cristo, veo poca expectativa por el Señor. Lamentablemente, solo unos pocos siervos rectos parecen anhelar y buscar su aparición.

De hecho, entre muchos cristianos hay una nueva posición sobre esta materia. El pensamiento es: «Jesús no viene». Ya hemos escuchado eso por años. De to-

das las profecías que necesitan cumplirse antes de su regreso, solo unas pocas han sucedido. ¿Por qué, entonces, deberíamos esperar su aparición? Todas las cosas siguen como siempre.

La Biblia advirtió sobre esta misma inclinación. Pedro dijo que en los últimos días vendrían burladores mofándose del mensaje del regreso de Cristo: «Sabed ante todo que en los últimos días vendrán burladores, andando según sus propias pasiones y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación» (2ª Pedro 3:3-4).

Increíblemente, muchos temen el súbito regreso de Cristo. Solo el pensar que su vida llegara a su fin y tener que enfrentar el juicio, es tan espantoso que lo sacan de sus mentes. Usted preguntará ¿cómo podría ser esto cierto entre los creyentes? Según Pedro, sus vidas están dominadas por pasiones: «andando según sus propias pasiones» (3:3).

Piense acerca de lo que Pedro está diciendo: Si usted se aferra a un pecado íntimo, nada quiere saber sobre el mensaje del regreso de Cristo. La idea de que Je-

sús vendrá y le juzgará, es el pensamiento más espantoso que cualquier pecador puede tener. Así que usted tiene que ridiculizar la idea de tener que pararse ante Dios, con la pasión que le consume, y rendirle cuenta.

El mensaje de Pedro para nosotros es claro. «Esto es lo que está detrás de toda ligereza con que se toma la venida de Cristo: una burla de la ley de Dios. Es una aversión u odio por la Biblia, un desprecio a los Diez Mandamientos, un menosprecio hacia el evangelio. Esa es la causa detrás de toda desobediencia, ostentación de pecado e impotencia de la iglesia. Burladores están predicando un nuevo mensaje: «Cristo no viene. No hay un día de juicio final. Todas las cosas continúan como han estado por años. Usted no tiene que temer un día de juicio».

Precisamente como Pedro profetizó, esos burladores están aquí hoy. Ellos no se burlan de la ley terrenal. Se burlan de las leyes de Dios. Vemos esto en la manera que apoyan la destrucción del matrimonio entre un hombre y una mujer. Su enfoque no es la Constitución, sino la Palabra de Dios. Y estos burladores están en las más altas posiciones: en el Congreso, las cortes, las academias y las escuelas, aún en los seminarios bíblicos.

Debido a estas desenfundadas desobediencias, la gente está plagada con una obstinada ceguera. A los burladores se les puede oír diciendo: «Todas las cosas continúan de una manera metódica. El sol subirá mañana a su hora y las estaciones van y vienen. Todas las advertencias que escuchamos en el pasado todavía no ocurren. De manera que, nada le debe inquietar. Satisfácete y disfruta.

Haga cualquier cosa que le permita ser feliz».

Tengo que mover la cabeza ante esto. ¿Cómo puede decir cualquiera que viva hoy que las cosas siguen como siempre han sido? Piense en lo absurdo de esta afirmación, en estos tiempos tan aterradores. Terroristas han destruido las Torres Gemelas en New York. Hicieron volar una estación de trenes en España. Y están decapitando gente en el Medio Oriente.

Se ha dicho que un genocidio masivo, como el Holocausto, no podría suceder jamás en nuestros días. Sin embargo, una matanza de 700,000 inocentes de Ruanda ha sido efectuada por sus propios conciudadanos en materia de unos pocos meses. El SIDA está matando a millones en África, China, India y otras naciones. Países bribones, con la bomba de hidrógeno, están listos para tomar al mundo como rehén. Además, hay un nuevo brote de enfermedades mortíferas, como el SARS y Ebola, que consumen la carne de las personas en pocas semanas.

¿Todas las cosas continúan como siempre? ¡Qué obstinada ignorancia! Esto debería ser claro aún para los impíos, que el Señor está sacudiendo todas las cosas que pueden ser sacudidas. Y lo que viene en un futuro cercano es demasiado terrible para pensarlo.

Sin embargo, mientras todas estas cosas suceden, hay una fuerza, un poder no visto, que trabaja en la tierra. Es un poder que ningún hombre puede evadir o ignorar. Hablo del poder del Espíritu Santo. Él es el administrador de Cristo en la tierra. Él fue enviado para llenar de

poder a los justos y convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio.

El Espíritu Santo conoce exactamente por qué el Señor no ha venido todavía. Esto es porque nuestro Señor es paciente. Él es paciente hacia los pecadores, dispuesto para que ninguna persona perezca. En su misericordia, él está esperando por el arrepentimiento del más vil pecador. Y por esa misma razón es que el Espíritu Santo no retrocede en su tarea. Usted puede mofarse de él o tratar de ponerlo a un lado, pero, el Espíritu viene una y otra vez, convenciendo de pecado y revelando la verdad de Cristo.

Esto ya sucedió en Pentecostés. Ahora, al cierre de la era, el Espíritu Santo está haciendo un clamor final, de media noche: «Jesús viene». Los islámicos e hindúes oirán este clamor. Los ateos lo oirán. Todos los pecadores y santos, judíos y gentiles, lo oirán. Esta verdad será proclamada a las naciones.

Usted puede preguntar: «¿Sobre qué clase de venida del Señor está hablando? ¿Está refiriéndose a un rapto secreto? ¿Se está refiriendo al regreso pre-tribulación, en la mitad de la tribulación, o post-tribulación? ¿O quiere dar a entender que Jesús vendrá al final de los tiempos?».

Algunos cristianos creen que Jesús evacuará súbitamente de la tierra a su pueblo, en lo que es llamado un rapto. Otros enseñan que Cristo vendrá a la mitad del período conocido como la Gran Tribulación. Este período se extiende por siete años y será marcado por terror y caos como nunca ha sido visto en el mundo. Otros creen que Jesús vendrá al final de este período de siete años de tribulación.

Todavía otros enseñan que Cristo regresará al final de todas las cosas.

Hay eruditos bíblicos respetados en cada uno de estos campos. Sin embargo, hay una cosa en que todos los cristianos pueden estar de acuerdo: Jesús mismo dijo que ningún hombre conoce el día ni la hora de su venida, ni aún los ángeles. Y para el verdadero amante de Cristo, el tiempo de su regreso no es un punto en cuestión. Tales siervos están listos para irse en cualquier momento, ya sea a través de un rapto súbito o en la mitad de la tribulación. A ellos no les importa si tienen que soportar terribles tribulaciones y sufrimientos. Ellos confían que el mismo Jesús, quien les lleva cada día, les ayudará a través de todas las cosas. Ellos viven en constante expectación por su regreso.

No, existe un asunto mayor obrando aquí. Y ese es el malvado pensamiento que Satanás ha implantado en muchos que se creen verdaderos creyentes. El demonio ha susurrado una sucia mentira en los oídos de multitudes del pueblo de Dios: «Cristo ha demorado su venida».

En Mateo 24, Jesús dijo una parábola acerca de estar listos: «Por tanto, también vosotros estad preparados, porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual cuando su señor venga, lo halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes lo pondrá. Pero si aquel siervo malo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comienza a golpear a sus

consiervos, y aún a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en día en que este no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes»(Mateo 24:44-51).

Note que aquí Jesús está hablando de servidores, lo que significa creyentes. Un servidor es calificado de fiel y el otro de malo. ¿Qué hace el último servidor para ser malo ante los ojos de Dios? De acuerdo con Jesús, se trata de algo «que el dijo en su corazón» (24:48). Este servidor no dio a conocer su pensamiento ni predicó sobre ello. Pero, él pensó. Había vendido su corazón a una mentira demoníaca, «El Señor demora su venida». Note que él no dice, «El Señor no viene», sino que «él demora su venida». En otras palabras: «Jesús no vendrá súbita o inesperadamente. No regresará en mi generación».

Este «siervo malo» es claramente un tipo de creyente, quizás alguien en el ministerio. Le fue ordenado «velar» y «estar preparado» «porque a la hora que no piensas el Hijo del hombre vendrá» (Mateo 24:44). Más aún, este hombre tranquilizó su conciencia al aceptar la mentira de Satanás.

Jesús nos muestra el fruto de esta clase de pensamiento. Si un servidor es convencido que el Señor ha demorado su venida, entonces el no ve la necesidad de vivir rectamente. No se ve obligado a vivir en paz con sus consiervos. No ve la necesidad de preservar la unidad en su hogar, en el trabajo ni en la iglesia. Podría herir a sus consiervos, acusarlos, sostener resentimientos, destruir sus re-

putaciones. Como dice Pedro, este servidor es conducido por sus pasiones. Desea vivir en dos mundos, consintiendo en una mala vida mientras cree que está exento de justo juicio.

Pablo escribió: «Con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu ni por palabra ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca»(2ª Tes. 2:1-2).

Los burladores señalan: «¿Ve, alguien en la iglesia primitiva sacudió a los creyentes con el mensaje que Cristo ya venía. Entonces, Pablo les dijo: «No, no se preocupen por esto. No permitan que esto les moleste ni se inquieten».

Pero, eso no es lo que el Griego original revela. La raíz de la palabra es «no os dejéis mover fácilmente... que el día del Señor ha venido». Lo que perturbaba a los Tesalonicenses fue el pensamiento que Cristo ya había venido y que ellos se lo habían perdido.

Pablo les asegura en el próximo versículo: «¡Nadie os engañe de ninguna manera!, pues no vendrá sin que antes venga la apostasía y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición» (2:3). Pablo estaba dirigiéndose a sus temores cuando dijo: «No se preocupen, porque dos cosas tienen que suceder primero».

Así que, ¿cuál fue la teología primaria de Pablo sobre el regreso de Cristo? La encontramos en dos pasajes: «Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora está

más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada y se acerca el día. Desechamos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz» (Rom. 13:11-12). «Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca» (Filipenses 4:5). Pablo está clamando, «¡Despierten! Ya está pasada la media-noche. La venida del Señor está cerca, así que, avivense a sí mismo. No sean perezosos. Jesús viene para aquellos que le esperan».

Los escépticos pueden preguntar: «Pero, ¿qué hay acerca de las propias palabras de Pablo? Él dijo que dos cosas deberían pasar antes del regreso de Cristo. Primero, el Señor no puede venir hasta que una gran apostasía tome lugar. Y segundo, el Anticristo tiene que levantarse y proclamarse como Dios. Tenemos que ver al Anticristo sentado en el templo, demandando que la gente le adore, antes de que Jesús venga».

Antes de todo, usted tiene que estar voluntariamente ciego para no ver una impetuosa apostasía afligiendo al mundo entero. La incredulidad está barriendo a través de todas las naciones, con los creyentes abandonando la fe por todos lados. La apostasía a que Pablo se refiere, claramente ha llegado.

Note aquí las palabras de Pablo: «Ya está en acción el misterio de iniquidad» (2ª Tes. 2:7). ¿Cuál es el misterio de iniquidad? Es andar sin ley, ingobernable. Es un espíritu de caos, que no respeta la ley de Dios. Y es por la misma razón que Dios destruyó la tierra con el diluvio, debido a la violencia y rebeldía de los hombres.

Si solo ha incrementado la desobediencia que Pablo vio en su día, no es de sorprender que la gente decente de hoy esté alarmada y temerosa por lo que ve que está pasando. Leyes e instituciones que por edades mantuvieron la sociedad de caer en el caos están siendo derribadas a diestra y siniestra.

Pablo dijo de esto: «solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio» (2:7). Él nos está diciendo: «Hay un poder que constriñe en acción, reprimiendo el caos. Pero, el que constriñe pronto será quitado». El Espíritu siempre estará aquí para cumplir su misión. Pero, su ministerio de constreñir será «quitado» o levantado».

Para el verdadero amante de Cristo, el tiempo de su regreso no es un punto en cuestión. Tales siervos están listos para irse en cualquier momento

No puedo pensar en ningún poder capaz de retener la desobediencia, que no sea el Espíritu Santo. Considere lo que sucede a la sociedad, cuando el Espíritu Santo quita la presión de su poder constreñidor. Cada institución, desde el gobierno hasta la familia, se descontrola totalmente. No puedo imaginar lo que sucedería con Nueva York si el Constreñidor no hace retroceder la erupción de la maldad. No desearía estar cerca de esta ciudad si el Espíritu Santo no está obrando.

Aún más, vemos un espíritu de desobediencia obrando por todo el mundo. Las fuerzas del Anticristo ya se están amontonando y revelándose asimismo, en los altos niveles. Ahora mismo, la Unión Europea está estableciendo una constitución que niega por completo a Dios. Un ministro pentecostal esta hoy en la cárcel en Suecia por predicar contra la homosexualidad. Esto solo es una señal clara de cómo está el escenario.

Usted puede decir: «Sí, pero, Pablo claramente dijo que Jesús no puede venir hasta que el anticristo esté en el poder». No obstante, considere lo que la Escritura dice: «¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, pues niega al Padre y al Hijo» (1ª Juan 2:22). De acuerdo con Juan, el anticristo es cualquiera que niega al Padre y al Hijo. Más aún, él dice que el incremento de tales anticristos, es prueba que estamos viviendo en los mismos últimos días.

En resumen, nada está retrasando el regreso de Cristo. Piense en el terrorismo mundial, la deificación del individuo, los agresivos ataques al matrimonio y los valores piadosos. Piense en la brutalidad islámica, homosexuales combatientes, la vileza de la televisión y el cine, la esparcida vejación a los niños. Una diócesis católica de la costa del oeste se declaró en bancarota, incapaz de pagar la sentencia de millones para sesenta niños víctimas de vejación por un sacerdote.

Considere que todo esto, hasta ahora, ha estado bajo refrenamiento. Le pregunto, ¿qué sucederá cuando Dios diga al Único que todo lo constriñe? «Quita tu mano que impide. Déjalos seguir su cur-

so hasta el clímax». Pablo da una figura de esto, «...*hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel impío...*» (2ª Tes. 2:7-8).

El Espíritu Santo sabe lo que pronto tomará lugar, cuando ya no habrá más freno. Cada hombre se entregará a sus pasiones. Cada religión militante forzará sus dioses sobre los demás. Cada cosa santa será despreciada. Cada ley será quebrantada libremente. Y la iglesia apóstata predicará la más corrupta, detestable doctrina del infierno.

Todo está en su lugar para que esto suceda aún ahora. La más grande apostasia ha cubierto la tierra. El yo ha tomado el trono del corazón de los hombres. Y en un corto tiempo, cuando el Constreñidor se haya ido, vendrá lo que Pablo llama «un poder engañoso, para que crean en la mentira...» (2ª Tes. 2:11).

¿Cuál es esta mentira? Es la ciega aceptación que cualquiera que viene en el nombre de Jesús habla por Dios. Surgirán falsos maestros quienes reconocen a Cristo como un buen hombre, pero, no como Dios: «que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella» (2ª Tim. 3:5). Aquellos que siguen a estos engañadores, serán arrastrados a otro Jesús, a otro evangelio. La ceguera abundará rápidamente, alcanzando multitudes, incluyendo a aquellos que una vez estuvieron encendidos por el Señor.

¿Por qué Dios va a detener a Aquel que constriñe? Pablo dice: porque «ellos... *no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia*» (2ª Tes. 2:12). Ahora mismo, estamos viendo cómo el constreñir del Espíritu Santo es levantado cada día que pasa.

En Apocalipsis, Jesús anuncia: «¡Vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro» (Apoc. 22:7). Cinco versículos más adelante Cristo dice: «Vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (22:12).

Aquí está el clamor de quien mira con expectación el regreso de Jesús: «El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!» (22:17). Esto se refiere a la novia de Cristo, formada por el cuerpo de creyentes de todo el mundo, bajo su Señorío. Todos estos servidores son nacidos de nuevo, limpiados con la sangre de Jesús.

Usted puede preguntar: «Comprendo que este es el clamor del corazón de los creyentes. Pero, ¿porqué el Espíritu también clama a Jesús: Ven?». Es porque esta es la última oración del Espíritu Santo, sabiendo que su obra en la tierra está casi terminada. Como Pablo o Pedro, a quienes Dios les dijo que su tiempo era corto, el Espíritu clama de la misma manera: «Ven, Señor Jesús».

Entonces, ¿dónde escuchamos hoy este clamor del Espíritu? Este viene a través de aquellos que están sentados con Cristo en los lugares celestiales, quienes viven y caminan en el Espíritu, sus cuerpos son templos del Espíritu Santo. El Espíritu clama en y a través de ellos: «Apresúrate, Señor, ven».

Permítame preguntarle: ¿cuándo fue la última vez que oró, «Señor Jesús, ven rápidamente, ven pronto»? Personalmente, yo no recuerdo hacer esta oración. El hecho es que yo nunca supe que podría apresurar la venida de Cristo, permitiendo al Espíritu que ore esto a través de mí. Sin embargo, Pedro nos ofrece

pruebas de esta increíble verdad, «esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán» (2ª Ped. 3:12). En el griego la frase: «apresurándoos... la venida del día», significa «dar más diligencia, apurar, urgir». Pedro dice que nuestras oraciones expectantes apuran, apresuran al Padre para que envíe rápidamente a su Hijo.

Solamente un asunto está impidiendo este glorioso evento. Es un asunto no resuelto. «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2ª Pedro 3:9).

La paciencia misericordiosa del Señor, dictamina el horario de su regreso. Así que, ¿esto significa que no deberíamos orar por su venida? De ninguna manera. Cristo mismo nos dice en el evangelio de Marcos, «porque aquellos días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios hizo, hasta este tiempo, ni la habrá. Y si el Señor no hubiere acertado aquellos días, nadie sería salvo, pero por causa de los escogidos que él eligió, acertó aquellos días» (Mar. 13:19-20). Imagine lo que puede suceder si, a través de todo el mundo, la novia de Cristo despierta y ora en el Espíritu: «Jesús, ven».

Sin embargo, si creo que el mundo se dirige a un irrefrenable caos, y que Cristo viene pronto, entonces mi clamor debe ser dirigido a mi familia y amigos que no están preparados. Sería hipócrita de mi parte orar para que Jesús venga, y no

orar para que mis seres queridos estén preparados para ese día. Mi oración debe ser, «Ven, Señor. Pero, primero, da a mi familia y amigos perdidos, oídos para oír. Sálvalos, salva a los perdidos».

Ponga a un lado, por un momento, todas las doctrinas acerca de la venida de Cristo. Considere el profundo clamor del hombre o la mujer que ama su aparición. «Entonces lo veremos cara a cara. Lo contemplaremos» (Ver 1ª Cor. 13:12). La venida de Cristo no debe perturbarle. Lo debe emocionar. Si usted realmente ama a alguien, desea estar cerca de esa persona. ¿Puede imaginarse lo que será para Jesús, llamarlo por su nombre?

Imagine una pareja recién casada y el esposo es llamado lejos por un período largo, quizás por negocios o asuntos militares. Le dice a su novia: «Regresaré, pero, no sé cuándo. Aquí está la dirección donde puedes encontrarme».

Por los primeros años, esa novia escribe a menudo a su esposo, con hermosas

cartas de amor. Sin embargo, ella nunca le dice: «Por favor, ven pronto». Pasan diez años, después veinte, y ella le escribe cada vez menos. Pero, ella nunca le dice: «Ven rápidamente; te lo suplico. Necesito tus abrazos, necesito ver tu cara. Estoy orando por tu pronto regreso».

Este es un cuadro de la iglesia de hoy. ¿Cómo podemos decirle a Cristo que lo amamos y lo extrañamos, si nunca oramos para que venga por nosotros? ¿Cómo es que nunca podemos expresarle que debe volver pronto y llevarnos con él, para que así podamos estar en su constante compañía? ¿Cómo es que no podemos decirle, «Yo ya no puedo seguir manejando esto sin que estés aquí? No quiero estar alejada de ti».

En medio de estos tiempos, oigo a Jesús decir: «Ciertamente, vengo en breve» (Apoc. 22:20). Y oigo a la novia de Cristo contestar: «¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!» (22:20).

David Wilkerson (1931-2011).

Concatenación

La mayoría de los cristianos no son personas felices porque no son personas santas, y no son santas porque no están llenas del Espíritu Santo, y no están llenas del Espíritu porque no son personas separadas. El Espíritu Santo no puede llenar a aquellos a quienes no puede separar, y a los que no puede llenar tampoco puede hacerlos santos, y a quienes no puede hacer santos, tampoco puede hacerlos felices.

¿Por qué tantos nombres?

Unos nativos en el Congo preguntaron al misionero E.A. Ruskin por qué Jesucristo tenía tantos nombres: "Admirable, Consejero, Príncipe de Paz, etc.". El misionero les dijo que era por razón de su plenitud de gracia y poder.

Para hacérselo comprender, les dijo: "Es como un diamante perfecto. Se dice que una de estas piedras preciosas tiene 32 facetas, y cada una tiene su propio y particular valor. Así sucede con Jesucristo, mirándole atentamente con nuestros ojos de fe".

Autor desconocido

Cómo prepararse para Su venida

Todos los creyentes están preparados para recibir al Señor en su venida; pero no todos ellos recibirán igual premio.

En la Biblia hallamos dos maneras de estar preparados para aquel momento:

1. *«Y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta...»* (Mat. 25:10).

2. *«Porque yo», dice el apóstol Pablo, «ya estoy para ser sacrificado ... he peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida»* (2ª Tim. 4:6-8).

En el primer sentido, todos los que son de Cristo (1ª Cor. 15:23) están preparados: han depositado su fe en él, y han sido lavados de sus pecados por su preciosa sangre; son hechos agradables a Dios y el Espíritu de Cristo mora en ellos (Rom. 8:9), y ello sin mérito alguno de ellos. Pueden dar gracias al Padre que los hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz (Col. 1:12-14).

En el segundo sentido, vemos que el apóstol estaba preparado, no solo por cuanto era salvo –cosa que sabía por muchos años ya–, sino porque su servicio y su testimonio habían sido tales que tenía la

certidumbre de que recibiría la aprobación de su Maestro.

Aclaremos esto con un ejemplo: supongamos, amado lector, que envías a tu hijo a una ciudad lejana donde debe llevar a cabo un asunto importante. Al partir, le entregas un ticket (pasaje) de ida y vuelta para el viaje; le das las instrucciones necesarias acerca del sitio adonde debe ir y de lo que debe hacer; le exhortas, en fin, para que se aplique con diligencia a satisfacer tus deseos.

Cuando llega a dicha ciudad, tu hijo parece muy enérgico y lleno de buena voluntad. Pero, al cabo de algún tiempo, se une con unos antiguos camaradas; olvida tus recomendaciones y pierde su tiempo en vagabundear.

De repente, sobresaltado, se da cuenta que no tiene ni un momento que perder si quiere alcanzar el último tren para volver a casa. Se precipita a la estación, llega precisamente cuando el convoy sale del andén y, tras una breve carrera, el joven sube en marcha y viaja, sano y salvo, hacia su hogar.

Preguntemos ahora: ¿Estaba listo para volver? En cuanto a lo que podía exigir la compañía ferroviaria, sí; porque te-

nía su pasaje y ningún empleado podía discutir de la validez del mismo, ni de su derecho a viajar. Pero, ¿de qué modo obtuvo el pasaje? ¿Por algún esfuerzo suyo? ¿Por lo que negoció, o ganó en aquella ciudad? No, sino solo porque tú se lo compraste y se lo entregaste. ¿Y en cuanto a tu encargo, tus negocios? ¡Perdió cualquier derecho a tu aprobación por estos!

No le podrás decir a tu hijo: «Está bien, me has servido fielmente». Sin embargo, en cuanto regrese tendrá—como hijo—su sitio a la mesa con los demás miembros de la familia.

Ahora bien, por la fe en la obra cumplida del Salvador—que murió por nuestros delitos y pecados, que ha resucitado para nuestra justificación, y que ha sido glorificado en el cielo— cada creyente tiene lo que corresponde al ticket de nuestro ejemplo, esto es, la incuestionable prueba de que su viaje al cielo está enteramente pagado.

Pero, si bien la Escritura nos asegura que «en él—Cristo—es justificado todo aquel que cree» (Hech. 13:39), y que «a los que justificó, a éstos también glorificó» (Rom. 8:30), sin embargo no todos los creyentes recibirán igual premio: «Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor» (1ª Cor. 3:8).

Estas dos cosas tendrá en cuenta el Señor: la cantidad de trabajo que habremos realizado, como también su calidad, según éstos criterios: «Aconteció que vuelto él ... mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno» (Luc. 19:15).

Lo que se averigua aquí es la cantidad de trabajo que han llevado a cabo. Asimismo se hará patente la calidad de nuestra obra: «La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego [imagen de juicio] la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida [pérdida de galardón], si bien él mismo será salvo...» (1ª Cor. 3:13-15).

Quiera Dios, cristiano lector, que además del privilegio de entrar con el Señor Jesucristo a las bodas, ocupando el lugar que nos tiene reservado, tanto tu suerte como la mía sea la de ser vigilantes, trabajando para él, enterándonos de sus deseos, tomándonos a pecho sus intereses, constreñidos por el poder de su inmutable amor, *hasta que ÉL venga*. Recordemos que si queremos llevar nuestra cruz y seguirle con un corazón verdaderamente consagrado, es ahora que debemos hacerlo. Hemos llegado a esos «tiempos peligrosos» en que los hombres son «amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella»; tiempos en los que «los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados» (2ª Tim. 3:1-9, 13). ¡Qué solemne contradicción con el error común según el cual el mundo entero se convertirá antes del regreso de Cristo!

Estamos en una época de ruidosas actividades religiosas, pero de escasa vida que fluya realmente de Dios; época en que el espíritu de iniquidad va afirmándose cada vez más en el mundo, mien-

tras que en la iglesia en general se nota una creciente elasticidad de principios y falta de fidelidad a Cristo. A pesar de todo, tenemos y seguiremos teniendo «a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados» (Hech. 20:32). O sea, la palabra de Dios para guiar nuestros pasos, y su gracia para sostenernos en la senda que nos va trazando.

No nos dejemos engañar por las apariencias, ni nos desanimemos si en el camino de la obediencia a Cristo no hallamos lo que –a criterio humano– pudiera asemejarse al éxito.

Ciertamente «el obedecer es mejor que los sacrificios»; y ojalá haga mella en nuestros corazones aquella exhortación de nuestro amado Maestro:

«Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles» (Luc. 12:35-37).

Y si estas páginas llegaren hasta ti, lector, y tu corazón no ha sido todavía regenerado (aunque tal vez hayas sido bautizado, y lleves incluso el nombre de *cristiano*), quisiera llamar tu atención sobre el hecho que la venida del Señor será repentina, y que serás dejado atrás si él te halla «sin aceite en tu vaso». Deténte, y considera –siquiera por un instante– lo que te reserva el futuro cada vez más cercano.

¡Medita cuán velozmente te arrastran las alas del tiempo hacia la eternidad! ¡Y qué eternidad! Ser dejado sobre esta tierra – futuro escenario de los juicios divinos– mientras que los salvos (tal vez tus amigos y parientes) han sido arrebatados al cielo. Y eso por haber cerrado los oídos a la última advertencia que te había sido dirigida por el Espíritu Santo, por haber escuchado con un corazón incrédulo la postrer oferta de la gracia de Dios.

¡Qué triste y solemne será esto! Pero no menos solemne será el hecho que tu cuerpo quedará en la tumba fría y lóbrega durante el milenio de felicidad, cuando la tierra estará llena de la gloria de Dios, cuando el Príncipe de Paz extenderá su señorío de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra (ver Sal. 72:19; Zac. 9:10).

No disfrutar de estas bendiciones será, ciertamente, una pérdida cuantiosa. Luego, tendrás que encararte aún con la ETERNIDAD. ¡No lo olvides! Serás resucitado de los muertos por la poderosa voz del Hijo de Dios (Juan 5:25, 29), para ser juzgado delante del gran trono blanco. Allí deberás responder de cada acto que hayas cometido al lo largo de tu vida, de cualquier palabra torpe que hayas pronunciado, y hasta de cualquier pensamiento malo o impuro en los que te habrás recreado durante cuarenta, sesenta u ochenta años.

«La paga del pecado es muerte», y como es cierto que Dios no puede mentir, tu suerte quedará fijada en el lago ardiendo de azufre y fuego. Así, no trates este asunto a la ligera. Ahora está abierta la puerta de la gracia; Jesús te convida todavía; los suyos no han sido arrebatados

aún; pero te advierto del peligro y te ruego acudas al Refugio mientras haya tiempo.

Jesucristo puede venir incluso antes de que termines la lectura de éstas páginas. Presta atención, deja de huir de Dios y vuélvete hacia él, arrodíllate a las plantas puras del único Salvador –del único Mediador entre Dios y los hombres– y confíesale todos tus pecados. Luego, él

te dará la bienvenida, te bendicirá y te salvará, y su paz inundará tu corazón. ¡Bendito sea para siempre tan poderoso Salvador!

«Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1ª Tim. 1:15). Gracias a Dios, «aún hay lugar» (Lucas 14:22).

George Cutting

Tres formas de mirar

Alguien dijo: «Hay tres formas de mirar. Si quieres sentirte infeliz, mira hacia adentro. Si quieres distraerte, mira hacia afuera. Pero, si quieres tener paz, entonces mira hacia arriba».

«Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?» (Mateo 14:30-31).

Él tenía la palabra del Señor, que es el asidero más firme, más fuerte que el mármol, que el granito o que el hierro, pero en el mismo momento en que quitó los ojos de Cristo, comenzó a hundirse. Aquellos que miran alrededor no pueden darse cuenta cuán inestable y deshonroso es su andar. Queremos mirar fijamente al «*autor y consumidor de nuestra fe*» (Hebreos 12:2).

Cuando yo era un niño, la única manera en que podía hacer una huella derecha sobre la nieve, era mirando fijo a un árbol o algún objeto delante de mí. En el momento en que quitaba mi mirada de esa marca puesta por delante, andaba en zigzag.

Es solo cuando miramos fijamente a Cristo que encontramos perfecta paz. Después de levantarse de entre los muertos, el Señor les mostró a los discípulos sus manos y sus pies.

«Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lucas 24:29).

Este era el fundamento de la paz de los discípulos. Si quieres sacarte las dudas, mira la sangre; si quieres aumentarlas, mírate a ti mismo. Tendrás dudas acumuladas lo suficiente para entretenerte durante días. De nuevo: mira quién es él y lo que ha hecho, no quién eres tú y tus propias obras. Esta es la manera de obtener paz y descanso.

D.L. Moody, en El Camino Hacia Dios

Evidencia

Si no tienes ninguna alegría en tu fe, en algún punto hay una fuga en tu cristianismo.

Billy Sunday

De grafito a diamante

Aquellos que han estudiado un poco de química, saben que no hay ninguna diferencia esencial entre el grafito de un lápiz, y un diamante. Ambos son puramente carbón; solo ese simple elemento químico – carbón. Pero el grafito es opaco, tan débil y barato.

Cuando usted escribe con un lápiz sobre una hoja de papel, el papel es más fuerte que el grafito; por eso el grafito marca el papel. Sin embargo, cuando el grafito es sometido a tiempo, presión y temperatura, tres elementos que nos hablan de la obra del Espíritu Santo –el tiempo de tratamiento de Dios, la presión de las circunstancias, la temperatura de las aflicciones– el grafito es transformado en diamante.

El grafito es opaco, oscuro, y no refleja luz. El diamante es purísimo. Cuando la luz incide sobre él, éste no retiene nada para sí. El grafito absorbe toda la luz, pero el diamante refleja toda la luz.

Eso fue lo que el Señor hizo en la vida de Pedro. Pedro solo se reflejaba a sí mismo; pero cuando el Señor completa su obra, Pedro refleja la gloria del Señor.

El propósito del Señor con su casa es transformarnos en diamantes. Cuando entra en el diamante, la luz sufre una difracción, descomponiéndose en los colores que conforman la luz blanca. Entonces, si usted coloca un diamante

delante de la luz, verá como un arco iris en él, porque la luz se divide en siete colores. Ahora bien, el diamante no es la luz, pero refleja la gloria de la luz; es un instrumento que revela lo que la luz es.

Si ponemos un diamante en la oscuridad, no revela nada de la gloria de la luz. Así somos nosotros en esa obra de transformación del Señor. Nosotros no somos la luz. El Señor dijo: «Yo soy la luz del mundo», y basado en eso, él pudo decir: «Vosotros sois la luz del mundo». Porque, en verdad, él es la luz, pero a medida que el Espíritu Santo entra en nuestras vidas y va purificándonos por la obra de la cruz, entonces la gloria de la luz va siendo vista a través de nosotros. Esto es lo que Pablo llama en Efesios «la multiforme (multifacética) sabiduría de Dios». ¿Comprenden eso?

Cuando Gálatas 5:22 habla acerca del fruto del Espíritu, cita nueve aspectos. Vemos la luz pasando a través del diamante: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza». La luz está pasando por el diamante, y está reflejando aquellos colores. El fruto del Espíritu es el carácter de Cristo formado en nosotros. Es imposible tener fruto del Espíritu sin que el carácter de Cristo sea formado en nosotros, y este carácter solo puede ser formado en nosotros por la obra de la cruz.

Romeu Bornelli, en Visión y Vocación

Zacarías

Palabra clave: Celoso

Versículo clave 8:2.

Zacarías es el profeta del advenimiento. Ocho visiones en una noche desvelan la providencia de Dios y su gracia para con el pueblo escogido: sus enemigos serán destruidos, sus ídolos removidos, su ciudad y templo restaurados y su Mesías revelado. A fin de disfrutar de las promesas de Dios, sus preceptos requieren ser obedecidos y la ley moral ha de ser más importante que la ley ceremonial. Entonces los ayunos se convertirán en banquetes. El Señor es celoso por los suyos: su celo, por un lado, requiere la pureza de su pueblo y, por otro, destruye a sus enemigos.

Zacarías, que junto con Hageo instó con respecto a la reconstrucción del Templo, fue, de acuerdo con la tradición, sepultado junto a él. Es probable que haya nacido en Babilonia, de linaje sacerdotal, y regresó a Jerusalén junto con Zorobabel.

El libro se divide en tres partes. Los primeros seis capítulos muestran las visiones; los dos siguientes registran la respuesta de Dios con respecto al ayuno, y los últimos seis capítulos contienen predicciones que se extienden hasta la consumación del Reino, cubriendo la expedición de Alejandro Magno, la caída de Jeru-

salén, la dispersión de los judíos y también su conversión, el advenimiento del Mesías, y la gran fiesta de los tabernáculos. La confederación que resiste al restablecimiento de los judíos en su propia tierra será destruida. La adoración será restaurada en pureza ideal y aun los gentiles se unirán a ella. En dos ocasiones, el Mesías es llamado el Renuevo.

Divisiones:

1. Zacarías 1-6: Visiones.
2. Zacarías 7-8: Sobre los ayunos.
3. Zacarías 9-14: El anuncio profético.

A.T. Pierson

Símbolos y tipos en la vida de José

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico; con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

El ensalzamiento de José

Lo súbito del cambio y la trascendente grandeza que acaeció en la vida de José en pocas horas parece casi algo romántico, difícil de creer, pero estas transiciones no son tan súbitas como parece.

José había venido preparándose quietamente para todo ello durante los años precedentes, y había aprendido las lecciones tan bien que las meras circunstancias exteriores de su ascenso fueron mucho menos para él de lo que pareció a otros. Reconoció en su nueva posición una llamada divina a un nuevo servicio, una situación que requería nuevos deberes y apoyo divino, y emprendió el cumplimiento de sus nuevas responsabilidades con la misma fidelidad simple que había mostrado en sus cargos más humildes.

Aunque era virtualmente el gobernante de Egipto, usó este alto cargo como un lugar de servicio y viajó inspeccionando toda la tierra de Egipto con el mismo cuidado y minuciosidad de uno de sus humildes subordinados.

El cambio que acaeció a José fue súbito y completo. Su cárcel fue cambiada por un palacio, su oprobio por el más alto

honor, su posición de degradación por otra de autoridad y prominencia, y su vida de soledad y aislamiento cambió en un hogar y la compañía de una esposa y una familia noble.

Al ir pasando los años, todo lo que parecía perdido fue restaurado, los vínculos con el hogar que habían sido rotos fueron reanudados, su padre y su querido hermano le fueron devueltos, y los mismos hermanos que le habían traicionado fueron reconciliados a su afecto y se dieron cuenta de su pecado y la locura de su crimen de una forma tan maravillosa que arrancó el aguijón de sus recuerdos amargos; y las pruebas más tristes que había pasado se convirtieron en las bendiciones más dulces de su vida y de la de otros.

Y la escena termina con lo que para él había de ser el mayor de los goces: el poder devolver bien por mal, el ministrar la felicidad de aquellos a quienes amaba, cuidando y alimentando la casa de su padre y sus hermanos con todas las riquezas de su gloria, y viéndolos a ellos y al mundo salvado mediante el ministerio de su vida. Sin duda, ésta fue una transformación del sufrimiento en gloria y bendición. Todo esto era el tipo de

la exaltación de Cristo y la promesa y garantía de nuestra recompensa.

1) Prefigura la exaltación de Jesús, después de la vergüenza y sufrimiento de la cruz, a la vida de resurrección y gloria celestial en la cual ha entrado.

2) La relación de José con Faraón sugiere el oficio de mediador de Jesucristo con el Padre, administrando el gobierno del universo, y teniendo todas las cosas entregadas en sus manos. Faraón contestaba toda petición que le llegaba con: «¡Id a José! », y lo mismo nosotros tenemos acceso al Padre a través de Él y recibimos las riquezas de gracia y bendición que necesitamos y pedimos. Todos los tesoros de Egipto estaban en las manos de José; todo lo almacenado, que salvó y alimentó al pueblo hambriento, era distribuido a sus órdenes; y con ello «*agradó al Padre que en él habitase toda plenitud*», y «*de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia*».

3) José era virtualmente el gobernador de la tierra de Egipto y su influencia se extendía a todo el mundo, y lo mismo Cristo ha sido investido de un poder semejante en el cielo y en la tierra. Está establecido «*sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia*». Recordemos, cuando miramos las fuerzas alrededor de nosotros y nuestras pruebas acerbadas, que

*Tiene dominio sobre todo
y todo se inclina a su poder;
todo acto suyo es pura bendición.
Su camino es luz inmaculada.*

4) El matrimonio de José, después de su exaltación, ha sido aplicado por algunos intérpretes al hecho de reunir la iglesia de Cristo para sí misma en los lugares celestiales. No fue durante su vida de oprobio y sufrimiento, sino después de su ascensión que él estableció la iglesia y su verdadero lugar con él, a saber, en la dispensación presente. El lugar en que ella ha de ser reconocida es el estar sentada junto a él en su gloria. Esto también es parte de la gloria de él y ha de ser su eterno gozo, la iglesia de su amor y asociada con él en su naturaleza y en su trono.

5) Los años de abundancia, y luego los de escasez que siguieron, parecen prefigurar, primero, la dispensación de la gracia que ahora transcurre, y segundo, el tiempo de la tribulación que ha de venir sobre la tierra antes del fin, del cual va a eximir a su pueblo que se unirá antes con él en el aire.

Fue durante este tiempo de hambre que los hermanos de José acudieron a él y fueron reconciliados. Y así será durante los días de la tribulación que los hermanos de Cristo según la carne, los judíos, le reconocerán, se arrepentirán de sus pecados, y serán restaurados a su amistad y bendición y después compartirán con él, en su vida separada nacional, como en el Egipto de antaño, la bendición de su reino milenial.

Esta ha de ser una de las glorias principales del que fue un Nazareno rechazado, que «mirarán al que taladraron y se lamentarán». Serán reconciliados con el Mesías al cual entregaron a los gentiles, como ocurrió con José. Toda esta historia, pues, es el cuadro de los tiempos

milenarios, por lo menos en algún grado, y no hay duda de que el cumplimiento va a mostrar muchas semejanzas y correspondencias que no podemos prever ahora.

La historia de José no solo es un cuadro del ensalzamiento de Cristo, sino que es para nosotros la garantía de que las tribulaciones que sufrimos por Cristo «obran para nosotros un sobremanera grande y eterno peso de gloria». Dentro de poco las tribulaciones presentes serán cambiadas en gloria y gozo, que nos hará avergonzar de haber murmurado o habernos retraído en la breve prueba que fue solo una lección benéfica de Dios para educarnos para su reino.

Esta es la lección más importante de la vida de José: el enseñarnos el resultado de la aflicción sufrida de modo inocente, valeroso y triunfante, conforme a la voluntad de Dios, el cual no puede perjudicarnos, y la recompensa está más allá de lo que podamos imaginarnos.

Un antiguo monarca halló, cuando subió al trono, del cual le había excluido durante largo tiempo un usurpador, que uno de sus fieles partidarios estaba en la cárcel debido a que se había atrevido a disputar las pretensiones del tirano y había sido fiel a su señor exiliado durante los años de su ostracismo. El rey victorioso dio orden de que el noble capitán fuera traído ante su presencia y que le quitaran delante de él las cadenas. Entonces ordenó a un ayudante que las pesara y que trajeran del tesoro del palacio una cantidad de oro que pesara en las balanzas igual que las cadenas. Luego, dirigiéndose a su fiel amigo, le dijo: «Tú has sufrido estas cadenas por mí;

ahora tendrás su peso en oro; estuviste en la cárcel por mí, ahora estarás en mi palacio; tus sufrimientos tendrán una recompensa equivalente en riquezas y honor».

Y así es para nosotros. *«Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él».*

La gracia desplegada en la vida y el carácter de José

Más alto que toda su gloria es el hecho glorioso que esta gloria solo la usó para otros. La mejor joya del carácter de José, como el de su gran antitipo, es el amor. Destaca para siempre como el tipo más elevado de Jesús, nuestro hermano perdonador y sufriente, y nuestro Señor lleno de gracia y benigno.

1) Vemos lo beneficioso del espíritu de José en su bondad, aun en la humillación, hacia todos los que le rodeaban. Ministró a los sufrimientos de sus compañeros de prisión. Y lo mismo, Cristo anduvo constantemente de un lado a otro haciendo bien, y todos los que son como Cristo vivirán para usar su estado como una oportunidad para el servicio, y dejarán en el lugar que ocupen, aunque sea humilde, solo memorias de bendición.

2) Vemos, luego, su gracia en el uso de su poder. No usó el cetro de Egipto para sí mismo, sino para el pueblo al cual servía y salvaba. La abundancia que vino bajo su cuidado fue simplemente considerada como un depósito puesto en sus manos que tenía que administrar durante un tiempo para sus necesidades.

También Cristo fue ensalzado a la diestra de poder, no para su propia magnifi-

cencia y goce, sino para poder ser un Príncipe y Salvador. Por ello ha recibido toda la plenitud del Padre para que él pueda darla a la raza por la que murió. Su vida celestial es tan generosa como su vida terrenal, y si pudiéramos contemplarle ahora, le veríamos como un sacerdote ministrante, el siervo ceñido, el benefactor siempre dispuesto para todos los que necesitan ayuda. No es un déspota oriental, sino un amigo amante y accesible; nunca perplejo o abrumado por alguna situación difícil, ni preocupado, sino dispuestos los oídos, el corazón y la mano, para escuchar y ayudar.

«Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro». «Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retemos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado».

Como nuestro Señor ensalzado y benéfico, nosotros también hemos de usar nuestros lugares de privilegio y bendición para el servicio y para otros. Somos mayordomos responsables de administrar la múltiple gracia de Dios, y cuanto más recibimos, más plenamente hemos de aprender que «más bienaventurado es dar que recibir», y que la misma condición de conservar nuestra bendición es que nosotros seamos bendición para otros.

Un cristiano egoísta es inconsecuente, algo imposible, como un Cristo egoísta.

Nosotros también hemos llegado a nuestro reino para un tiempo como éste. Vienen años de hambre a las almas que nos rodean; dentro de poco estarán pereciendo por falta del pan eterno; necesitan nuestras oraciones, nuestra ayuda, y aunque es posible que ellos no lo sepan ahora, nosotros sí lo sabemos, y viene el día en que ellos van a cosechar las bendiciones de nuestra fe y nuestra provisión. Seamos fieles a nuestro depósito y así dignos de estar al lado de José y de su gran Señor, como dispensadores de las bendiciones de Dios a un mundo que perece.

3) Vemos una figura preeminente del corazón de Cristo en la relación de José con sus hermanos, y su amor prudente, pero tierno, su amor perdonador.

En el hermano herido y tratado con injusticia vemos al Salvador, y su rechazo por parte de aquellos para los cuales murió. En los largos años de indiferencia y olvido que siguieron, vemos un cuadro de la paciencia que espera, en tanto que los hombres continúan en su insensibilidad y dureza de corazón. En las tribulaciones que al fin les alcanzaron y que les llevaron, sin saberlo, al hermano a quien habían perjudicado para pedir socorro, vemos la forma en que Dios al fin impulsa al corazón endurecido por medio de pruebas amargas para que vaya a él, aunque él no le conozca.

En la posición de los hermanos a los pies de José, sin saberlo ellos, aunque sabiéndolo José, vemos al pecador a quien Cristo está atrayendo a sí mismo, pero que todavía no sabe que es ÉL que le atrae, sino que sigue un curso de desesperación y ceguera. En la disciplina prudente y

severa por la cual José los llevó poco a poco a que reflexionaran y recordaran su pecado, y despertó en sus pechos la voz de la conciencia adormilada, vemos el proceso delicado por el que el Espíritu Santo redarguye el corazón endurecido del pecador y hace que sus propios recuerdos y convicciones vayan preparándole suavemente para recibir su misericordia. En la profunda ternura que José se abstuvo de expresar durante toda esta larga prueba, vemos el amor que Cristo con frecuencia vela bajo la más severa disciplina, y anhela derramar sobre nuestro pecho cuando estamos preparados para recibirlo.

Por fin llegó la hora de la reconciliación; y como en nuestro caso, lo mismo empezó con José y no con los hermanos culpables. Dios es el primero que viene a nuestro encuentro en la reconciliación, y es su amor que despierta nuestra confianza, y su gracia la que aviva nuestro corazón para la gracia.

José perdona plenamente. Con qué ternura se acerca a estos hombres que le habían tratado sin piedad; con qué generosidad insiste en que ellos lo olvidarán y se perdonarán a sí mismos; cómo procura ahuyentar todo recuerdo penoso; cómo los recibe en su propio corazón y su hogar, y les da un banquete en que no hay otros invitados presentes; y con qué generosidad regia provee para ellos y para los suyos, compartiendo con ellos su riqueza y su gloria, y enviándolos a residir con él, en medio de la abundancia en la mejor región del país.

Todo esto se realiza de modo infinitamente más perfecto en el amor de Jesús,

a quien se trató con mayor crueldad e injusticia. Jesús atrae con influencias tiernas de amor y de poder. Es el que dice: «*Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia; porque mi ira se apartó de ellos*» (Os. 14:4). No solo perdona, sino que olvida; no solo salva de la ira, sino que nos recibe en su amistad, nos banquetea en su mesa, nos alimenta con su propia vida, comparte con nosotros sus riquezas y gloria, y nos lleva consigo para que estemos con él donde están todas las riquezas de su reino y su herencia.

Como ya hemos sugerido, esto va a recibir un cumplimento literal más adelante en la descendencia real de Jacob, los judíos, hermanos literales de Jesús, pero se cumple también en el perdón y reconciliación de todo corazón que ha aprendido a conocerle como «*amigo más unido que un hermano*». ¿Hemos aprendido a conocerle con este tierno nombre y con este tipo exquisito? Y, ¿hemos comprendido con dulzura desconocida antes, y reflejada sobre otros por nuestra parte, como hizo él, el significado de estas líneas?

*Sí, él me cuida
con un amor de hermano;
sí, conmigo comparte
toda carga, toda angustia.
Sí, él me observa y me vigila
ojo alerta día y noche:
sí, y me saca del peligro
que me rodea en la senda.
Sí, es conmigo que reside
y yo en él, como él en mí;
mi alma vacía rellena
aquí y en la eternidad.*

A.B. Simpson.

La oración

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mat. 7:7).

El aprender a orar sigue al estudio de la Biblia. La oración es el más profundo y el más simple de todos los ejercicios cristianos. Una persona recién salvada puede orar. Sin embargo, muchos hijos de Dios –incluso en su lecho de muerte– confiesan que aún no han dominado el arte de la oración.

La oración contestada es uno de los privilegios o derechos básicos de un cristiano. Dios da al creyente el derecho a que sus oraciones sean oídas. Si alguien ha sido un cristiano durante tres a cinco años y no ha tenido una oración contestada, su vida cristiana es absolutamente cuestionable. Para un hijo de Dios, no tener respuesta a sus oraciones es incorrecto. Las oraciones de un cristiano deberían ser contestadas.

«Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (Juan 16:24). Aquel que ora frecuentemente, y ha recibido respuesta a sus oraciones, a menudo será un cristiano feliz. Esta es una experiencia fundamental que debe tener todo creyente. Se puede ser descuidado en otros asuntos espirituales, pero en esta materia de la oración contestada un cristiano no puede permitirse enga-

ñarse a sí mismo. Es sí o no. Él debe procurar que sus oraciones sean respondidas.

Condiciones para la oración contestada

En la Biblia podemos hallar un sinnúmero de condiciones para la oración contestada, pero seleccionaremos algunas que creemos son absolutamente suficientes para los principiantes. Estas pocas pueden cubrir casi la mitad de los requisitos aprendidos por los cristianos más antiguos.

1. Pedir

Al orar, uno realmente debe pedir. *«No tenéis lo que deseáis, porque no pedís»* (Stgo. 4:2). *«Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá»* (Luc. 11:9-10).

Cuando recién fui salvo, yo confesaba que oraba diariamente. Un día, una hermana en el Señor me preguntó: *«¿Tus oraciones han sido contestadas por Dios?»*. Quedé sorprendido, porque para mí la oración era simplemente pedir, y nada más. Yo oraba, pero nunca pensa-

ba si era oído o no. Sin embargo, desde ese día, he orado para ser oído.

Después de aquella pregunta, examiné mis oraciones para ver cuántas habían sido contestadas por Dios, y descubrí que no había hecho muchas oraciones del tipo que requiere respuestas. Mis oraciones eran sobre todo generales, así que las respuestas realmente no importaban demasiado. Era como pedir a Dios que el sol se levante por la mañana. ¡Claro, eso ocurriría si tú orases o no! Después de haber sido un cristiano durante un año entero, yo no podía recordar un solo caso de oración contestada. Sí, me había arrodillado delante de Dios y había pronunciado muchas palabras, pero en realidad no había pedido cosa alguna.

¿Qué significa pedir en forma incorrecta? Es pedir más allá de tu medida, más allá de tu real necesidad.

2. No pedir en forma inadecuada

Los hombres deben pedir a Dios. Sin embargo, la Escritura pone una segunda condición: no pedir en forma inadecuada. «*Pedís, y no recibís, porque pedís mal*» (Stgo. 4:3a). Tú puedes pedir a Dios por tus necesidades, pero se supone que no debes pedir en forma irrazonable o fuera de medida. Requiere algunos años de aprendizaje antes de que alguien pueda hacer «grandes oraciones» delante de Dios.

En los días tempranos de nuestra vida espiritual, es algo difícil que distingamos

entre las grandes oraciones y la petición inoportuna. Es mejor para nosotros al principio no pedir según nuestros deseos o placeres ni pedir codiciosamente aquello que no necesitamos (Stgo. 4:3b). Dios cubrirá nuestra necesidad y nos dará solo lo que es necesario. Muchas veces, sin embargo, Dios nos da de manera sobreaabundante todo lo que pedimos. Pero si los jóvenes piden en forma incorrecta, ellos no serán oídos.

¿Qué significa pedir en forma incorrecta? Es pedir más allá de tu medida, más allá de tu real necesidad. Por ejemplo, si yo tengo cierta necesidad y pido que Dios la provea, lo haré según el monto de mi necesidad. Si pido más allá de lo necesario, estaré orando inoportunamente. Si mi necesidad es grande, puedo orar a Dios por esa gran necesidad, pero no debería pedir más, porque Dios no se agrada en oír una oración impertinente. La oración debe ser medida por la necesidad; no debe ser presentada de manera imprudente.

3. El pecado debe ser tratado

Es posible que alguien haya pedido en forma correcta y, a pesar de ello, todavía no ser oído. ¿Por qué? Quizás porque hay un obstáculo básico – el pecado interpuesto entre Dios y el hombre.

«*Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado*» (Sal. 66:18). Si alguien sabe que tiene un pecado oculto en su corazón, pero se aferra a él, no será escuchado. ¿Qué significa mirar a la iniquidad en el corazón? Significa simplemente que en tu corazón hay un pecado que tú no desechas. Aunque una persona pueda tener grandes debilidades, Dios las per-

donará; pero si tienes un pecado del cual estás consciente, y aún le das lugar en tu corazón, entonces es más que una debilidad en la conducta exterior; estás mirando la iniquidad en tu corazón.

«*El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia*» (Prov. 28:13). El pecado debe ser confesado. Después de ser confesado, el Señor perdonará y olvidará. Deberías ir al Señor diciendo: «Aquí hay un pecado que mi corazón conoce y encuentra difícil renunciar, pero ahora pido tu perdón. Estoy dispuesto a abandonarlo. Te ruego que me libres de él, para que no permanezca en mí. Yo no lo quiero, y lo resisto». El Señor pasará por sobre tu pecado si tú lo confiesas en su presencia. Entonces tu oración será oída. Esta es una cuestión que no debe ser mirada en menos.

4. Creer

Sin embargo, hay una condición positiva que debe cumplirse, y esta es que tú debes creer. De lo contrario, la oración no será eficaz. El incidente en Marcos 11:12-24 nos muestra claramente la necesidad de la fe en la oración. El Señor salía con sus discípulos desde Betania. En el camino, él tuvo hambre. Viendo de lejos una higuera, él se acercó esperando hallar algún fruto en ella, pero no encontró nada sino hojas. Entonces, él maldijo al árbol, diciendo: «*Nunca jamás coma nadie fruto de ti*».

A la mañana siguiente, ellos pasaron cerca y vieron que la higuera se había secado desde sus raíces. Los discípulos quedaron asombrados. Y el Señor contestó: «*Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este*

monte: Quitate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Mar. 11:22-24).

Tú debes creer cuando estás orando, porque si crees, entonces recibirás. ¿Qué es la fe? La fe es creer que ya recibiste lo pedido.

5. Perseverar en la oración

Hay otra cara de la oración que puede parecer contradictoria a lo que acabamos de decir, pero que es igualmente real; esta es, que los hombres deben «*orar siempre, y no desmayar*» (Luc. 18:1). El Señor nos muestra que algunas oraciones requieren perseverancia. Debemos seguir orando hasta que el Señor esté agotado, por decir así, con nuestro continuo venir. Esta no es una señal de incredulidad, sino más bien otro tipo de fe: «*Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?*», dice el Señor (Luc. 18:8b). Esta es la clase de fe que cree que, al orar con insistencia, Dios finalmente responderá, con o sin una promesa anterior.

La oración tiene dos extremos

La oración tiene dos extremos: en un extremo está la persona que pide y en el otro lado está el objeto o la persona por la cual se ora. A menudo el primer extremo necesita experimentar una transformación antes de que la otra parte pueda ser cambiada. Es inútil esperar que solo el otro extremo cambie. Debemos aprender a orar: «Oh, Señor, ¿en qué cosa necesito un cambio? ¿Hay todavía un pecado que no ha sido tratado? ¿Hay un

deseo egoísta que requiere ser purificado? ¿Hay alguna lección práctica de la fe que debo aprender? ¿O hay alguna cosa que necesito abandonar?». Si hay una necesidad de cambio de tu parte, entonces deberá ocurrir primero ese cambio. Muchos hijos de Dios esperan que la oración sea cumplida en el otro extremo, mientras ellos mismos rechazan ser transformados.

Si los hermanos y las hermanas jóvenes aprenden la lección de la oración desde el principio, así como han aprendido la lección de estudiar la Biblia, la iglesia será grandemente fortalecida. Dios nos concederá un futuro glorioso que sobrepasará con creces nuestro pasado.

Watchman Nee
Traducido de Spiritual Exercise,
(Christian Fellowship Publishers, 2007).

Solo carne, solo polvo

Blas Pascal, un hombre de Dios del siglo XVIII, muy conocido por los estudiantes de física y matemáticas, fue uno de los cerebros más brillantes que haya vivido en esta tierra.

¿Usted sabía que Pascal fue un hombre de Dios? Y él dijo así: «Conocer a Dios y no conocernos a nosotros mismos, es orgullo. Conocernos a nosotros mismos y no conocer a Dios, es desesperación. Pero conocer a Dios y conocernos a nosotros mismos es verdadera humildad».

¿Sabe lo que este hombre hizo una vez? Él era un maestro de física y matemáticas; fue capaz de deducir algunos teoremas de Euclides por sí mismo cuando tenía trece años de edad, sin conocer nada de lo que Euclides había hecho. Las personas lo buscaban para hablar con él sobre física y matemáticas. Un día, él cortó una ramita de un rosal, con espinas, y lo puso atrás de su camisa. Y cada vez que le buscaban para preguntarle cómo había hecho esto o aquello, él estaba sentado en su sofá con aquella ramita de espinas en su espalda, y cuando ellos empezaban a elogiarlo, él apretaba la ramita contra su espalda.

«Él conoce nuestra estructura; él sabe que somos polvo».

Pascal quería recordar quién era él – solo carne, solo polvo. Su gloria no estaba en ser un genio de las matemáticas, sino en haber conocido a Cristo y haberse entregado a Cristo.

Romeu Bornelli, en Visión y Vocación

Anhelo

“Gustamos de ti, santo y vivo pan
 y ansiamos seguir comiendo aún más;
 bebemos de ti, puro manantial
 sin querer dejar de beber jamás.”

San Bernardo

Siempre que alguna cosa desagradable o que disgusta le suceda, recuerde a Cristo crucificado, y calle.

Juan de la Cruz. (1542-1591)

La familia en el ojo de Dios

Servir a Dios en la familia requiere convicción, fe y coraje para ejercer el gobierno aprobado por Dios.

Cuando oímos noticias o vemos reportajes del acontecer mundial, somos testigos de la degradación moral de la conducta humana. La capacidad de sorprendernos se ha ido perdiendo cada vez más, producto de escuchar y ver constantemente el horror del comportamiento. En alguna medida nos hemos habituado a vivir en un mundo sin absolutos, donde ya casi no hay límites para el pensamiento y la conducta. La vida se ha ido construyendo sobre la base de lo opinable. Como aquella época sin gobierno en la historia de Israel, de la cual atestiguan las Escrituras diciendo: *«En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía»* (Jue. 17:6).

Hoy existe la gran necesidad de que el pueblo de Dios muestre el tesoro que contiene. Nosotros tenemos una cabeza, un Rey; tenemos un Señor y un gobierno. Dios diseñó la iglesia para ser un contenedor de su verdad; por lo tanto, es un cuerpo en el cual hay sabiduría, donde se aloja la mente del Señor y se expresa su gobierno. Solo ella tiene la capacidad de dar cátedra sobre la verdad, porque es columna y baluarte de ella.

En el pueblo de Dios, encontramos hombres y mujeres sanos según Dios, fami-

lias fundamentadas, referentes para un mundo sin dirección, que pueden dar consejos e instruir a otros. Como dice el profeta: *«...nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas, porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová»* (Is. 2:3).

El apóstol Pablo consciente de esta verdad, exhorta por carta a Tito y Timoteo que sean modelos y establezcan en las iglesias patrones de referencia para otros. Llama a que se preocupen unos por otros. A las hermanas ancianas y llenas de experiencia, les encarga enseñar a las más jóvenes. A los mayores, les exhorta a la seriedad; a los jóvenes, a la santidad. A los ancianos, a ser ejemplos. Como un todo que es trasvasado de vaso en vaso, la verdad es preservada, transmitida de generación en generación, dando a conocer los principios del Señor; no aquello aprendido de la cultura y de la vida natural, sino lo aprendido de Cristo.

Supe de un orientador en una universidad, de aquellas en que participan nuestros hijos, que daba la bienvenida a los nuevos estudiantes, diciendo: «Bienvenidos a la libertad sexual, bienvenidos a la homosexualidad y al lesbianismo,

bienvenidos a la dependencia de Drogas y alcohol. ¡Bienvenidos a la autonomía y la libertad! Jóvenes, este es el universo, esto es la universidad; de ustedes dependerá como han de vivir...».

Hoy, más que nunca, es necesario, equipar a nuestros jóvenes con la verdad; darles no solo la enseñanza de las Escrituras, sino la verdad como una experiencia con la Vida. Para esto, en el seno de la iglesia, Dios diseñó la familia. La familia es, por excelencia, el método de Dios para traspasar y equipar su voluntad. Por eso es importante hablar de ella.

Revisemos algunos versículos en la vida de los patriarcas del Antiguo Testamento que nos muestran la intención de Dios en y a través de la familia, intención que tiene como objeto único el desarrollo de su plan eterno en la historia.

El ejemplo de Noé

«Dijo luego Jehová a Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca, porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación» (Génesis 7:1).

Este versículo es muy iluminador, porque pone en evidencia el corazón salvífico de Dios con la familia. *«Tú y toda tu casa»*. Cuando la maldad llegó hasta los ojos y oídos de Dios, él se hastió y quiso destruirlo todo. Sin embargo, Dios encontró a un hombre justo, Noé. El nombre de Noé significa *descanso*. Entonces Dios dijo: *«Noé, descanso contigo. Te salvaré a ti y —en ti— a toda tu casa»*.

Dios siempre está pronto a salvar. Él es el más interesado en la salvación de los hombres. Dios ama y quiere que todos los hombres sean salvos. Es su miseri-

cordia la que aplaza los tiempos, esperando que todos vengan al conocimiento de la Verdad.

«Entra tú y toda tu casa...». Subrayemos algo importante aquí. Sabemos que la salvación es un acto personal. Cada uno se enfrenta con el Señor individualmente, sea para aceptar su señorío, recibirlo y ofrecerse en servicio, o para rechazarlo y huir. Pero aquí, con Noé, aprendemos que la voluntad de Dios es también una cuestión colectiva. Dios dice: *«Noé, entra tú y toda tu casa en el arca»*.

En el Nuevo Testamento, Pedro dice que ocho personas fueron salvas, es decir, Noé, su esposa, sus hijos y las esposas de sus hijos. O sea, cuando Dios escoge y salva a alguien, está también queriendo salvar a los que dependen de él, a quienes éste va a influenciar. Dios está mirando a través de ese hombre a los que están a su alrededor: su esposa, sus hijos. La intención de Dios va mucho más allá, y ella nos compromete.

Noé se sintió comprometido. Él recibió la palabra: *«Tú y toda tu casa»*, y recibió instrucciones para construir un arca. En esto vemos carácter. ¡Qué locura, cien años construyendo un arca! Él tomó a sus hijos, los educó y los sujetó, porque el Señor le había hablado. Noé tomó sus mentes y corazones, sus voluntades para trabajar en aquello que Dios había mandado. Él aprovechó esa poderosa influencia que ejerce la paternidad para traspasar la vida de sus hijos, e hizo que ellos tomaran a sus mujeres y las involucraran en el proyecto de Dios.

El poder que tiene un padre o una madre con carácter, ejerce una tremenda

influencia sobre la vida de los hijos. En Noé, vemos un hombre de carácter, un hombre de convicciones. Él comenzó a trabajar con la madera, y mientras levantaba el arca construida con sus propias manos, simultáneamente se levantaba la salvación en el corazón de su familia. Golpe a golpe en la madera, golpe a golpe educando el corazón de sus hijos.

Se requieren hombres de carácter, que influyeran a sus hijos en la verdad, que sean capaces de penetrar el corazón de un hijo y cautivarlo para el Señor. De seguro, Noé trabajó con sus hijos, y no permitió que ninguno se desviara, que ninguno se fuera. Los buscó, los encaminó, los amó. ¿Cómo resistir el afecto de un padre amante?

Tenemos una tremenda capacidad de influenciar a los hijos. Es común ver correr a los hijos, incluso ya mayores y casados tras los deseos o los caprichos de una madre. La capacidad de penetración en el ser de un hijo es profunda. Sin embargo, ésta fue dada por el Señor para que nuestros hijos estén inmersos en el proyecto de Dios, no para nuestros antojos y gratificaciones personales, sino para que ellos entren en esta salvación tan grande.

«Tú y toda tu casa...». Esta frase nos recuerda a Pablo y Silas en la calabozo, cuando el carcelero, temeroso por lo sucedido, se rinde, Pablo rogando el socorro del Señor: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?». Ellos dijeron: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa» (Hech. 16:30-31). Y el carcelero tomó a su familia, y se bautizó con todos ellos.

Existe aquella cómoda excusa de quien dice: «No, si mis hijos son hijos de la promesa. Que hagan lo que quieran ahora; algún día serán salvos». Permítame decirle que esto no es el evangelio. Usted ha creído una fantasía evangélica, una tradición o cualquier cosa. Si usted no participa como padre o madre en influenciar la conducta y fe de su hijo, con carácter, ejemplo y oración, ese hijo cada día se alejará más y más de Cristo. Cuando el Señor nos salvó, pensó en nuestros hijos, y en los hijos de nuestros hijos. Esa es la verdad.

Se requieren hombres de carácter, que influyeran a sus hijos en la verdad, que sean capaces de penetrar el corazón de un hijo y cautivarlo para el Señor.

El compromiso de Abraham

«Y Jehová dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra? Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él» (Gén. 18:17-19).

Con Abraham encontramos el ejemplo de la fe, de la comunión del hombre con los secretos de Dios y el compromiso con el gobierno de su casa, a través de la fe.

Dios no le encubriría nada a Abraham, porque sabía que éste iba a mandar a sus hijos que guardaran Su Palabra. «...y a su casa después de sí...». Aquí vemos una trascendencia. La comunión de un hombre con los propósitos de Dios le obliga a ejercer autoridad, a ejercer gobierno sobre su descendencia. No podemos pretender creer que la vida termina con nosotros. Si el Señor aún no viene, la vida continúa con nuestra descendencia.

¿Qué transmitirán nuestros hijos a sus propios hijos? La idea de proyectar la voluntad de Dios a través de la familia es esencial en la vida del creyente. Nuestros hijos van a instruir a sus hijos en el Señor, y así sucesivamente, hasta ser una nación grande y llenar toda la tierra del conocimiento de Dios.

Observen el pensamiento de Dios con Abraham. Viendo que éste se comprometería a traspasar la palabra de Dios a sus hijos, Él no le ocultaría sus secretos. Qué importante es la determinación de un padre tocante a la vida de sus hijos; está tan ligado a los pensamientos divinos, puesto que en alguna manera ese padre le representa. Por otra parte, ¿qué será de un padre cristiano que no es capaz de ejercer gobierno sobre su casa? Dios reservará sus secretos para otro.

Hay un compromiso serio con Dios al ser padre, y también en ser abuelo. Hay varios mandatos respecto de los abuelos. No es solo disfrutar del crecimiento de los nietos; sino, fundamentalmente dejar una huella de fe en la vida de los pequeños. Aún recuerdo a mi abuelo pastor, su vida, carácter y enseñanzas, las que —cuando fui mayor— no se olvidaron.

Abuelos, hablen a sus nietos del Señor, enséñenles a orar, contáctenlos con la Vida. Hay un compromiso de parte del Señor. Hasta que Él venga, tenemos tal responsabilidad.

La diligencia de Job

En el mismo tiempo de Abraham, está Job, «*hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Y le nacieron siete hijos y tres hijas*». Hay un ejemplo aquí. «*E iban sus hijos y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día; y enviaban a llamar a sus tres hermanas para que comiesen y bebiesen con ellos. Y acontecía que habiendo pasado en turno los días del convite, Job enviaba y los santificaba, y se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días*» (Job 1:4-5).

Los hijos de Job tenían continuos encuentros sociales, festines en los cuales posiblemente pecaban. Eso no pasaba inadvertido a Job. Por el contrario, diligentemente, él les llamaba a santificarse para no ofender a Dios. Esta diligencia por mantener la santidad en la vida de sus hijos es otro ejemplo a destacar. Un padre no puede descuidar la conducta de sus hijos. Nuestra responsabilidad en señalar lo correcto continúa aún más allá de la juventud. A Job le preocupaba saber que sus hijos anduviesen mal con Dios, por ello ejercía su poder y autoridad, llamándoles una y otra vez para acercar sus corazones a Dios.

Imagino algo así como una reunión familiar, donde el padre se reúne con toda

la familia y les recuerda las misericordias y las bondades del Señor, cautivando los corazones de sus hijos para el Señor. Aconsejo a todo padre de familia tener continuamente un espacio y tiempo de encuentro con sus hijos para hablar del Señor y agradecer sus favores.

Por otro lado, el ejemplo de Job nos enseña que el ejercicio de la autoridad sobre un hijo presupone una vida comprometida. No hay cosa más violenta en la vida espiritual de un hijo que un padre religioso; es decir que sus palabras no tengan sustento en sus hechos. ¿Cuántos hijos han perdido la fuerza y la fe a causa de la inconsecuencia de sus padres? El Señor tenga misericordia de aquel que ha dañado la conciencia de sus hijos por su mal comportamiento. Gracias a Dios, siempre habrá otra oportunidad para aquel que se arrepiente y enmienda su error. De modo que no hay excusa para ejercer la paternidad responsable según el Señor.

También es cierto que hay variables que no dependen de los padres: hijos voluntariosos, tozudos, difíciles de tratar, que se han apartado de la fe. No obstante, la paternidad no ha terminado. El ejemplo de Job nos estimula a llamar con esperanza, con cuerdas de amor, con pasión, a aquel que se ha extraviado. Llegará el día en que la Palabra dará su fruto.

La santificación de Jacob

Ahora veamos el caso de Jacob. *«Dijo Dios a Jacob: Levántate y sube a Bet-el, y quédate allí; y haz allí un altar al Dios que te apareció cuando huías de tu hermano Esaú. Entonces Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: Quitad los dioses ajenos que hay entre*

vosotros, y limpios, y mudad vuestros vestidos. Y levantémonos, y subamos a Bet-el; y haré allí altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y ha estado conmigo en el camino que he andado» (Gén. 35:1-3).

Noten qué interesante es la conducta de Jacob. Dios le llama y él dice: «Esto no es solo para mí, sino para toda mi familia». Él no dudó en ningún momento que la santificación era para toda su casa, y llamó a todos los suyos a santificarse, los convenció y partió con todos al llamado a la casa de Dios.

El individualismo de hoy no va con el evangelio. «Cosificar» a Dios como si fuese un talismán privado en el bolsillo representa una actitud hereje y egoísta. Vivir la fe en forma privada nos desvincula de los demás. La voluntad de Dios es nuestra santificación, y tiene que ver con todos los que nos rodean – tu esposa, tu esposo, tus hijos, tus nueras, tus yernos, con todo lo que tienes.

El desafío de Moisés

«Y Moisés y Aarón volvieron a ser llamados ante Faraón, el cual les dijo: Andad, servid a Jehová vuestro Dios. ¿Quiénes son los que han de ir? Moisés respondió: Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas hemos de ir; porque es nuestra fiesta solemne para Jehová. Y él les dijo: ¡Así sea Jehová con vosotros! ¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños? ¡Mirad cómo el mal está delante de vuestro rostro! No será así; id ahora vosotros los varones, y servid a Jehová...» (Éxodo 10:8-11).

Moisés se enfrenta con Faraón. Le solicita la autorización para salir de Egipto a celebrar en su tierra la fiesta solemne a Jehová. Pero vemos en la respuesta de Faraón una preocupación astuta y encubierta con un especial interés en los niños. Si observamos con detención todo el capítulo observaremos la siniestra intención de separar los hijos de la familia, poniendo como pretexto la seguridad de ellos. *¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños? ¡Mirad cómo el mal está delante de vuestro rostro! No será así; id ahora vosotros los varones, y servid a Jehová...».*

Así es el mundo. Nos dice: «Yo entretengo a sus hijos mientras ustedes asisten a sus fiestas solemnes». Así es también el mundo religioso, que dice: «Dejemos a los niños encargados con alguien, para así nosotros participar con tranquilidad en aquel retiro».

Hace poco tiempo atrás, recibí el corazón de un muchacho lleno de rabia. Su apariencia física cabizbaja, le delataba. Se vestía enteramente de negro; su actitud era un tanto agresiva; su hablar, sus gestos, denotaban dolor y frustración. Me decía: «Cuando niño, yo fui cristiano. Pero mi papás iban siempre a retiros de matrimonios y me dejaban encargado con el vecino; y el vecino abusó de mí desde que tenía seis años hasta los doce años, mientras ellos se dedicaban a su religión». ¿Se da cuenta lo difícil que es hablarle del evangelio a ese muchacho? Felizmente, hoy hemos avanzado con él en la comunión y el perdón.

En mi experiencia como familia, junto a mi esposa, decidimos tener varios hijos, y también decidimos no separarnos nun-

ca de ellos. Pensamos que si, los tenemos, debemos ir a todos lados con ellos, pese a la incomodidad de los demás, especialmente en las reuniones de iglesia. Un bebé es parte de la familia de Dios, y si llora, es su forma de expresarse. Donde hay niños hay vida y habrá también bullicio. Debemos acostumbrarnos a tolerar el ruido. Cuando uno se hace viejo, parece que olvidara que un día fue niño, o que sus hijos hicieron ruido alguna vez. A los niños hay que educarlos, no excluirlos.

¿Dónde están nuestros hijos? Cuando organizamos alguna actividad para ellos, no es porque molesten, sino porque hay que aplicarles la palabra del Señor a sus mentes infantiles. Y las hermanas se preparan para eso, no para entretenerlos, sino para educarlos. Los niños no molestan en la iglesia; ellos son la iglesia. El Señor nos llene de muchos niños, porque eso significa que la iglesia tiene futuro y será gloriosa. El Señor nos ayude, nos dé paciencia y sabiduría. ¡No dejaremos ningún hijo en Egipto!

La determinación de Josué

Por último veamos el ejemplo de Josué. *«Diles: Vivo yo, dice Jehová, que según habéis hablado a mis oídos, así haré yo con vosotros. En este desierto caerán vuestros cuerpos; todo el número de los que fueron contados de entre vosotros, de veinte años arriba, los cuales han murmurado contra mí. Vosotros a la verdad no entraréis en la tierra, por la cual alcé mi mano y juré que os haría habitar en ella; exceptuando a Caleb hijo de Jefone, y a Josué hijo de Nun. Pero a vuestros niños, de los cuales dijisteis que serían por presa, yo los in-*

roduciré, y ellos conocerán la tierra que vosotros despreciasteis» (v. 28-31).

Vean el interés que el Señor tiene con los niños. Él introdujo a todos los niños en la Tierra Prometida; en cambio, dejó fuera a todos los adultos incrédulos, salvo a Josué y a Caleb, porque estos dos —dice la Escritura— tenían un espíritu diferente. Ellos tenían carácter, convicción, fe y coraje. Un niño que ve a un anciano con esas convicciones, será impactado por ello. Un joven recobra ánimo al ver a sus mayores con tal fuerza.

El nombre de Caleb significa *perro*. El carácter de este hombre fue coherente a su nombre. Él se tomó de las promesas del Señor como el perro a su presa, y con toda su fuerza, aún en la ancianidad, pidió que se le concediese conquistar territorio no explorado.

Josué, por su parte, condujo al pueblo a la Tierra Prometida, y después de darles reposo, reunió todo Israel, a sus ancianos, a sus príncipes, a sus jueces y a sus oficiales y, siendo avanzado en años, les recordó una vez más las proezas del Se-

ñor con su pueblo. Ante una multitud de israelitas, les arengó con fuerza a la fidelidad con estas memorables palabras: «*Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová»* (Josué 24:15).

Hermanos, Dios nos habla en estos ejemplos. En estos días, más que nunca, es imperioso estar equipados con un carácter determinante, convincente, llenos de fe y coraje, para traspasar la Palabra a nuestros hijos. En el ejemplo de Noé, Dios nos dice: «*Entra tú y toda tu casa*», y nosotros respondemos con el ejemplo de Josué: «*Yo y mi casa serviremos al Señor*».

Pongámonos en pie, y proclamemos hoy: «*Yo y mi casa serviremos al Señor*». Reúna a su esposa y a sus hijos, y declaremos como familia esta Palabra, en compromiso delante del Padre: «*¡Yo y mi casa serviremos al Señor!*».

Marcelo Díaz

Suspiramos por tu dulce sonrisa

Oh, Señor, ven pronto. Mientras estés ausente, no puede haber vida en esta terrena existencia. Suspiramos por el retorno de tu dulce sonrisa. ¿Cuánto vendrás a nosotros? Seguros estamos de tu venida. ¡Apresúrate y no tardes, Señor nuestro!

C.H. Spurgeon: Libro de cheques del Banco de la fe

Su resurrección corpórea

¿Quieres creer en el Cristo viviente? Sólo podemos creer en él si creemos en su resurrección corpórea. Este es el contenido del Nuevo Testamento. Tenemos libertad para rechazarlo, pero no para modificarlo, ni para sostener que el Nuevo Testamento dice otra cosa. Podemos aceptar o rechazar el mensaje, pero no cambiarlo.

Karl Barth, en Times, 20.04.1962

26 guardias bien armados

Al regresar de un viaje misionero a Michigan, USA., testificaba un misionero a su iglesia local de lo que Dios había hecho con él:

Mientras servía como misionero en un pequeño hospital en el área rural de África, iba cada dos semanas a la ciudad en bicicleta para comprar provisiones y medicamentos. El viaje era de dos días, y debía atravesar la jungla. Debido a lo largo del viaje debía acampar en el punto medio, pasar la noche y reanudar mi viaje temprano al día siguiente.

En uno de estos viajes, llegué a la ciudad donde planeaba retirar dinero del banco, comprar las medicinas, los víveres y reanudar mi viaje de dos días de regreso al hospital. Cuando llegué a la ciudad, observé a dos hombres peleándose, uno de ellos estaba bastante herido. Le curé sus heridas y al mismo tiempo le hablé de Nuestro Señor Jesucristo.

Después de esto, reanudé mi viaje de regreso al hospital. Esa noche acampé en el punto medio y a la mañana siguiente reanudé mi viaje y llegue al hospital sin ningún incidente.

Dos semanas más tarde repetí mi viaje. Cuando llegué a la ciudad, se me acercó el hombre al cual yo había atendido en mi anterior viaje y me dijo que la vez pasada, cuando lo curaba, él se dio cuenta de que yo traía dinero y medicinas.

Agregó: “Unos amigos y yo te seguimos en tu viaje mientras te adentrabas en la jungla, pues sabíamos que habrías de acampar. Planeábamos matarte y tomar tu dinero y medicinas, pero en el momento que nos acercamos a tu campamento, pudimos ver que estabas protegido por 26 guardias bien armados”.

Ante esto no pude más que reír a carcajadas y le aseguré que yo siempre viajaba solo. El hombre insistió y agregó: “No, señor, yo no fui la única persona que vio a los guardias armados. Todos mis amigos también los vieron, y no solo eso, sino que entre todos los contamos, eran 263.”

En ese momento, uno de los hermanos de la iglesia se puso en pie, interrumpió al misionero y le preguntó la fecha y hora del suceso. Al responderle el misionero, el hermano contó la siguiente historia:

“A la hora de su incidente en África era de mañana aquí. Yo me preparaba para salir, cuando sentí una imperiosa necesidad de orar por usted; de hecho, el llamado era tan fuerte que comencé a llamar a los hermanos de la congregación para reunirnos en el templo a orar por usted. Hoy quisiera que los hermanos que vinieron ese día a orar por usted, se pusieran de pie”. El hermano no estaba tan preocupado por saber quiénes eran ellos, más bien le interesaba contarlos: era un total de 26 hombres.

¿Alguna vez has sentido la imperiosa necesidad de orar por alguien? Pero has decidido ponerlo en tu lista de “cosas por hacer” y te has dicho: “Oraré más tarde”. ¿Te ha llamado alguien alguna vez que te ha dicho: «Necesito que ores por mí»?

Si en alguna ocasión sientes la inquietud de orar por alguien, no vaciles en hacerlo, no lo dejes para después. Nadie sería lastimado por una oración.

Santiago 5:16: *“Orad unos por otros ... La oración eficaz del justo puede mucho”.*

2ª Tesalonicenses 3:1: *“Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros”.* 1 Tesalonicenses 5:17: *“Orad sin cesar”.*

Tomado de: <http://hoyvida.org>

No quieren creer

En mi experiencia de más de 27 años de compartir las buenas nuevas del Salvador con el mundo académico, personalmente nunca he oído a un solo individuo –que haya considerado honestamente la evidencia– negar que Jesucristo sea el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres.

La evidencia que prueba la deidad del Señor Jesucristo es abrumadoramente conclusiva para cualquier honesto y objetivo buscador de la verdad. Sin embargo, no todos –ni siquiera la mayoría– de aquellos a quienes he hablado, lo han aceptado como su Salvador y Señor. Esto no se debe a fueran incapaces de creer – ¡es que sencillamente no querían creer!

Por ejemplo, un brillante pero confuso psiquiatra que vino a Arrowhead Springs en busca de consejo, me confesó francamente que nunca había estado dispuesto a considerar honestamente las aseveraciones de Cristo en su propia vida, por temor de llegar a convencerse y, como resultado, tener que cambiar de manera de vivir.

Otros ateos profesos, muy bien conocidos, incluyendo a Aldous Huxley y Bertrand Russell, han rehusado considerar intelectualmente los hechos básicos de la historia, concernientes al nacimiento, vida, enseñanzas, milagros, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret.

Aquellos que lo han hecho, tal como C.S. Lewis y C.E.M. Josad, han encontrado que la evidencia era tan convincente que han aceptado el veredicto de que Jesucristo es verdaderamente lo que decía ser –y lo que otros han dicho que él era– el Hijo de Dios y su propio Salvador y Señor.

William R. Bright, en Evidencia que exige un veredicto

Palabras de aliento

Que nadie se aflija en su pobreza,
 porque el reino universal ha sido revelado.
 Que nadie esté de luto porque ha caído una y otra vez,
 porque el perdón se ha levantado del sepulcro.
 Que nadie tenga temor a la muerte,
 porque la muerte de nuestro Salvador nos ha libertado.
 Él la ha destruido resistiéndola.

Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla (347-407)

La ciencia de la vida evoluciona hacia el Diseño Inteligente

Lo absurdo de pensar en el azar
como ente creador de la vida.

El fenómeno de la vida, ya sea que se considere a pequeñas bacterias microscópicas o a elefantes, ha fascinado al ser humano desde siempre, y a esta fascinación le acompañaba hasta hace poco menos de un siglo, el razonamiento que los organismos vivos son fundamentalmente diferentes a la materia no viva.

¿Cómo comparar un ave con una nube o un pez con una piedra? Se intuía una diferencia fundamental entre ambas entidades.

Sin embargo esta visión empieza a cambiar, y desde inicios del siglo veinte se rescita la propuesta de Descartes (hecha el siglo XVII), que «el cuerpo humano es una máquina», y se le agrega ahora que es una maquinaria química. Nace de este modo el paradigma químico del origen de la vida, que acompañará a la ciencia casi todo el siglo veinte y continúa en una parte importante del mundo académico hasta nuestros días.

Este paradigma queda así integrado por las dos primeras leyes de la termodinámica, y por determinados principios químicos, porque la vida no sería más que una forma de compuestos químicos, aunque por cierto, extraordinariamente compleja. Esto equivale a decir que to-

dos los procesos biológicos serían solo transformaciones químicas de la materia y energía, las que se describen por determinadas cantidades físicas.

De este modo, el paradigma químico del surgimiento de la vida explica que el origen de la primera célula viviente habría surgido a partir de materia inanimada, en una «sopa primordial» por medio de determinadas reacciones químicas espontáneas (desconocidas hasta hoy para la ciencia), en una atmósfera primitiva con condiciones que habrían sido «ideales» para ello, y que no se han repetido nunca más.

Este escenario algo surrealista del surgimiento de la vida en la Tierra ha sido expuesto desde la década del 60, con un gran entusiasmo inicial al ser producidas experimentalmente moléculas orgánicas simples, pero variados descubrimientos posteriores de la biología molecular aparecen en claro contraste con este paradigma químico, lo que le plantea enormes e insalvables problemas a la teoría.

Por un lado es un hecho comprobado experimentalmente por la ciencia que la selección natural, la información biológica y el código genético no existen en la

materia inanimada. Al científico que razona objetivamente, solo con las evidencias experimentales a la vista, le cuesta mucho aceptar que la vida evolucionó de la materia inanimada, siendo la primera tan diferente de la segunda.

¿Cómo alguna cosa puede dar origen a otra cosa que resulta ser fundamentalmente diferente de sí misma? ¿Cómo el mundo físico podría producir vida si hay una enorme discontinuidad entre ambos mundos?. ¿Se puede definir un organismo vivo solo por una determinada cantidad de sustancias químicas?

Organismo vivo = Solo sustancias químicas

Tal vez el experimento que más ha influido en millones de personas en todo el mundo, a que hayan adoptado una visión materialista de la vida, es el realizado en 1953 por Stanley Miller, un estudiante de doctorado, asistido por su profesor Harold Urey de la Universidad de Chicago.

La experiencia consistió en tratar de reproducir las condiciones hipotéticas que habría tenido la Tierra en su estado primitivo, las que habrían posibilitado el surgimiento del primer organismo vivo a partir de las sustancias químicas inertes. De conseguirlo, dejaba sin función la labor de un Creador porque se habría comprobado que se pueden producir organismos vivos y sus componentes por procesos naturales.

La hipótesis planteaba que la atmósfera inicial debió encontrarse en estado reducido (sin oxígeno, debido a que este elemento destruye las sustancias orgánicas que se habrían generado para ir

formando a un organismo vivo). Debía haber también agua, metano, amonio, hidrógeno, las que puso en un sistema cerrado de vidrio, al que le aplicó descargas eléctricas que imitarían la acción de la radiación solar. Echó a andar el experimento y esperó hasta que pudo ver una sustancia rojiza que se acumuló en el fondo del matraz de vidrio. Luego de analizar químicamente la sustancia, descubrió que se habían sintetizado algunos aminoácidos (estructuras básicas de las proteínas, las que a su vez estructuran la mayor parte de los organismos vivos).

Urey y Miller sabían que los aminoácidos, que son algo así como los ladrillos que permiten la construcción de las proteínas, se encuentran muy escasamente en el medio natural no biológico y por tanto para forjar la teoría del origen químico de la vida, necesariamente debieron haberse producido de forma no biológica.

Aquí cabe citar al bioquímico Michael Behe, autor del célebre libro «La caja negra de Darwin», quien señala que los científicos no debieran manipular los experimentos hacia la condición que ellos esperan, porque entonces están agregando inteligencia y conocimiento a un proceso que debe ser al azar, dado que el supuesto de la teoría establece que así se originó la vida, sin intervención inteligente. Han de poner ambas manos en la espalda y solo observar lo que ocurre.

Pero lamentablemente esto no ha sido así en este ya famoso experimento y ocurre que de no darle alguna ayuda a las reacciones químicas del experimento, no quedaría aminoácido alguno, dado que de no ser estos separados una vez pro-

ducidos, al poco tiempo terminan siendo destruidos por la misma fuente que los formó.

Una conclusión científicamente prudente de este experimento, debiera ser que la formación natural de los escasos aminoácidos logrados por Urey y Miller, es un proceso dirigido, manipulado por científicos expertos en reacciones químicas, y que los aminoácidos en esas condiciones no son viables. El paso siguiente, una vez formados los aminoácidos, viene a ser la formación (síntesis) de proteínas a partir de los aminoácidos, por medio de procesos naturales sin intervención humana (con intervención si es posible hacerlo).

Este tipo de experimentos nunca han sido viables porque para ordenar los aminoácidos (monómeros) en la compleja estructura que presentan las proteínas (polímeros), se requieren catalizadores bioquímicos como son las enzimas, pero resulta que éstas no son monómeros sino complejos polímeros por lo que se ingresa a un callejón sin salida.

El formar una célula viva a partir de proteínas y otras sustancias químicas no ha sido nunca experimentalmente realizado, incluso interviniendo con toda la manipulación posible que permite el conocimiento científico de la bioquímica, la biología molecular y la biología celular.

¿Y en que queda el experimento de Craig Venter?

En 2010 un equipo de científicos, liderados por Craig Venter, aseguró en un artículo publicado por la revista Science, que había creado artificialmente

una célula viva en un laboratorio. Unos 20 científicos, trabajaron por unos 15 años en el proyecto que tuvo un costo mayor a los 40 millones de dólares. Sin embargo: ¿Realmente consiguieron crear una célula viva en un laboratorio?

En resumen, el proyecto consistió en estudiar (decodificar) el genoma completo de una bacteria llamada *Mycoplasma mycoides*, copiarlo y fabricarlo en el laboratorio para luego insertar esta copia en otra bacteria del mismo Género (*Mycoplasma capricolum*), la cual manteniéndola viva, actuó como receptora. A esta última bacteria le habían extraído previamente su propio genoma para que recibiera aquél que se había copiado en el laboratorio de la bacteria emparentada.

Un lector no relacionado con la ciencia podría pensar que no se ha creado vida porque solo se trata de una mera copia de un genoma el que se inserta en una bacteria (célula) viva que es natural, no creada en laboratorio alguno. Y estaría en lo cierto por cuanto la célula receptora ha mantenido intactos su membrana celular, su citoplasma, sus orgánoides que le permiten vivir como lo son las mitocondrias, los ribosomas, el aparato de Golgi, retículo endoplásmico, vacuolas, etc.

Lo mismo que nuestro lector imaginario han señalado variados e importantes científicos moleculares. El premio Nobel de Medicina David Baltimore comentó: «Venter no ha creado vida, solo la ha imitado». Jim Collins, de la Universidad de Boston, dijo que: «es un avance importante en nuestra capacidad de rediseñar organismos; pero no represen-

ta la creación de vida. La copia del genoma no permite saber cómo se genera la información genética codificada ni como esta controla una célula».

George Church, biólogo molecular de la Universidad del Sur de Dinamarca y de la Escuela de Medicina de Harvard señala que «imprimir una copia de un texto antiguo no es lo mismo que entender el lenguaje que utiliza».

La prensa mundial no obstante publicó en grandes párrafos que la vida se podía generar artificialmente en laboratorio. Pero en honor a la verdad solo fue una imitación muy parcial, y no de una célula sino de una de las tantas partes que componen una célula.

A partir de este experimento y desde la intimidación molecular más profunda de una célula (bacteriana en este caso) parecieran exclamarnos que la vida no es solo un conjunto de sustancias químicas que se pueden ensamblar en un laboratorio.

Organismo vivo = Sustancias químicas + Información

La siguiente etapa vivida por las ciencias biológicas que intenta abordar el origen de la vida considera que un organismo no es solo un puñado de sustancias químicas y agua sino que funciona como tal porque cuenta además con una compleja y específica información genética que le indica muy claramente a las distintas máquinas productivas de la célula qué sustancias y compuestos producir y cómo reproducirse.

El mismo año que Urey y Miller realizaban su famoso experimento (1953), cuya principal conclusión filosófica fue que la

vida se podía reducir solo a sustancias químicas, los científicos Watson y Crick ganaban el Premio Nobel de medicina al descubrir la forma y estructura química de la molécula de ADN (Ácido Desoxirribonucleico), portadora de la información genética necesaria para el desarrollo y funcionamiento de un organismo vivo.

La prensa mundial publicó en grandes párrafos que la vida se podía generar artificialmente en laboratorio. Pero en honor a la verdad solo fue una imitación muy parcial, y no de una célula sino de una de las tantas partes que componen una célula.

Fueron estos autores los que dieron un vuelco fundamental a la teoría del origen químico de la vida introduciendo el concepto de información genética codificada, la cual es identificada con la secuenciación específica de los nucleótidos (componentes del ADN). Este hallazgo transformó a la bioquímica y a la biología molecular cambiando el modelo que la vida es solo química a otro modelo en que la vida sería química más información especificada.

Este punto de vista de que la vida cuenta con una base de información altamente específica, ha sido plenamente aceptado dentro de la teoría evolutiva clásica (la

síntesis moderna), porque el concepto de información va de la mano con los procesos de herencia y selección natural.

La herencia es precisamente la transmisión de la información genética de una generación a la siguiente. Por otro lado, las millones de copias de material genético que realizan las células una y otra vez a lo largo de muchas generaciones, posibilita la aparición de errores en las copias, lo que constituiría el material necesario para que opere la selección natural, dejando aquellas variantes que presentarían ciertas ventajas.

Sin embargo, y necesariamente, esta visión evolutiva de la vida entra en conflicto con el paradigma químico, porque la información, la herencia y la selección natural no existen en el mundo de la química. En otras palabras, no es aplicable la teoría evolutiva para intentar explicar el origen de la vida.

La teoría del origen químico de la vida señala que el océano primigenio («sopa primordial») habría producido enzimas y eventualmente las moléculas portadores de la información biológica como son el ADN y el ARN (Ácido ribonucleico), para posteriormente formar las células primitivas.

Pero hay un grave problema con esta teoría, por cuanto es absolutamente incapaz de responder a la siguiente pregunta: ¿De dónde proviene la información genética en forma de ADN y ARN? Si, es cierto que ADN y ARN están formados por sustancias químicas y proteínas, pero tanto su estructura como la información específica que portan no están allí al azar, por cuanto están destinadas a cumplir complejos roles en el funcio-

namiento y desarrollo de los organismos vivos.

Los distintos compuestos químicos que dan forma a estas moléculas están dispuestos de tal manera que crean un código de información altamente específico, igual al existente en los complejos lenguajes humanos como lo son el castellano, el inglés, el chino, etc., o como el lenguaje computacional HTML.

Este razonamiento no es metafórico ni tampoco analógico. La estructura de código del ADN genético tiene las mismas propiedades de ordenamiento altamente complejo, conducente a un patrón funcional independiente, tal y como existen en un código de un programa computacional o de un idioma. La mejor explicación científica que da cuenta de la existencia de todos estos códigos es aquella que considera la participación de un diseño inteligente.

Un ejemplo que ayuda a entender esta temática es analizar algunos de estos códigos en acción. Por ejemplo, el código genético y el código de un idioma. La secuencia de nucleótidos presentes en un gen y la secuencia de letras en una frase de un idioma determinado tienen en común en que ambos registran información codificada. El ADN tiene un alfabeto de cuatro letras y estructuras que funcionan de forma muy similar a como lo hacen las palabras, frases y párrafos en un idioma determinado. En ambos casos decimos que llevan información especificada; información hereditaria en el caso de los genes e información sintáctica en el idioma.

Lo que hace más compleja a la información genética es que ésta cuenta con ins-

trucciones muy precisas y con rigurosos sistemas que comprueban posibles errores en las copias y con eficientes mecanismos de corrección que apuntan a la mantención de la información original. Llegado a este punto surge la inevitable pregunta ¿Cómo se origina la información codificada?, o dicho de otra forma, ¿Cómo se genera la información con significado? ¿Existe alguna ley natural que pueda formar al azar la información codificada, sin la participación de un ente inteligente que le otorgue la codificación o significado?

La naturaleza puede generar patrones estructurales fascinantes como los cristales de nieve, los diamantes, las estalactitas o los tornados, pero ninguna de estas estructuras contiene información codificada, ninguna cosa o material inanimado puede crear un lenguaje con códigos. Las leyes naturales pueden crear ciertos patrones de ordenamiento en la materia como los cristales de nieve mencionados pero estos patrones son regulares simples y repetitivos, por el contrario la información codificada de los genes es irregular y altamente compleja. Estas últimas muestran un patrón de «complejidad especificada» que es característico de la inteligencia.

Este principio hace imposible apelar a algún proceso de auto-organización como generador de información compleja y especificada.

Teoría de la información

Williams Dembski, un matemático y filósofo norteamericano, autor del libro *Diseño Inteligente*, define en forma precisa lo que significa información: «La intuición fundamental que subyace a la

información no es, como a veces se piensa, la transmisión de señales a través de un canal de comunicación, sino más bien, la actualización de una posibilidad para excluir otras».

Luego agrega que «la información presupone no un medio de comunicación sino de contingencia» (posibilidad de que algo suceda o no suceda). El contenido de la información requiere contingencia. Por lo tanto el aprender algo, adquirir información, es descartar posibilidades.

Comprender la información transmitida en una comunicación es saber qué posibilidades serían excluidas. Para que haya información, debe haber una multiplicidad de posibilidades distintas, cualquiera de las cuales podría suceder. Cuando una de estas posibilidades acontece y las otras son descartadas, la información se actualiza.

Esto se puede visualizar mejor con el siguiente ejemplo, donde se utiliza un breve pensamiento de la poetisa chilena Gabriela Mistral:

«No hay arte ateo; aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza».

Este breve escrito contiene una información específica que se puede leer, imprimir y pasar a otras personas, enviar por correo electrónico, etc. Ya sea que usemos una u otra forma, la información específica no ha cambiado, el mensaje permanece porque contiene información codificada en forma de lenguaje.

Es importante concluir que si bien este breve pensamiento de la poetisa Mistral puede quedar impreso en papel, esto no

significa que el mensaje esté compuesto por elementos materiales. Tampoco es una forma de energía, aunque puede usarse energía al enviarlo por correo electrónico.

El mensaje por tanto no está formado por materia ni tampoco por energía. Su codificación o significado obedece a patrones abstractos de inteligencia. La información codificada de este breve poema, necesariamente lo circunscribe a un origen inteligente, porque lleva implícito códigos de estructura y códigos de propósito claramente definidos, los cuales impiden recurrir al azar para su conformación por ser esta probabilidad matemáticamente no viable.

Los códigos de estructura corresponden a cada una de las palabras utilizadas en el texto poético, las que están compuestas por diversas letras del alfabeto, quienes le otorgan un significado idiomático definido, mientras que el propósito y mensaje final de las frases dentro del texto están dados por el ordenamiento de las distintas palabras dentro de esas frases, con las cuales se genera información precisa sobre aspectos filosóficos, aspectos relativos al arte y creación humana, aspectos relativos al arte y creación divina, definiciones humanas ateas y creacionistas.

Pero todavía queda la posibilidad que este pensamiento pueda surgir al azar. ¿Cuáles serían las opciones matemáticas que esto ocurra?

Para considerar la posibilidad matemática que el texto de Gabriela Mistral quede estructurado en la forma que ella lo concibió, pero que sea formado al azar, debemos tener en cuenta en primer lu-

gar que el alfabeto español consta de 27 letras, todas ellas con la misma opción de participar en la formación de la frase.

En segundo lugar, determinar que la frase del poema está compuesta por 64 letras más 14 espacios entre palabras, lo que da un valor total de 78 caracteres para esta frase (sin considerar comas ni acentos ni diferencia entre letras mayúsculas y minúsculas). El resultado de este cálculo al azar sería de $(27)^{78}$.

Desarrollada la operación exponencial, el resultado es una cantidad de opciones tan inmensa, que hace muy difícil su pronunciación en términos matemáticos: $4,43 \times 10^{111}$. Una cifra con 111 ceros a la derecha, donde no nos alcanzan ni billones ni trillones para expresarla. Esto equivale a decir que la posibilidad que tiene la frase analizada de surgir al azar es técnicamente cero, si se estima como dato referencial que el valor máximo de átomos existentes en el universo sería de 6×10^{79} .

La información codificada que contiene el pensamiento de Gabriela Mistral es producto de inteligencia, lo sabemos, pero lo propio debemos necesariamente concluir de la información codificada en el código genético de los seres vivos, el cual contiene millones de veces más información codificada que esta corta frase.

Organismo vivo = Sustancias químicas + Información + Significado

La tercera etapa que están teniendo en la actualidad las ciencias de la vida es aquella que agrega significado a la ecuación que describe a un ser vivo.

La vida se explicaría entonces por la suma de sustancias químicas + información específica + significado. Esto corresponde a una reciente propuesta hecha desde la filosofía de la ciencia, el que aspira a constituirse en el tercer paradigma en las teorías del origen de la vida, el «Paradigma del Código».

Sin embargo, parte de la comunidad científica puesta ante este último componente de la ecuación (significado o código), corta abruptamente la comunicación, porque el aceptar que hay significado en el código genético les acerca definitivamente al principio del Diseño Inteligente.

El materialismo, el reduccionismo y el fiscalismo (las cosas existen solo dentro de los límites de la física), como principios filosóficos subyacentes a parte importante del pensamiento científico actual, niegan a priori la connotación de significado o propósito en la información codificada de la genética en los seres vivos, a pesar de la contundente evidencia aportada por la biología molecular.

El filósofo de la ciencia Marcello Barbieri publicaba recientemente un artículo en una prestigiosa revista de filosofía de la ciencia que lo resume magistralmente: «Lamentablemente, la biología moderna ha aceptado el concepto de información pero no el concepto de significado, y esto equivale a decir que la información genética es real pero que el código genético no lo es». De este modo, la biología molecular moderna ha aceptado el concepto de información pero ha evitado cuidadosamente el concepto de significado existente en ella.

Barbieri agrega que «el código genético ha revelado la existencia de significado biológico, debido a que todo código involucra necesariamente significado. Pero este concepto ha sido completamente ignorado por la biología moderna». Y agrega que para salvar esta engorrosa encrucijada «Muchos biólogos hablan de «información útil», «información semántica», «información funcional», en lugar de hablar de información y significado, Sin embargo debiéramos aceptar que la información y significado son dos entidades distintas y dejar de intentar reducir el uno al otro».

Si bien la biología molecular le ha entregado el certificado de defunción al paradigma químico, este está lejos de querer morir, y por el contrario, otras disciplinas científicas con sus respectivas teorías se basan actualmente en él; ejemplos de ellas son: la Termodinámica del No Equilibrio de Ilya Prigogine, la Teoría del Caos y la Teoría de la Complejidad. Todas ellas apuntan a describir procesos naturales que en mayor o menor medida se enmarcan en el esquema teórico del paradigma químico ya proscrito por la ciencia molecular.

La Biología Molecular anuncia la obra del Creador

La Biología Molecular con sus descubrimientos íntimos de la naturaleza de un ser vivo, los que integran sustancias químicas + información + significado, nos alejan definitivamente del azar, selección natural, madre naturaleza o como se le quiera llamar a la instancia creadora de la vida y nos conduce inequívocamente a la maravillosa acción creadora de Dios en la persona de su Hijo Jesucristo, au-

tor último del milagro de la vida y finalmente de toda la Creación.

Algunos connotados biólogos moleculares como Francis Crick puestos ante la disyuntiva de no poder explicar este milagro de la vida, han invocado una nueva teoría no científica, denominada Panspermia Dirigida. Esta teoría señala que seres extraterrestres habrían introducido semillas de vida en nuestro planeta al comienzo. Lo cierto es que las múltiples evidencias de un Dios Creador a partir de las distintas cosas creadas son mucho más potentes y verificables que unos eventuales «hombrecillos» de alguna lejana galaxia trayendo semillitas de vida a la Tierra.

Después de todo, efectivamente los seres vivos somos en cierta medida un puñado de sustancias químicas equivalentes a aquellas que están en el polvo de la tierra. Pero la biología molecular ha demostrado que hay mucho más.

El aceptar o no esta realidad dependerá ya no de la ciencia, la que ha hecho muy bien su parte aportando con los conocimientos suficientes, sino de la filosofía subyacente en la mente de cada científico. Muchos científicos agnósticos y aquellos partidarios del Diseño Inteligente aceptan en la actualidad la acción de un Creador en todo esto.

No obstante aquellos que se declaran seguidores del fisicalismo y del materialismo ateo, como el biólogo evolutivo Richard Lewontin, no lo pueden aceptar, porque sus principios filosóficos no se lo permiten, a pesar que reconocen las múltiples evidencias científicas que avalan el Diseño Inteligente y lo absurdo de pensar en el azar como ente creador de la vida, pero declaran explícitamente que tiene un compromiso con el materialismo. Para estas últimas personas el cerrarse a reconocer al Creador de la naturaleza y de la vida en la Tierra es definitivamente un problema filosófico, no científico.

Bibliografía.

Barbieri M. 2012. The Paradigms of Biology. Biosemiotics. DOI 10.1007/s12304-012-9149-1

Behe, M. 1996. La caja negra de Darwin. El reto de la bioquímica a la evolución. Editorial Andrés Bello. Barcelona. 364 pág.

Dembski W. 2005. Diseño Inteligente. Editorial Vida, Miami, Florida. 312 pp.

Denton, M. 1986. Evolution: A Theory in Crisis. Adler & Adler. 368 Pág.

Gibson D. et al. 2010. Creation of a Bacterial Cell Controlled by a Chemically Synthesized Genome. Science, Vol. 329 no. 5987 pp. 52-56. DOI: 10.1126/science.1190719.

Lewontin R. 1997. Billons and Billons of Demons. The New York Review.

Ricardo Bravo M.

Citas escogidas

Tus ofensas acumuladas no sobrepasan la multiplicidad de las misericordias de Dios: tus heridas no sobrepasan la habilidad del gran médico.

Cirilo de Jerusalén (c.315-386)

El haber abandonado mi derecho a "tener la razón" me ha ayudado a disfrutar del poder de la gracia de Dios como nunca antes.

David Wilkerson

Todas las cosas nos ayudan a bien

El milagro de Navidad de Duan

Fue un milagro casi increíble lo que ocurrió con el hermano Duan. Sin embargo, él no habría pasado por aquella experiencia si el ómnibus en que viajaba no se hubiese estropeado en medio del camino. Viniendo desde el norte en dirección a una provincia en el sur de China, en el mes de diciembre, al pasar por la provincia de Henan, el motor del vehículo dejó de funcionar, como si se resistiese a luchar contra el frío.

Duan, tal vez por capricho, salió en dirección a las plantaciones, dejando atrás a los demás pasajeros amontonados dentro del bus. Él era líder de una iglesia que se reunía en los hogares en el norte de China. Ahora, a los 77 años de edad, él iba de iglesia en iglesia. Ni siquiera tenía una casa que él pudiese llamar suya.

La verdad es que Duan estaba profundamente deprimido. Se preparaba para mediar en una disputa entre líderes, y estaba cansado de las luchas que parecían minar aquellas iglesias familiares. Y, además de eso, él estaba solo.

Mientras cruzaba el campo congelado, Duan sintió una gran nostalgia de su esposa, que había fallecido hacía mucho tiempo. Deseó que ella estuviese viva para oírlo y aconsejarlo con dulzura. Por

fin, su mente cansada se volvió hacia su hijo, y una nube aún más oscura envolvió su corazón quebrantado.

Llegando a una aldea, llamó a la puerta de una casa que tenía una cruz tallada.

«¿Hay alguien aquí que ame al Señor?», preguntó. «Quisiera tener alguna comunión esta noche». La puerta fue abierta por un hombre de unos cincuenta años, y Duan fue recibido cálidamente. Sus pies fueron lavados en un lavatorio —una costumbre de bienvenida a los extraños dentro del movimiento de las iglesias en los hogares— y le sirvieron una comida de arroz con carne, y legumbres cocidas.

Él percibió que las personas en la casa estaban muy impresionadas. Le explicaron que luego ellos irían a una ciudad vecina a fin de oír la predicación de un notable maestro de la Biblia, que venía de una ciudad mayor.

«¿Cómo se llama el predicador?», preguntó Duan.

«El hermano Wang», le respondieron.

E insistieron con él para que fuese. En el trayecto a la reunión, ellos relataron a Duan algunas historias con respecto al misterioso hermano Wang. Era eviden-

te que ellos amaban mucho a aquel hermano. Uno de ellos le explicó por qué.

«Cierta vez, estábamos realizando un seminario de entrenamiento, y oímos que la policía venía en camino. El hermano Wang hizo que todos saliesen, excepto el pastor. Cuando los policías llegaron, Wang se atrevió a negociar con ellos. Él estaba dispuesto a ir a prisión si el pastor —cuya esposa tenía un embarazo de ocho meses— era dejado en libertad. Ellos aceptaron la propuesta, y Wang pasó tres años en prisión.

«¿Qué edad tiene el hermano Wang?», preguntó Duan. Al oír que el predicador debería tener unos cuarenta años, Duan sintió dolor en su corazón.

«¿Qué le ocurre?», le preguntaron. «¿Se siente mal con el balanceo del carruaje?».

«No, estoy bien», replicó él, «solo que muy triste. Yo tuve un hijo, al cual conocí por apenas dos meses. Él está muerto, y si estuviese con vida hoy tendría 42 años. Mi esposa lo llamó 'hijo de Navidad', pues nació ese día. Yo lo llamé Isaac, porque hacía mucho tiempo que nos habíamos resignado a no tener hijos».

Se hizo el silencio entre ellos mientras la carroza traqueteaba bajo de las estrellas. El hermano Duan contó la increíble historia de cómo él y su esposa habían sido evangelistas en los años 50. Wu, un envidioso ex compañero de escuela, los acusó falsamente con las autoridades. El matrimonio percibió que solo era cuestión de tiempo antes de que fuesen llevados a prisión o aun muertos. ¿Qué ocurriría entonces con el pequeño bebé?

Una noche, la esposa de Duan tuvo una visión en que oyó una fuerte voz dicién-

do: «Entrega a tu hijo al enemigo». Sin saber aquello, al día siguiente, Duan leyó Génesis 22:2: «*Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas (...) y ofrécelo allí en holocausto*».

Al compartir ambos estas revelaciones, el matrimonio tomó una decisión que hizo a Duan estremecerse de dolor todos los días desde entonces. Decidieron dar el pequeño a Wu y su esposa —que no tenían hijos— aunque Wu estuviese tramando para que Duan y su esposa fuesen presos.

Pasaron años antes que Duan fuese puesto en libertad y supiese lo que había ocurrido con su familia. Su esposa había muerto durante una terrible hambruna, y su hijo había desaparecido junto con la familia de Wu bajo los escombros de un terremoto devastador.

La tristeza de Duan se acrecentó cuando se aproximaban al local de reunión. «Dios me juzgó por haber sido tan irresponsable con mi pequeño hijo».

Unas doscientas personas se agolpaban en la casa donde el predicador hablaría. Como muchos otros, Duan tuvo que sentarse al lado afuera, en el jardín, y oír el mensaje a través de la ventana abierta.

Al oír la predicación, Duan sintió un estremecimiento terrible. Comenzó a temblar de miedo. ¿Se estaría muriendo? Aun las palabras que el predicador usaba le parecían familiares.

Confuso, se aproximó con dificultad hasta la ventana para ver al predicador, provocando mucho desorden al caer sobre algunas personas. El predicador se detuvo, y por un momento, se produjo silencio mientras ellos se miraban el uno

al otro. La multitud también calló, al percibir la sorprendente semejanza física entre los dos.

«Discúlpeme por interrumpir su excelente mensaje», dijo Duan. «Tuve un hijo que tendría su edad ahora, y si estuviese vivo hoy, tendría su apariencia y hablaría como usted».

El hermano Wang comenzó a temblar violentamente. De pronto, sus piernas fallaron y fue necesario sostenerlo para que no cayese. Apretando el pecho jadeante, sollozó: «¿Usted es papá Duan?».

Todos lloraron al ver al padre y el hijo reunidos. El predicador contó que él realmente había sido criado por Wu. Impresionado con la actitud de Duan de dar a su propio hijo, Wu se había rendido a Cristo, volviéndose un siervo de Dios.

«Yo no soy tu verdadero padre», solía decirle. «Tu padre es un gran hombre de Dios, lleno de gracia y de amor. Él te dio a mí. Ahora yo te doy todo mi amor, y te animo a que pongas a Dios en primer lugar, tal como hizo tu verdadero padre.

Los padres adoptivos de Wang se mudaron de la región del terremoto antes de que el desastre aconteciese, pero ambos fallecieron de cáncer con cerca de sesen-

ta años de edad. Al hacerse un evangelista, Wang pasó mucho tiempo intentando encontrar a su verdadero padre. Sin embargo, Duan, para no caer preso, se cambió de nombre tantas veces que fue imposible localizarlo.

Mientras el padre y el hijo seguían llorando abrazados, uno de los ancianos de la iglesia se puso en pie y dijo: «¡Es Navidad! Este es el sermón de esta noche. Cristo vino al mundo a salvar a los pecadores — eso es la Navidad. Tal como Duan entregó a su único hijo a los cuidados de su enemigo, Dios dio a su único Hijo por nosotros los pecadores. ¡Gocémonos también en el reencuentro y en las bendiciones de esta noche!».

Vemos cómo Dios escribe el último capítulo. Al requerir nuestra obediencia, ella está muchas veces más allá de nuestra comprensión. ¿Cómo podría ella cooperar para el bien de aquellos que aman a Dios?

En verdad, fue en su omnisciencia que Dios les pidió que le diesen aquel hijo. Y finalmente, fue la bondad de Dios Padre que condujo a Duam a salir desde aquel ómnibus y a ir hacia aquel lugar, en aquel exacto momento.

De Vern Fromke

Traducido de A Janela Mais Ampla

Un mover hacia Cristo

¿Cómo es en verdad una reunión llena del Espíritu Santo? ¿Acaso es donde todos hablan en lenguas? ¿Es donde los enfermos son sanados? ¿Es donde los santos saltan de alegría? ¿Es donde los santos profetizan? Es más, ¡mucho más que eso! Es donde se exalta a Cristo, donde su santidad penetra el alma, donde hombres y mujeres caen ante su santo trono, quebrantados, humillados, clamando: «¡Santo, santo, santo!». ¡El mover del Espíritu Santo es un mover hacia Cristo, más profundo en Cristo, con una mayor sumisión a su señorío!

David Wilkerson, en Un Pentecostés sin Cristo

A través de un amigo

Conocí su página por un amigo hace unos años y desde entonces los visito para ser edificado por la Palabra. Sus vidas han sido de mucha bendición. Me gustaría que me tengan en sus oraciones como yo los he hecho parte de las mías. Que Dios siga manifestando su vida y usándolos para su gloria.

Marcelo Clermon, Gral. Belgrano (Argentina).

Ser dignos del Señor

Tanto el deseo vuestro como el de nosotras es el de ser dignos de servir al Señor, y vosotros nos dais testimonio de estar en la restauración de su iglesia en una forma tan evidente. Gracias por los maravillosos mensajes, y confiamos en el Señor que él provea lo necesario para que podáis seguir editándola y así nosotras disfrutar de tan valiosa obra.

Cecilia y María Cecilia Domínguez (España).

Aunque las cosas se pongan cuesta arriba

Su revista es definitivamente de gran bendición para nosotros. Les animo a seguir adelante aunque las cosas se pongan cuesta arriba —como decimos los ticos—, todo para el Señor Jesús vale la pena. ¡Adelante, pueblo del Señor!

Maritza Carballo, Guadalupe (Costa Rica).

Por un hermano de Texas

Tengo varios años de estar recibiendo la revista. La primera vez, vino a Nicaragua un hermano de Texas, EE.UU. y él nos trajo un buen lote que fue obsequiado a los pastores. Es de gran bendición porque muestra la realidad actual de la iglesia. Soy un siervo de Dios y los hermanos la estudiamos en conjunto.

*Pablo Salmerón Requenes.
Masaya (Nicaragua).*

Refreshante

Estaba buscando con qué alimentarme espiritualmente y encontré su valiosísima página. Los bendigo en el nombre de Cristo Jesús por la maravillosa obra que han hecho con ella. ¡Ha sido refreshante sobremanera! Que Dios siga respaldando su ministerio, que los lleve de gloria en gloria y de poder en poder. Gracias por toda esa maravillosa enseñanza.

María Teresa González de López, El Salvador.

Revelación

La página de Aguas Vivas, junto con toda su literatura, es un ministerio realmente serio, que tiene un nivel de revelación francamente hermoso. Podemos ver que el Señor se expresa en ustedes.

*Adriana Sánchez Reynafé.
Buenos Aires (Argentina).*

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo
Año 13 · N° 68 · Octubre - Noviembre - Diciembre 2012

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Rubén Chacón, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda.
DISEÑO Y DIAGRAMACION: Mario Cortés, Daniel Cortés, Mario Contreras.